EDICIONES DEL SEGUNDO CENTENARIO

El P. Percival Cowley V. ss.cc. nos describe en forma apasionante la historia pastoral, primero de la Parroquia Universitaria y, luego, de la Comunidad Mons. Enrique Alvear, cuando corren los años 1974 a 1992.

El período que describe el P. Percival, en su libro, es sin duda uno de los períodos más difíciles de nuestra historia.

A medida que pasan los años, uno va comprendiendo cuántas heridas están sin sanar, cuántos hechos tortuosos sin aclarar y cuánto perdón por ofrecer. Acaso lo más clarificador en estos años fue la voz de los Obispos que pidió cordura, respeto y justicia. Recuerdo solamente los documentos del 13 de Septiembre de 1973 del Comité Permanente del Episcopado, el del 24 de Abril de 1974 de la Conferencia Episcopal y el del 19 de Noviembre de 1978 del Comité Permanente del Episcopado.

Por ello, el valor mayor del libro del P. Percival va mucho más allá que los hechos concretos que refiere. Su valor más profundo está en la misión que le fue encomendada por el Arzobispo de Santiago al encargarle la creación de una parroquia no territorial, es decir, una parroquia a la cual se pertenece, en razón de la misión que uno ejerce en la sociedad, en este caso la condición de universitario, sea como alumno, como docente o como administrativo o auxiliar.

Es lo que el P. Percival ha logrado de verdad en su tarea en torno a la Parroquia Universitaria y al Grupo Mons. Enrique Alvear y que muestra en esta obra. Gracias a él por su trabajo y por el bien que este libro ha de hacer.

José Manuel Santos Ascarza.

ISBN 956-7815-05-4

UNA LUZ ENTRE LAS SOMBRAS

ced

UNA LUZ ENTRE LAS SOMBRAS

Historia de la Parroquia Universitaria

Percival Cowley V. ss.cc.

© Centro de Estudios para el Desarrollo, CED, 2000
ced@ctc.reuna.cl
Una Luz entre las sombras

Derechos reservados para todos los países de habla hispana.

Registro de Propiedad Intelectual Nº 116.261
I.S.B.N. 956-7815-05-4

Septiembre 2000

Diseño de portada: Carlos Bravo
Diagramación: Héctor Peña
Impresores: Andros Ltda.

Se autoriza la reproducción total o parcial indicando la fuente.

UNA LUZ ENTRE LAS SOMBRAS

Historia de la Parroquia Universitaria

Percival Cowley V. ss.cc.

UNA LUZ ENTRE LAS SOMBRAS

(Historia de la Parroquia Universitaria)

A mis padres, que nos enseñaron
a vivir, y a mi hermano,
quien entregó su vida a sus
hijos y a los derechos humanos

A mis tantos y tan buenos
amigos, que han comprendido
mis quehaceres y han sido mis
hermanos a lo largo de mi vida

A tantos jóvenes que, de
diversas maneras, vivieron la
experiencia de la Parroquia
Universitaria y, entre ellos,
a Alfredo Pesce y Emiliana que
se confundieron con ellos para
quererlos como hijos.

ÍNDICE

Presentación 9
Prólogo 15
Capítulo I: Preámbulo 19
Capítulo II: Los Inicios de la Parroquia Universitaria 39
Capítulo III: Las Semanas Sociales 47
Capítulo IV: El Centro de Estudios Santo Tomás Moro 59
Capítulo V: Una Institución sin Nombre 65
Capítulo VI: La Organización de la Parroquia Universitaria 69
Capítulo VII: Ilustres Visitas 75
Capítulo VIII: Algunas Consideraciones Teológico-Pastorales 83
Capítulo IX: Acontecimientos Significativos 89
-En relación con los Derechos Humanos 89
-Las Confirmaciones 103
-Los Encuentros con el Señor 105
-La Parroquia Universitaria y la Política 112
-Los Ayunos y las Huelgas de Hambre 122

Capítulo X: Los Años Finales 127
Capítulo XI: La Comunidad Monseñor Enrique Alvear 131
Capítulo XII: Ultima Eucaristía Comunidad M.E. Alvear 147
Capítulo XIII: Post Scripta: La Iglesia que Soñamos 155

PRESENTACIÓN

1. El P. Percival Cowley V. ss.cc. nos describe en forma apasionante la historia pastoral, primero de la Parroquia Universitaria y, luego, de la Comunidad Mons. Enrique Alvear, cuando corren los años 1974 a 1992.

Como en toda narración humana que abarca períodos conflictivos y recientes, es evidente que puede haber cabida para otras interpretaciones y, yo mismo, no suscribiría todas las del autor.

2. Pero hay algo extraordinariamente valioso que va mucho más allá de los detalles narrados y que vale la pena rescatar, porque salva algo muy precioso que se va ya perdiendo: la necesidad de una Acción Católica auténtica. Este es, a mi juicio, el extraordinario mérito del libro del P. Percival.

3. ¿Qué dice el Concilio Vaticano II de la tarea del Obispo en su diócesis? Es demasiado claro: «A ellos (los Obispos) se les confía plenamente el oficio pastoral, o sea el cuidado habitual y cotidiano de sus ovejas, y no deben considerarse como vicarios de los Romanos

Pontífices, ya que ejercen potestad propia y son, en verdad, los jefes de los pueblos que gobiernan. Así, pues, su potestad no es anulada por la potestad suprema y universal, sino que, por el contrario, es afirmada, robustecida y defendida, puesto que el Espíritu Santo mantiene indefectiblemente la forma de gobierno que Cristo Señor estableció en su Iglesia» (Const. Lumen Gentium n. 27).

Cumplir este «cuidado habitual y cotidiano de sus ovejas» que el Vaticano II le reconoce no es fácil en países como el nuestro: diócesis extensas, no siempre con buenos caminos ni medios suficientes y escasez de sacerdotes. Por ello la división de las diócesis en parroquias y la colaboración oficial que prestan los seglares a la tarea de los Obispos se hace esencial.

4. Entre las diversas formas de colaboración que pueden ejercer los seglares sobresale como la más destacada la Acción Católica que Pío XI llamaba la «larga manus del Obispo» pues por medio de ella logra alcanzar hasta los más apartados rincones de su diócesis y los más ajenos ambientes y por ello, el mismo Sumo Pontífice la definía como la «participación de los seglares en el apostolado jerárquico de la Iglesia».

Pío XII, acaso temiendo que la palabra «participación» pudiera considerarse demasiado ambiciosa, prefirió hablar de «colaboración» y el Vaticano II, al urgir el deber de los fieles de tomar parte en las diversas formas de apostolado, agrega «señaladamente a la Acción Católica» privilegiándola así sobre otras formas por las que los seglares pueden prestar su colaboración.

El mismo Concilio la va a definir como «cooperación de los seglares en el apostolado jerárquico» (Decr. «Apostolicam Actuositatem», n. 20) señalando con claridad cuáles son las condiciones para que un movimiento pueda gozar de la distinción de llamarse propiamente «Acción Católica»: 1) Que su fin sea el de la Iglesia: evangelizar y santificar,

2) Que sean los seglares quienes al asumir la dirección de ella, examinen las condiciones en que se ejercerá su trabajo y determinen la elaboración y desarrollo del programa, 3) Que su trabajo sea en unidad, de manera que se manifieste la Iglesia como un cuerpo orgánico y 4) Que actúe bajo la dirección suprema de la propia jerarquía.

Es importante recordar estos principios del Vaticano II, hoy día tan olvidados, ya que puede suceder que otros movimientos espirituales, ajenos a las necesidades de las diócesis y de los fieles de éstas, copen la capacidad de cooperación de ellos y dejen al Obispo como un general sin soldados, privándole así de poder cubrir las necesidades de la diócesis que debe atender.

5. El período que describe el P. Percival, en su libro, es sin duda, uno de los períodos más difíciles de nuestra historia.

A medida que pasan los años, uno va comprendiendo cuántas heridas están sin sanar, cuántos hechos tortuosos sin aclarar y cuánto perdón por ofrecer. Acaso lo más clarificador en estos años fue la voz de los Obispos que pidió cordura, respeto y justicia. Recuerdo solamente los documentos del 13 de septiembre de 1973, del Comité Permanente del Episcopado; el del 24 de abril de 1974, de la Conferencia Episcopal, y el del 19 de noviembre de 1978, del Comité Permanente del Episcopado.

Si en esos años se hubiera escuchado esa oportuna y clara voz del Episcopado, se habría evitado tanto sufrimiento innecesario, la división que hoy nos acongoja y todos los esfuerzos de la Mesa de Diálogo para la Reconciliación, que alcanza a llegar a una tardía y pobre reparación.

6. Por ello el valor mayor del libro del P. Percival va mucho más allá que los hechos concretos que refiere. Su valor más profundo está en la misión que le fue encomendada por el Arzobispo de Santiago al encargarle la creación de una parroquia no territorial, es decir, una parroquia a la cual se pertenece, en razón de la misión que uno ejerce en la sociedad,

en este caso, la condición de universitario, sea como alumno, como docente o como administrativo o auxiliar.

De aquí la importancia del encargo recibido, no sólo por el número alto de personas sobre los cuales va a caer la responsabilidad del nuevo pastor, sino por la importancia de la tarea de la Universidad como formadora de los futuros dirigentes de la sociedad y como orientadora actual de los principios que deben conducirla.

El encargo que se le encomienda tiene, pues, las grandes notas que el Vaticano II marca como características de la Acción Católica: el mandato del Arzobispo para promover la formación y desarrollo cristiano de las personas que cubren el campo universitario; la competencia de los seglares para asumir la dirección, estudio de la realidad en la que van a actuar y la elaboración de metas y medios para alcanzarlas; la unidad de todos los que trabajan en torno a los fines que les han sido encomendados y, finalmente, su unión al Arzobispo a través del Asesor designado, P. Percival Cowley.

Desde este ángulo habría que emprender la lectura de esta obra. Tiempo, sin duda, excepcionalmente difícil por la limitación de los derechos civiles, por la misión de formar cristianamente a jóvenes universitarios y coordinar la tarea espiritual de los catedráticos.

Los frutos están a la vista: creación de una atmósfera religiosa adaptada a la juventud de manera que favorezca una formación cristiana y humana responsable, servicio a personas necesitadas, aun de otras diócesis, como forma de despertar la responsabilidad social, atracción positiva no sólo para los ya cristianos, sino para personas de cultura que descubren allí un ambiente abierto y sano que les ha permitido finalmente reencontrar la fe cristiana.

Esto es lo que quisiéramos ver hoy: apertura a una realidad cultural y social diferente y a la que pudiéramos mostrarle, sin renunciar

a la verdad, un rostro que la acoja, la interprete y en la que vean brillar el amor.

Es lo que el P. Percival ha logrado de verdad en su tarea en torno a la Parroquia Universitaria y al Grupo Mons. Enrique Alvear, y que muestra en esta obra. Gracias a él por su trabajo y por el bien que este libro ha de hacer.

Hacer presente y actual cómo el Obispo pueda hacer llegar su afecto y sus brazos a todos sus diocesanos, mediante la colaboración de seglares a quienes encomienda tareas específicas, es el gran valor que hemos de recuperar.

El P. Percival Cowley V. ss.cc. lo ha logrado en este libro con claridad y convicción. Gracias, Padre.

José Manuel Santos Ascarza.

PRÓLOGO

Ha sido abundante y valiosa la cantidad de publicaciones aparecidas en relación con los diversos acontecimientos que mancharon, muchas veces con sangre, la historia de nuestra Patria. Muchas, también, dando cuenta de la vida de la Iglesia en esos años que fueron tan oscuros y dolorosos para tantos chilenos. Todos, quedando como testimonios vivos para que lo que sucedió en aquellos años nunca más vuelva a suceder.

Los escritos sobre las actividades y compromisos de la Iglesia Católica en Chile son, cada uno de ellos, un testimonio de una eclesiología encarnada, atenta a los signos de los tiempos y a su misión de servicio al Evangelio de Jesús.

A pesar de los puntos negros, inevitables en toda institución compuesta por seres humanos, en aquellos años pareciera que resonaron por todas partes las palabras de San Juan: «Quien dice que ama a Dios, a quien no ve, y no ama a su hermano, a quien ve, es un mentiroso» o,

de otra manera similar: «El segundo mandamiento -el del amor al prójimo- es semejante al primero, el del amor a Dios».

Se trataba de una Iglesia que, en los diversos lugares y como correspondía hacerlo, estaba realmente llevando adelante «una opción evangélica y preferencial por los pobres»; por quienes lo eran porque no tenían trabajo y no se les reconocía el derecho a defenderlo a través de sus organizaciones sindicales; por quienes lo eran pues no se les reconocía su legítimo derecho a participar en las decisiones que afectaban a todos los chilenos; por quienes no tenían acceso a la salud y a la educación; por los que habían sido exiliados, eran torturados y eran detenidos y hechos desaparecer.

Era una Iglesia servidora de la vida, que seguía fielmente anunciándola, desde la fe, como una esperanza. Era una Iglesia que denunciaba todo lo que marginaba de distintas maneras a los seres humanos del ejercicio de sus derechos y de la posibilidad de cumplir, con dignidad, sus legítimos deberes.

Estas páginas han querido reunir lo que fue la historia de la Parroquia Universitaria de Benvenuto Cellini y algo de lo que fue la de la Comunidad Monseñor Enrique Alvear, que la continuó en el tiempo. Pero, también, algo más: los antecedentes, reunidos en el Preámbulo; las reflexiones teológico-pastorales que estuvieron siempre latentes y motivaron e inspiraron todos sus quehaceres; como, igualmente, algunos recuerdos y memorias más personales de situaciones vividas gracias, precisamente, a lo que fue, en esos años, la Iglesia en Chile y, más concretamente aún, lo que fueron, en ese tiempo, la Parroquia Universitaria y la Comunidad Alvear.

Del mismo modo, estas páginas han querido ser el relato acerca del compromiso de la Iglesia en relación con la formación en la fe –de una fe encarnada– de muchos jóvenes universitarios y en su preparación

para las responsabilidades, de diversa índole, que deberían asumir en el futuro, sobre todo de aquellas vinculadas con el regreso a la democracia.

De esta manera, este libro es inevitablemente parcial. No pretende contar todo lo que pudo realizarse en aquellos años; tampoco lo que otros ya han relatado ni lo que ciertamente muchos otros universitarios llevaron a cabo a través de otras Parroquias Universitarias, como la de Concepción, u otras instancias eclesiales de la época.

He pensado que era una responsabilidad dejar por escrito lo vivido y compartido en aquellos años de la Parroquia Universitaria de la Plaza Pedro de Valdivia, porque fue una experiencia pastoral más que no sería justo olvidar. Fuimos, entonces, para muchos, **una luz entre tanta sombra.**

Y así como nuestras abuelas y nuestras madres –y posiblemente hoy mismo muchas sigan haciéndolo– tejían pequeños cuadraditos de lana que otra mano generosa luego los unía para dar origen a una frazada que abrigaría el frío de los pobres, así también nos dábamos cuenta cómo se iba construyendo esta Iglesia servidora que, en ese mismo afán, a nadie preguntaba de dónde venía ni hacia dónde iba. Y, a la vez, cómo estos espacios de libertad, desde donde tantos anunciábamos la Buena Nueva de Jesús y denunciábamos, con valor y coraje evangélicos, todo lo que se oponía a su despliegue, iban preparando el «Camino a la Democracia». Vendría un día, más temprano que tarde, en que a iniciativa del Arzobispo de Santiago, se produciría el Acuerdo Nacional, primer paso para reunir tantos esfuerzos, más pequeños o más grandes, que nos permitirían recuperar nuestra historia y nuestro lugar, de país pequeño pero digno, en el concierto de las naciones.

No he querido terminar estas páginas sin expresar, aunque fuera en unas pocas líneas, algo sobre la Iglesia con la que sueño, que fue la que, de diferentes maneras, pudimos vivir en esa época desafiante.

En este año del Jubileo no es posible terminar este Prólogo sin una acción de gracias al Señor de la Pascua y al Espíritu del Resucitado, que nos permitieron realizar este servicio de Iglesia tan noble como exigente.

CAPÍTULO I

PREÁMBULO

Por los años setenta, la historia de Chile entró en un período crítico. Sus antecedentes pueden expresarse diciendo que en el país se había ido produciendo una ideologización creciente. Como todo proceso de esta índole, éste también se caracterizó por las comprensiones globalizantes y, de suyo, totalizantes. Prácticamente en todas las asociaciones y grupos donde el pensamiento tenía alguna importancia se producían discusiones o se llegaba a consensos. Las primeras, los quebraban; los segundos, provocaban unidades cuasi religiosas. De alguna manera, también, los matices iban quedando excluidos y desaparecían los grises para resolverse en blancos o negros absolutos. La verdad era poseída por cada uno de dichos grupos o asociaciones y no se le daba a los demás la posibilidad siquiera de asomarse a ella. La verdad, en cuanto poseída y administrada por instituciones, grupos o personas, tendía a ser exclusiva y también excluyente de quienes no comulgaban con ella. En la

medida que la agudización se fue haciendo mayor, el resultado final podía ir siendo previsible.

Así fue cómo en los meses del Invierno de 1973, Radomiro Tomic sostenía que estábamos viviendo literalmente una tragedia griega. Todos conocían el desenlace inevitable, pero nadie podía hacer nada para impedir que se cumpliera. Los datos del problema habían ido siendo puestos ordenadamente y eran pocos los capaces de mirar un poco más allá. La tragedia se venía encima, pero las simplificaciones propias de toda ideologización nublaban la vista de la sociedad chilena mirada en su conjunto. Habíamos empezado a vivir en un mundo de certezas absolutas. Mientras unos afirmaban absolutos otros los negaban de la misma manera. Estábamos incubando una sociedad de enemigos. Unos pocos seguían dispuestos a encontrar algo de verdad en los planteamientos de los adversarios, precisamente porque seguían mirándolos como tales y no querían romper todos los puentes que hacen posible la existencia de un tejido social, que confiera un mínimo de unidad a cualquier grupo humano.

En el mundo universitario las cosas se daban de maneras similares. La Universidad, inserta como se hallaba en nuestra sociedad, no podía pasar con una flor en la mano por el medio del campo de batalla. Eran, primero, las personas de los universitarios, que provenían de sus familias y de diversos círculos, los que estaban recibiendo los impactos de la ideologización. Eran, también, las universidades como instituciones las que estaban recibiendo los desafíos que provenían de la sociedad.

Los claustros de la Universidad Católica de Santiago, en los que pude participar, daban cuenta de lo que estaba ocurriendo. En general, las ideologías se expresaban en partidos políticos y, de esta manera, la política de partidos también se fue haciendo cada vez más presente y actuante al interior de la vida universitaria. Hubo situaciones en que

académicos tuvimos que oponernos firmemente a la intervención de directivas políticas externas. Nos parecía que los problemas universitarios debían ser enfrentados y resueltos por los universitarios y que quienes no lo eran, al menos en el presente, no conocían la complejidad de estas instituciones y podían querer valerse de su significado en la vida nacional para el logro de sus finalidades partidarias.

Fue por esos días que se planteaba la discusión sobre una de las Vice-Rectorías de la Universidad Católica. Hasta entonces se había llamado Vice-Rectoría de Extensión. En el futuro se llamaría Vice-Rectoría de Comunicaciones. No se trataba solamente del problema de un nombre, detrás de él había una suma de consideraciones que tenían que ver con una comprensión actual de la idea de Universidad.

En el pasado, se había concebido a la Universidad del mismo modo que se entendía a la sociedad entera. No en balde la primera había nacido en la Edad Media, en un mundo estratificado de señores feudales, de campesinos dependientes de ellos y de artesanos. Las ciudades, muchas veces, se constituyeron en torno a las Universidades y éstas, se suponía, en el mejor de los casos, debían, desde sus propias alturas del conocimiento, aportar al desarrollo de la sociedad humana. Lo que estaba en juego era una concepción de la cultura. Era culto el que disponía de un mayor número de conocimientos adquiribles por la investigación o el estudio. Los demás eran incultos.

Resulta sorprendente, por decir lo menos, que el problema se haya planteado entre nosotros tan tardíamente. Es posible que las definiciones sobre la cultura, aportadas lúcidamente por el Concilio Vaticano II, hayan tenido una influencia decisiva. Si la cultura es una forma de relacionarse con Dios, con los demás, consigo mismo, con la naturaleza y con las cosas, no se le podrá negar a nadie que posea una cultura.

Ciertamente, más de alguna vez nos habremos encontrado con

personas que no han pasado por las aulas, en ocasiones ni siquiera por todas las básicas, y que, sin embargo, poseen una profunda sabiduría. No han tenido acceso a esa forma particular de la cultura que proviene del campo académico pero sí han tenido formas de vincularse, a partir, a veces, de la propia familia, que les han ido haciendo posible llegar a envidiables sabidurías.

La idea de una Vice-Rectoría de Extensión respondía a una concepción que podríamos llamar paternalista y que incorporaba a la idea de Universidad la responsabilidad que ésta tenía de rebosar, por así decirlo, los bienes adquiridos a través de las artes, la investigación y el estudio, sobre la sociedad entera.

La idea de una Vice-Rectoría de Comunicaciones, por su parte, respondía al reconocimiento que la Universidad como tal hacía de la realidad de culturas y subculturas presentes en medio de la sociedad.

Se decía, entonces, por parte de algunos que todavía no comprendían la reflexión del Concilio, que la Universidad debía seguir ejerciendo esta función que hemos llamado paternalista.

Otros, en tanto, sostenían que la Universidad debía estar enteramente abierta a los fenómenos sociales y recoger, por lo mismo, para su mayor elaboración, todos los signos de esas realidades culturales que se encontraban fuera de ella.

Se hablaba, así, de la autonomía universitaria que, para los primeros, era condición para salvaguardar la idea misma de Universidad. Esta no debía dejarse tocar o influir por las realidades sociales y, entonces, encerrarse en una especie de academicismo indiferente. Para otros, la autonomía debía dejar paso a las necesidades concretas de la sociedad y a sus desafíos. Para estos últimos, esta antigua institución debía pasar a ser enteramente instrumental en relación con los fenómenos sociales y, más aún, ante la interpretación y los requerimientos de los poderes

públicos. Fue el momento en que haciendo una reflexión que recogiera todo lo positivo del pasado y se abriera, al mismo tiempo, a las nuevas percepciones, cuando fue posible aportar la fórmula de la «autonomía solidaria».

Tampoco ésta era una mera expresión. Se partía de la idea de Universidad en su sentido más tradicional pero, a la vez, del hecho de que ella se encontraba inserta en una sociedad determinada, de cuyos desafíos no podía prescindir.

Era la Universidad, con sus propios medios y métodos, la que debía continuar sus trabajos de investigación, tantas veces provocados por intuiciones que nada tenían que ver con los fenómenos sociales pero, al mismo tiempo, y sin pasar a ser dependiente de ideologías o instancias externas, esa misma Universidad debía ejercer la función de acoger críticamente en su seno las realidades del presente y las del futuro a las que ella pudiera anticiparse y, a la vez, elaborar siempre críticamente las realidades que provenían de la sociedad, para devolverlas, habiéndolas pasado por ese tamiz crítico al que nos hemos estado refiriendo.

Toda ésta no era precisamente una pura discusión teórica. Era una polémica que se vivía en el día a día y que llegaba a hacerse presente en todas las instancias del gobierno universitario y, más particularmente, en los dos claustros que celebró la Universidad Católica de Santiago, durante los años de la Rectoría de Fernando Castillo Velasco. Y, desde luego, en los largos períodos de preparación de los mismos.

Para tales ocasiones había que preparar programas, es decir, planteamientos que llegaran a toda la comunidad universitaria, en que se explicitara de qué manera se entendía la Universidad y cuáles eran los quehaceres esenciales que no se podían descuidar. Tales programas querían iluminar a todos los que tenían derecho a votar por sus representantes a tales claustros. Su entrega a la comunidad iba precedida, como

es fácilmente comprensible, por largas reuniones de discusión en que el rigor académico no estaba ausente. Los fines de la década del sesenta y los comienzos de la década del setenta estuvieron, entonces, muy fuertemente marcados por una Reforma Universitaria que instaba a la participación.

Todo había comenzado en la Católica por la toma de la Universidad que de ella hicieron grupos importantes de sus estudiantes. La autoridad universitaria había creído que con simples acogidas afectuosas a los alumnos podía ser suficiente como para que éstos renunciaran a sus propósitos. El antiguo paternalismo ya no tenía futuro dentro de los claustros universitarios.

Corría el año 1968. Recientemente se había celebrado en Buga, Colombia, un significativo encuentro de académicos convocado por la Conferencia Episcopal Latinoamericana (CELAM). Su documento final fue la inspiración más importante para los estudiantes y, luego, también para los académicos que advertíamos la urgencia de una reforma de la Universidad que la pusiera a tono con las realidades culturales y sociales que estábamos viviendo.

Recuerdo bien que, aunque los métodos no siempre fueron los mejores, yo mismo concordaba con lo esencial del movimiento estudiantil. Vino la toma y muchos estudiantes se parapetaron dentro de la Universidad. No fuimos pocos los profesores que nos hicimos presentes para visitarles y compartir con ellos nuestras inquietudes, a la vez que les manifestábamos nuestro apoyo en sus legítimas aspiraciones.

En esos días apareció el famoso lienzo, colgado en el frontis de la casa universitaria, cuya leyenda, fruto de la imaginación creativa de los jóvenes, decía: «El Mercurio miente». A mí me traía a la memoria algo que había aprendido hacía muchos años en el colegio. Uno de los sacerdotes que nos hacía clases nos había dicho, en más de una

ocasión, cómo había que desconfiar de los medios escritos de comunicación. Lo expresaba de este modo: «Los diarios traen una verdad en cada página: la fecha».

Creo que fue una importante enseñanza. Desde allí pienso que aprendí a leer las noticias y a distinguirlas de sus titulares que, con tanta frecuencia, inducen a una interpretación torcida del texto de la noticia misma.

Tuve, en ese entonces, una experiencia pastoral que fue para mí una verdadera señal de respeto por las ideas y una manifestación de la capacidad de los estudiantes que estaban en contra de la toma, de distinguir entre el pensamiento sobre la Universidad y el servicio pastoral. Llegaron así algunos de ellos a plantearme su propósito de una «retoma» de la Universidad y a preguntar si había consideraciones éticas que hacer a sus planes. Nunca he olvidado esta demostración de madurez de los jóvenes universitarios.

A raíz de estos hechos, se movilizaron algunos académicos y convocaron a una reunión en el galpón que sería, años más tarde, la Parroquia Universitaria de Santiago. El recinto era, entonces, más estrecho que lo que fue luego. Se llenó de profesores y hubo, como era de esperar, muchas intervenciones. Recuerdo haber hecho presente que ésta era la primera vez en la historia de la Universidad en que se reunía un número tan significativo de investigadores y docentes, convocados por la inquietud por la Universidad como tal, y que esto se lo debíamos a los estudiantes a quienes no podíamos culpar, como se estaba haciendo en esa reunión, por lo que habían hecho. Los verdaderos responsables de la situación que vivía la Universidad éramos los profesores, quienes hasta entonces vivíamos enclaustrados en nuestras propias unidades académicas, donde nunca se reflexionaba sobre la Universidad, sobre su catolicidad, sobre el sentido de la misma, sobre su organización y su responsabilidad ante la sociedad.

Sabemos que el problema planteado no fue de fácil solución. Tuvieron que intervenir el Presidente de la República, Don Eduardo Frei Montalva y el Arzobispo de Santiago, el Cardenal Raúl Silva Henríquez.

Fruto de sus gestiones, se produjo la intervención de la Santa Sede, la renuncia de Monseñor Alfredo Silva Santiago, Arzobispo de Concepción, Rector y Gran Canciller de la Universidad y el nombramiento del nuevo Rector, arquitecto y profesor Fernando Castillo Velasco. Comenzaba así la Reforma de la Universidad y, con ella, la participación creciente de todos los que formábamos parte de la comunidad universitaria. Se abrió el currículum, los estudiantes tuvieron sus cursos obligatorios pero también los optativos y facultativos, con lo que se les ampliaban los horizontes de su formación humana y cristiana. Los investigadores y docentes salían de sus cubículos y empezábamos a vivir una experiencia propiamente universitaria que iba, ciertamente, más allá de la especialidad de cada cual. Esto nos permitía acercarnos, a través de la reflexión y del debate, a miradas más amplias y globalizantes y, a la vez, empezar a constituir una verdadera comunidad humana que, a través del pensamiento crítico y la discusión, comenzaba a constituirse como un verdadero referente de la sociedad en que la Universidad se encontraba inserta, según se decía en el lenguaje de la época.

Los antiguos cursos de Cultura Católica, que eran obligatorios para todos (yo mismo los había tenido en las Facultades de Medicina e Ingeniería), pasaron a ser cursos optativos, ofrecidos por el Departamento de Estudios Teológicos para Universitarios (DETU), del cual fui nombrado Director.

En los años que siguieron –y seguramente debido a la ideologización y politización del país– se constituyeron grupos de profesores «gremialistas» (era el nombre de la derecha política), de izquierda y el Frente Cristiano de la Reforma, constituido por democratacristianos,

simpatizantes e independientes. Estos últimos llegamos a constituir el 43% del profesorado de la Católica. Allí, mientras Nicolás Flaño C. era elegido Presidente, a mí se me nombraba Vicepresidente.

Recuerdo claramente el día en que esa directiva tuvo que concurrir a la sede de la Democracia Cristiana, cuando era su Presidente el Senador Renán Fuentealba, a postular con éxito que los problemas y desafíos universitarios debían ser enfrentados por los universitarios y no por los políticos. Desde entonces pudimos tener plena independencia para nuestras reuniones y para nuestros planteamientos en relación con la Reforma que se encontraba en curso.

Tampoco olvido cómo gremialistas e izquierdistas llegaron a un acuerdo. Uno de los organismos nuevos, fruto de la Reforma, había sido el Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN). Allí participaba fundamentalmente gente de izquierda. Entre tanto, en la Escuela de Economía, inspirada desde hacía años en la escuela de Chicago, participaban particularmente los profesores gremialistas. En alguna de las tantas instancias de participación y decisión, se cumplió el aserto de nuestro genial antipoeta Nicanor Parra en sus «Artefactos»: «La izquierda y la derecha unidas, jamás serán vencidas». De hecho, así ocurrió. El pacto de unos y otros impidió el cuestionamiento de una Escuela de la Pontificia Universidad Católica de Chile, que se inspiraba en principios totalmente ajenos a la Doctrina Social de la Iglesia, todo lo cual tendría graves consecuencias, sobre todo para los más pobres, en la orientación de las políticas económicas del gobierno de la dictadura.

Cuando se produjo el golpe de Estado y la intervención militar de las Universidades, lo primero que desapareció fue el CEREN, mientras la Escuela de Economía siguió un curso triunfante.

Durante los años difíciles de la Unidad Popular y después de

largas consideraciones hechas con el Cardenal Silva Henríquez, él me había encomendado la realización de un trabajo pastoral con los profesores de la Universidad. La tesis que se encontraba detrás era que en la Pastoral Universitaria, por una parte, sería esencial contar con el compromiso serio de laicos adultos y que éstos, investigadores y docentes, podían ser los mejores evangelizadores de los estudiantes, siempre y cuando asumieran del todo su responsabilidad de cristianos y, por otra, lo que expresábamos diciendo: «Los estudiantes pasan y los profesores quedan» nos estaba insinuando que para darle permanencia y continuidad a ese quehacer pastoral sería fundamental contar con estos últimos, sobre todo cuando se veía venir la crisis vocacional que no permitiría una atención sacerdotal adecuada en el futuro de nuestras Universidades, sin que todavía pudiésemos siquiera soñar con la eclosión de universidades privadas que vendría después del golpe.

Quizá valga la pena hacer aquí un breve comentario sobre esta proliferación de universidades en nuestro país. De alguna manera, la Universidad de Chile, la más importante por su tradición y sus múltiples papeles en relación a la cultura y al desarrollo social, político y económico de Chile, quedaría recortada respecto de sus diversas sedes de provincia. Si en ellas la constitución de nuevas universidades significaría un aliento a las regiones, esas mismas perderían su relación con la acumulación de experiencia y de conocimientos fuertemente concentrados en su sede central. Entre tanto, surgirían muchas otras que, en general, cooptaban docentes de las universidades tradicionales, asegurándoles mejores ingresos, o nuevos docentes sin equipos de trabajo e investigación, siendo esta última la base necesaria e imprescindible de cualquier docencia propiamente universitaria, a la vez seria y responsable. Mientras sucedía todo esto, la Universidad Católica de Santiago permanecía incólume y lograba financiamientos, incluso

del Estado, que finalmente resultaban poco equitativos si tomamos en consideración la historia de la Universidad de Chile, y su trascendencia para el país entero, gravemente disminuída por el corte de sus sedes regionales.

Comenzamos así una tarea de pastoral con los profesores de la Católica. Rápidamente se armaron diversos grupos de docentes con los que empezamos a tener reuniones frecuentes. En esos años difíciles, sobre todo por las ideologizaciones mencionadas, fue posible lograr que profesores de distintas tendencias pudiesen participar en un mismo grupo. Con todo –y con lo que venía– la sobrevivencia de esos grupos plurales no podía ser sino relativamente efímera.

Vino el golpe. A mí, que había hecho mis estudios teológicos en el Escolasticado de mi Congregación, que no confería títulos académicos, se me exigía ahora, en el momento en que también desaparecía el Departamento de Estudios Teológicos para Universitarios y era absorbido por la Facultad de Teología, un grado académico. Entre los toques de queda y las múltiples restricciones impuestas por el régimen militar era poco o nada de vida propiamente universitaria la que podíamos tener. Me encerré, entonces, durante un mes, a preparar mi examen de Licenciatura mientras presentaba, a manera de tesis de grado, una suma de escritos de años pasados, todos los cuales fueron aprobados por la Facultad. Pasaba así a ser profesor regular de Teología y se me encomendaba la cátedra de Moral Social.

Hasta entonces había habido cursos de Doctrina Social de la Iglesia. La nueva cátedra implicaba no solamente el estudio y conocimiento de esta doctrina, desarrollada a través del tiempo y de las diversas instancias del Magisterio eclesiástico, sino también de los fundamentos bíblicos, patrísticos y litúrgicos que pudiesen fundar una reflexión verdaderamente teológica y no consistiera en la mera repetición de argumentos de

autoridad. A la vez, se requería algún mínimo de elementos antropológicos y sociológicos, vinculados con nuestro ser cultural y nuestra realidad, que permitieran encontrar los caminos para hacer pasar la reflexión teórica hacia una práctica, verdaderamente iluminada por la fe, en la diversidad de circunstancias del presente y del futuro que les tocaba y tocaría vivir a los estudiantes. Se trataba de ir encontrando criterios que pudiesen iluminar el compromiso social del cristiano, aquel al que se habían referido los Obispos del mundo reunidos en el Sínodo de 1974 sobre la «Evangelización y los Derechos Humanos». Allí se había afirmado que: «La dignidad humana hunde sus raíces en la imagen de Dios que se refleja en cada uno de nosotros. Esto es lo que hace a todas las personas esencialmente iguales. El desarrollo integral de la persona manifiesta más claramente la imagen divina de ellas. En nuestro tiempo, la Iglesia ha adquirido una conciencia más profunda de esta verdad; de ahí que crea firmemente que la promoción de los derechos humanos es una exigencia del Evangelio y debe ocupar un lugar central en su ministerio» (Mensaje del Papa y de los Padres Sinodales al Mundo, 4).

Como se comprenderá fácilmente, asumir una cátedra de esta naturaleza en la nueva situación que vivía el país constituía un desafío de proporciones. No era posible callar frente a todo lo que estaba ocurriendo entre nosotros y, más en particular, a las violaciones sistemáticas precisamente de los derechos humanos.

El año anterior al golpe, con la autorización del Cardenal Silva, había sido candidato a la Presidencia del Sindicato de Administrativos y Docentes de la Pontificia Universidad Católica (SPEPADUC) para la que había sido elegido por una considerable mayoría. Una vez que aquel se produjo, fue necesario defender justamente a los docentes que no habían votado por mí, que eran miembros del Sindicato y que estaban siendo sistemáticamente expulsados de la Universidad. No fue posible

conseguir nada. Tan malos resultados me condujeron a presentar la renuncia, cosa que hice con un discurso claro en que señalaba las razones de tal decisión y en medio de una asamblea sindical que se realizó en el casino de la misma Casa Central.

Entre tanto, yo seguía en la docencia. Mi contrato debía renovarse cada seis meses, cosa que sucedió sistemáticamente hasta que se me presentó un texto nuevo. El profesor Waldo Romo, que me conocía bien y sabía mejor cuál era la cátedra en que me desempeñaba, me advirtió previamente a la firma para que lo leyera con cuidado. Se había agregado un nuevo párrafo, que recuerdo perfectamente: «La Rectoría se reserva el derecho a poner término al presente contrato en el momento en que lo estime oportuno y sin necesidad de expresión de causa». El Rector, Almirante Jorge Swett, designado por la Junta de Gobierno, tenía todos los poderes. Por lo mismo –y estrictamente hablando– no se requería un párrafo de esta naturaleza para que pudiera proceder sin mayores consideraciones. Por mi parte, firmar un contrato de esta especie significaba para mí, en conciencia, aprobar de manera explícita la violación de la esencia misma de la Universidad que es lo que estaba ocurriendo y, al mismo tiempo, la renuncia a mis clases de Moral Social. No era coherente firmar el documento y seguir enseñando lo contrario. No faltaron, sin embargo, las presiones para que lo firmara tanto desde la misma Facultad de Teología como de un querido amigo de la Escuela de Derecho. Tres meses estuve haciendo mis clases en forma «normal» y sin contrato. Finalmente la Universidad me propuso un nuevo texto en el que no quedaron rastros del párrafo en cuestión.

Algo semejante sucedió cuando, por un conflicto producido entre los estudiantes de Teología y la Rectoría, un número importante de alumnos, seminaristas, religiosos y laicos, fue suspendido de su actividad universitaria. Fue el momento en que la Facultad decidió duplicar sus clases

y realizar las habituales dentro de los espacios de siempre, mientras a los sancionados se les hacía clases –durante meses– en la Parroquia de Santa Bernardita, ubicada en un lugar cercano al Campus Oriente. A mí me pareció, una vez más, que la medida era injusta. Mi manera de protestar fue seguir haciendo las clases a todos, a los sancionados y a los que no lo estaban, en el mismo Campus de siempre.

Este conflicto provocó la intervención de la Conferencia Episcopal y de la misma Asamblea de Profesores de la Facultad. Prácticamente todos estábamos en desacuerdo con las medidas extremas adoptadas por la Rectoría. Sólo unos poquísimos profesores la avalaban. Entre ellos, el decano Pbro. Antonio Moreno C., quien había sido elegido por los mismos docentes. En la primera asamblea en que se trató el caso, hice presente que la materia que se consideraba era grave y que si el decano no estaba de acuerdo con la gran mayoría de los profesores lo consecuente era que renunciara al cargo porque había perdido la confianza de quienes lo habían elegido. En la asamblea siguiente se solicitó que mi petición no quedara consignada en acta. Me dejé llevar por una debilidad, que reconozco, y por la presión indirecta de la carencia absoluta de apoyo de los demás docentes en relación con mi demanda. Todavía sigo pensando que mi planteamiento era justo y razonable, por eso esa debilidad pesa aún en mi conciencia y todavía me avergüenza reconocerlo. Con todo, debo decir que, dentro de lo que recuerdo respecto de esos años difíciles, no me parece que ninguna otra cobardía me haya frenado en lo que creí que debía hacer y decir en nombre del Evangelio de Jesús y de la doctrina de la Iglesia.

Todavía seguía ejerciendo como Gran Canciller el Cardenal Silva Henríquez. El Rector quería sacarme de la Universidad y la razón que le expresaba a Don Raúl era que yo era conflictivo. (¡Quién podía no serlo ante lo que estaba ocurriendo en el país y en la misma Universidad!).

Finalmente se me prohibió toda actividad pastoral directa en la Universidad y el Cardenal logró defender mi condición de docente.

Esto de ser conflictivo lo he reflexionado en múltiples ocasiones y he llegado a la convicción de que no provoco conflictos sino, por el contrario, en las múltiples actividades que me ha tocado realizar tengo conciencia de que más bien he podido ser un instrumento de entendimiento y comunión. Lo que sí nunca he tolerado son esos conflictos larvados que no se sacan a luz justamente por el temor al conflicto. Entonces no se vive en la verdad y se alienta la hipocresía. Mi impresión es que hay algo del carácter nacional que hace posible acomodarse y no enfrentar para no tener que pagar los costos. Creo que este rasgo no mejora la calidad de vida; infunde la desconfianza en las personas; produce los «comentarios de pasillo» y los alienta a las espaldas de los directamente involucrados y, a la larga, encierra en los propios individualismos.

Recuerdo un seminario que realizamos un grupo de personas en Bogotá. Nos recibía como anfitrión el P. Roger Vekemans s.j. En una de las sesiones se produjo una fuerte discusión entre él y yo que tomó buena parte del final de la misma. Íbamos saliendo juntos, en el momento del café del descanso, conversando de otras cosas, cuando un chileno muy querido se acercó con la evidente y buena intención de mediar para que nos pusiéramos bien. Y nada había sucedido entre nosotros que hubiese puesto en peligro nuestra antigua amistad. También éste, me parece, es otro rasgo de nuestro carácter nacional: la dificultad para distinguir el terreno de las ideas del terreno de los afectos. Para muchos, discrepar significa que se lo quiere menos; argumentar con fuerza y con rigor lógico pareciera ser fácilmente interpretado como una agresión dirigida a la persona del interlocutor y, la verdad, es que estrictamente hablando la razón y las razones nada tienen que

ver, si son rigurosas y de buena fe, con el afecto y los afectos. Posiblemente los ingleses, en su propia lengua, han logrado una distinción que nos podría ser de utilidad. Así hablan de «discussion» y de «argument». La primera palabra significa una conversación razonada; la segunda, una pelea. Pienso que en Chile deberíamos aprender a discutir en inglés...

Cuando ocurrió el episodio, del cual luego el Cardenal me dio cuenta, me dijo: «Si no nos dejan realizar nuestra actividad pastoral dentro de la Universidad, la hacemos fuera de ella».

Así empezaron nuestras conversaciones sobre la que luego sería la Parroquia Universitaria. Había ocurrido, entre tanto, que la anterior, que se encontraba ubicada en la calle Villavicencio, muy cerca del edificio Diego Portales, donde se había instalado la Junta Militar de Gobierno, había sido disuelta: los militares estimaban que se trataba de un territorio estratégico y quizá qué peligros, pensarían ellos, podían significar algunos cientos de universitarios desarmados frente al poder total de la dictadura que se iniciaba.

Por esos mismos años, la Congregación de los Sagrados Corazones buscaba una Parroquia más o menos central que le permitiera prestar un servicio de Iglesia y, a la vez, ofrecer esa posibilidad a algunos de sus hermanos que no se encontraban, por razones de salud o de edad, en condiciones de participar en los equipos de las parroquias de sectores populares. Esta búsqueda vino a encontrarse con el requerimiento del Cardenal en el sentido de dar vida a una nueva Parroquia Universitaria.

Así comenzaron las conversaciones y las búsquedas. La primera ofrecida por el Arzobispo de Santiago fue la de Los Angeles Custodios, la antigua capilla del Seminario de Santiago. El se la había ofrecido ya a unos cuatro o cinco sacerdotes del clero secular que no habían querido aceptarla, posiblemente porque se trataba de un sector de la capital donde vivían muchas personas de edad y muy pocos

matrimonios jóvenes y todavía menos juventud. Tenía esa parroquia, además del hermoso templo parroquial, una especie de anfiteatro donde habría podido funcionar muy bien una Parroquia Universitaria. Tenía, además, la ventaja de su ubicación pues quedaba, por así decirlo, en el cruce de Providencia con Vicuña Mackenna y la Alameda y, además, bastante vecina a las casas centrales, tanto de la Universidad de Chile como de la Católica.

Cuando todo estaba preparado para la firma del contrato entre el Arzobispado de Santiago y la Congregación, algunos miembros connotados del clero secular manifestaron su desacuerdo en el sentido de que esa iglesia, que tenía tanta significación para ellos, –pues había sido la que los había acompañado durante toda su formación seminarística–, pasara a una comunidad de religiosos. Hasta ahí llegó el intento. No dejó de impactarme severamente que se pasara por encima de un compromiso ya adquirido –en que sólo faltaba la firma– y se desechara tan rápidamente. Además, todos los pasos previos: las reuniones con estudiantes y con docentes quedaban en el aire y significaban para todos ellos una desilusión y un desencanto. No podía yo mismo dejar de participar de ellas.

Por esas mismas fechas el Cardenal partió de viaje al extranjero. Durante su ausencia, recibí la fraternal visita de Mons. Sergio Valech quien, con su caridad de siempre, trató de apoyarme en lo que se vinculaba con todos los intentos fallidos. A su regreso, Don Raúl me convidó a una comida, a una de esas que preparaba con verdadera maestría cuando se trataba de abordar algún tema difícil. Habría que ponerse a buscar otro lugar. Decidimos, entonces, celebrar de todas maneras una Eucaristía con las diversas personas y grupos con los que había estado compartiendo la idea de una Parroquia Universitaria. Así, a mediados de 1974, nos reunimos en la Capilla del Instituto de Humanidades, Luis

Campino, en La Alameda, lugar que hoy ocupa el Centro de Extensión de la Pontificia Universidad Católica, un signo más en el nombre («extensión») que ha podido seguir comprobando que la Reforma fue absolutamente arrasada con la intervención militar. Concurrió un grupo de unas setenta personas, entre estudiantes y profesores, y fue ésa la primera Eucaristía de la nueva Parroquia en ciernes...

Había que seguir esperando. De pronto un llamado de Don Raúl. Se presentaba una oportunidad interesante. El le había pedido al sacerdote que hacía las veces de Cura de la Parroquia de La Anunciación, que dejara la parroquia en sus manos para emprender él otras tareas. En esa ocasión me ofreció hacerme cargo también de la Vicaría de la Solidaridad, nueva institución que la Iglesia Católica iba a crear después de la disolución del ecuménico Comité para la Paz, y que –ambas– cumplieron un servicio tan importante y significativo en la defensa de los derechos humanos, en los momentos dramáticos que vivía el país. Le hice presente, sobre la marcha, que me parecía imposible asumir ambas responsabilidades. Cada una de ellas significaría bastante más que una jornada completa para cualquier cristiano. Y le dije que, si me daba a elegir, encontrándome yo disponible para lo que él decidiera, prefería la Parroquia Universitaria porque, mal que mal, era lo que había estado preparando y no quería volver a desilusionar a quienes me habían manifestado su apoyo, en lo que hasta el momento casi había pasado de ser una esperanza a una ilusión. Me preguntó también el Cardenal si prefería trabajar en la nueva Parroquia con hermanos de mi Congregación o con otros sacerdotes de la Arquidiócesis. De inmediato él me ofreció a dos. Yo ya había hablado el tema con mis Superiores y éstos me manifestaron que podría asumir la nueva misión con otros hermanos de la Congregación. Había puesto el tema con anticipación, por la sencilla razón de que deseaba trabajar junto a religiosos como yo

y de la misma comunidad, porque en todas mis tareas anteriores me habían tocado servicios en que me había desempeñado prácticamente solo y añoraba poder hacerlo con otros hermanos. Así se lo manifesté al Arzobispo, quien comprendió muy bien mis aspiraciones. No estuvo tan clara dicha comprensión en mi propia comunidad porque, aparte de los aportes puntuales y siempre positivos del P. Beltrán Villegas M., no pude contar con ninguno de los otros hermanos prometidos.

Con todo, aún hubo que seguir esperando. No faltaban los trámites por hacer. Por eso, –y ya anunciado el comienzo de la Parroquia– tuvimos que pedir la autorización del Colegio de las Monjas Argentinas para celebrar allí la que sería nuestra segunda Eucaristía. Nos prestaron un salón y a él llegaron unas cien personas, siempre entre estudiantes y profesores. Fue en el primer domingo del mes de octubre de 1974, que iniciamos las actividades en el galpón y que luego fue motivo para celebrar, año a año, el cumpleaños de la Parroquia. Siempre recuerdo que, en esa segunda ocasión, en las Monjas, el canto fue un verdadero desastre. Ello daría lugar a que en el futuro ya tan próximo, el primer domingo de octubre, llegara un contingente de buenos cantores, con sus guitarras, para la que sería ya la tercera Eucaristía.

Con la fundación de esta nueva Parroquia Universitaria se continuaba una tradición de la Arquidiócesis, que había contado antes con la de Villavicencio y la de Santa Ana. Así fue como, ya en los inicios de la que recién partía, contamos con un buen número de jóvenes que procedía de la de Villavicencio. Esta había tenido que cerrar sus puertas pues se estimaba, por parte de los uniformados, que se trataba de un territorio estratégico por su cercanía con el edificio Diego Portales, donde funcionaba la Junta Militar de Gobierno, que no podía ocupar La Moneda pues ésta había sido bombardeada el día mismo del golpe militar.

CAPÍTULO II

Los inicios de la Parroquia Universitaria

Como lo decíamos, estábamos en el primer domingo de octubre de 1974, apenas a un año del golpe militar. La Parroquia de La Anunciación poseía un antiguo galpón de adobe, que había sido el viejo templo parroquial y contaba, además, y dentro de la misma estructura, con un par de grandes salas de reunión y una sacristía que podía servir para efectos similares.

El estado en que todo se encontraba era lamentable. Un abandono de años y una increíble suciedad acumulada. Para la Eucaristía inicial pudimos limpiar el espacio que iba a hacer las veces de Capilla. Era más grande que el salón de las Monjas, donde habíamos celebrado la segunda Eucaristía; tenía un piso de tablas, algunas de las cuales ya habían cedido al desgaste y otras que estaban a punto de correr igual suerte. Era un tanto peligroso pisar sin poner alguna atención.

El desastre del canto de la Eucaristía anterior se transformó en una

verdadera invitación a un grupo que iniciaba sus estudios de Derecho en la Universidad de Chile. Llegaron con sus guitarras y, con su canto, transformaron la Eucaristía en una significativa y atrayente celebración de la fe. Los primeros que iniciaron esta forma tan activa de participación fueron Ignacio Walker P., actual diputado; José Luis Ramacciotti, hoy día abogado integrante de la Corte de Apelaciones de Santiago; Andrés Donoso S., abogado, en el presente la cabeza de la oficina de quien sería su suegro, el diputado Enrique Krauss R.; Oscar Riveros y Eugenio Díaz, apreciado Ingeniero Comercial. Más adelante fueron agregándose otros más a este que ya era un coro: Cecilia Echenique C., conocida compositora y cantante nacional; Claudio Hohman, quien fue Ministro de Transportes durante el gobierno de Eduardo Frei R.-T.; Alejandra Hewstone; Tita Munita, Pilar Blanco, etc.

Y así como el canto y la música fueron importantes en todas nuestras celebraciones, así también ocurrió que nuestros jóvenes, Cecilia Echenique y José Luis Ramacciotti, ganaron el Primer Festival de la Canción para Jesús, con una canción original que se titulaba : «Jesús, el Hombre Verdadero». No puedo olvidar que, después de este acontecimiento, ambos se acercaron a mí, cuyo oído para el canto era de sobra conocido, para regalarme el retablo de un Cristo que habían recibido como premio.

Empezó, entonces, a producirse una especie de acontecimiento. Cada domingo eran más los jóvenes que iban llegando, hasta el punto que tuvimos que botar los muros divisorios del galpón, con lo cual perdimos las salas de reunión que eran, por lo demás, bastante oscuras e inhóspitas. Pero, al mismo tiempo, recuperamos el espacio primitivo completo, el del viejo templo, con su dignidad de antigua construcción de adobe, con sus gruesos muros capaces de resistir hasta los terremotos. Fue toda una historia el esfuerzo por ir consiguiendo las sillas

necesarias que, además de caras, se hacían siempre escasas. Hubo que armar un altar, que se colocó al centro de uno de los muros más largos del rectángulo que ahora era el galpón; buscar los elementos necesarios para las celebraciones litúrgicas; etc.

Más adelante, con las ayudas externas y otras internas y el esfuerzo de muchos, sobre todo de Alfredo Pesce, se pudo poner un piso firme de cerámica; se rasparon las puertas, que recuperaron la antigua madera y se cambiaron unos vidrios insignificantes por otros vidrios catedral de color ámbar, que le dieron al galpón una nueva luz, lo que nos ofreció finalmente un espacio más digno, conservando en el centro de la capital, una antigua construcción de lo que fue campo chileno.

Se nos había entregado, al mismo tiempo y para el uso de las reuniones de los jóvenes, una pequeña casita que se encontraba al costado del nuevo templo territorial. Allí empezaron a reunirse las incipientes comunidades de jóvenes durante los días de semana, hasta que llegó el momento en que sencillamente los espacios no daban abasto.

Fue así como el restaurante, ubicado frente a la Plaza Pedro de Valdivia, que se llamaba Teresa, fue rebautizado con el nombre de Santa Teresa. Después de las reuniones en la «casita», éste era el lugar donde, en torno a una taza de café o algo más, esas reuniones se prolongaban hasta cualquier hora. Había también alternativas. Eran las casas de algunos miembros de las comunidades que quedaban cerca de la Parroquia, las que sufrían intempestivas «invasiones» para seguir cultivando esa práctica, tan inveterada como importante de los estudiantes universitarios, la de reunirse para arreglar el mundo.

Los sacerdotes de la Congregación llegaron a vivir en el segundo piso de la nueva construcción y ocupaban, a la vez, parte del primero. El resto era utilizado por la Parroquia de La Anunciación, su secretaría y sus feligreses. Dicha construcción tenía, también, un tercer piso, prácticamente

abandonado. Al llegar a él se transitaba por un pasillo, que tenía piezas a cada costado. El pasillo terminaba en una puerta que daba a una pequeña terraza. Se podían subir unos dos o tres escalones y todo terminaba en un baño tan completo como absurdo.

Posiblemente nunca sea tan bueno vivir en el mismo lugar de trabajo. Cuando ello sucede no resulta fácil desconectarse. Este ya era un argumento de peso. A él se añadió la presión del número creciente de jóvenes, de comunidades y de reuniones que la «casita», como la llamábamos, no era capaz de albergar. No resultaba que un grupo estuviera haciendo oración en el curso de unas reuniones, mientras otro, al lado, y sin mayor aislación, chacoteaba o celebraba alguna fiesta juvenil. La Congregación, entonces, tomó la decisión del traslado de los sacerdotes a una casa cercana que se adquirió y se cedió una entrada con una oficina de recepción y secretaría en el primer piso, y el segundo y tercero completos para las reuniones de jóvenes y adultos. Entonces nos cambió la vida. Había salas suficientes; instalamos una pequeña capilla y fue posible, también, contar con algunos espacios para reuniones de cuarenta o cincuenta personas. Pero todo esto tenía su precio. Había que buscar los dineros necesarios para lograrlo.

En los mismos comienzos había aparecido un laico, ya adulto pero de corazón muy joven, que sin tener ordenación eclesiástica alguna, hizo las veces de un verdadero diácono, durante toda la vida de la Parroquia. Se trataba de Alfredo Pesce G., antiguo alumno y colaborador cercano del Cardenal Silva Henríquez.

No se podría escribir una línea de la historia de la Parroquia sin mencionar su nombre y valorar su generosidad a toda prueba.

Nos hicimos entrañablemente amigos y, mientras él colaboraba con una disponibilidad admirable, su señora, Emiliana Undurraga M., nos apoyaba cariñosamente a ambos, prestándose, también ella, para los más modestos servicios.

Entre las primeras actividades organizadas para todos se contó con el cursillo que ofreció el P. Beltrán Villegas M. ss.cc. sobre la Universidad, sus orígenes históricos, su desarrollo a través de la historia, los diversos conceptos que acerca de ella se fueron elaborando y el sentido de la Reforma Universitaria y su proceso. Era, sin duda, un buen punto de partida para lo que queríamos ser y para la formación de los estudiantes, que tenían delante de sus ojos una Universidad petrificada por la intervención del Gobierno.

A este propósito sería imposible no recordar la charla de Guillermo Blanco a los universitarios sobre la libertad. Allí utilizó la imagen de la correhuela, capaz de brotar de nuevo, desde las profundidades de la tierra y traspasar hasta el cemento. Era la libertad que queríamos para todos. Era la capacidad de libertad del ser humano que, tarde o temprano, tendría que volver a florecer. Fue ésa una charla de esperanza que nadie pudo olvidar.

Ese primer año terminó con la peregrinación al Templo Votivo de Maipú, donde el Cardenal Silva pronunció una homilía memorable. Todos iban a partir desde la estación Pajaritos. Nosotros decidimos hacerlo, más temprano, desde la Parroquia misma. Así nos quedaron los pies a algunos de los entusiastas. De esa fecha nos quedó la cruz que nos acompañó en los años sucesivos.

Como era necesario comunicarse cada vez más, se creó «El Sacristán», especie de modesto periódico que, además de algún artículo editorial o de fondo, dedicaba sus páginas a hacer bromas con cuanto sujeto u ocasión disponible se presentaran. Una comunidad llamada «La Familia», con la ayuda de otros más, se encargaba de editarlo y comercializarlo... Más adelante, «El Parroquiano» ocupó su lugar, sin que cambiara mucho el sello del primero. Ambos supieron dar cuenta de un ambiente interno sano y alegre y de un clima familiar que caracterizó todos esos años.

En esta misma línea, no faltaron tampoco los humoristas que, como el «Flaco Robles», Pepe Murillo y el Pato Mejías, no desperdiciaban ocasión para hacernos reír hasta las lágrimas. No hubo Campamento, convivencia –o lo que fuera– en que no estuviesen disponibles para crear ambiente alegrando a los demás.

Recién partiendo con los jóvenes y su organización en comunidades empezamos a pensar en tareas posibles para los adultos, especialmente los docentes universitarios. Fue así como, a comienzos de 1975, comenzamos a preparar lo que sería la Primera Semana Social de Chile en el período de la dictadura.

Los criterios con los que comenzábamos debían iluminar todo el quehacer pastoral que nos aguardaba. Lo primero fue concebir la Parroquia como una Comunidad de comunidades, en que la organización y el funcionamiento de cada uno de los pequeños grupos le darían a la Parroquia como tal su consistencia básica. Junto con ello, la idea de los círculos concéntricos: en el corazón de la Parroquia, como lo decíamos, estarían las pequeñas comunidades, con sus responsables, con los jefes que serían elegidos a través de una terna de la que se nombraría a uno, una vez hecho el escrutinio en forma secreta y privada por el Párroco; en otro círculo estarían los que participaran en la Eucaristía dominical, sin constituir comunidades, y finalmente, en el último, estarían los que concurrían a la Parroquia a alguna Eucaristía especial o a algunos eventos organizados por la misma. Debo decir aquí que, a lo largo de todos los años en que me tocó acompañar a los jóvenes electores, siempre nombré como jefe o como jefes a los que obtuvieron las primeras mayorías.

Por otra parte, la Eucaristía dominical debía ser el centro medular de la vida de esta nueva institución, así como los momentos más significativos del año litúrgico. A ella podían y debían invitar los jóvenes a sus

compañeros de Universidad, tomando conciencia de que su primera responsabilidad pastoral era precisamente con ellos. No faltaron tampoco las Eucaristías que celebrábamos los sábados en la tarde y a las que concurrían algunos más comprometidos, sin dejar la dominical de lado, y donde era posible una participación mayor y riquísimos diálogos en torno a la Palabra del Señor.

Debía ser también muy importante, en la línea de la evangelización de la cultura, asumir, aunque sólo fuera en parte, el papel crítico, propiamente universitario, que las Universidades habían dejado de cumplir.

Igualmente –y para que el propósito de la evangelización de la cultura no se transformara en una mera teorización– resultaba fundamental «evangelizar la coyuntura», es decir, actuar como institución y denunciar por la palabra, a partir del anuncio del Evangelio, todo lo que, de una manera u otra, estaba produciéndose en nuestra sociedad y no se avenía con las orientaciones de la Iglesia y con el Mensaje mismo de Jesús. Se trataba de una espiritualidad de «encarnación» que asumía la misión del Señor como tarea en el mundo y no fuera de él.

Estos criterios básicos recorrieron nuestra historia y no dejaron de provocarnos situaciones a veces graves y también otras risibles.

Y, a propósito de lo risible, no sería posible recorrer esos años, tan llenos de tensiones y desafíos, sin considerar el ambiente lúdico que fue posible compartir aun en los momentos más complejos. Quizá ello se haya debido al carácter propio de los jóvenes, capaces de mirar hacia adelante con optimismo y esperanza. Pero, también, a un clima o microclima que fuimos creando entre todos. Se trató siempre de cuidar un espacio donde los jóvenes universitarios pudieran vivir algo de su juventud, bajo la mirada de la Iglesia Madre y en un ambiente general tan enrarecido como aquel en que vivíamos. De hecho, entre la alegría de vivir y la alegría de servir sólo hay un paso, sobre todo

cuando la motivación más honda proviene de la Buena Noticia de Jesús y del don de la esperanza.

Este mismo clima de alegría juvenil, que se expresaba de diversas formas y a través de toda suerte de sanas bromas, especialmente en los Campamentos y en otras actividades comunes, es lo que seguramente ayuda a explicarse, junto con la fe en el Amor del Señor, la verdadera y creciente amistad entre todos los que participaban en las diferentes comunidades, como en la acogida a quienes iban incorporándose o simplemente llegaban a la Parroquia a tomar parte en alguna de las innumerables actividades que se proponía y ofrecía al mundo universitario.

Otro rasgo que caracterizó nuestra vida comunitaria era lo que sucedía con las colectas en las Misas dominicales. Mientras unos depositaban su ofrenda, otros retiraban el valor del pasaje del o de los buses que necesitaban tomar para llegar a celebrar juntos una misma Eucaristía. Se trataba de los jóvenes que no disponían de esas cantidades mínimas de dinero y que, a veces, llegaban a la Universidad sin desayuno, sin poder almorzar y se desmayaban en clase. Así de crueles podían ser aquellos tiempos.

Tampoco faltaron los que se conocieron en este ámbito generoso y llegaron al matrimonio y son hoy día, en una buena proporción, familias que han continuado siendo testigos de la fe en su vida cotidiana y en los múltiples quehaceres que han emprendido como laicos que viven realmente en el mundo.

Este espacio hermoso y viviente, que entre todos habíamos ido creando, era verdaderamente una luz entre las sombras que tanto nos abatían.

CAPÍTULO III

Las Semanas Sociales

Partimos, entonces, con la preparación de esa Primera Semana Social que era, de hecho, la Sexta que se celebraba en Chile. Antes se había celebrado una en Valparaíso en 1924 y, luego, otra en Santiago en 1933. De ellas no conservamos mayores antecedentes. Vinieron, luego, la que también se llamó Primera, ciertamente por desconocimiento de la realización de las dos anteriores, el año 1963, cuyo tema fue «La Comunidad Nacional» y cuyo texto, con los trabajos presentados, fue publicado, lo mismo que la de 1964 sobre «Socialización y Libertad» y la de 1966 sobre «Derecho de propiedad».

Luego de una conversación con Javier Lagarrigue A., a quien le pedí asumiera la presidencia, constituimos el equipo de laicos que se encargaría de las tareas previas de la que empezábamos a preparar. Ya Javier no se encontraba en el mejor estado de salud, pero aceptó gustoso el servicio que se le solicitaba.

Entre los miembros de este directorio buscamos una representación lo más pluralista posible dentro del mundo católico. Se trataba de constituir un grupo con diversas ideologías de tal manera de buscar una mayor unidad de Iglesia incluyendo, naturalmente, las discrepancias posibles. Así, solicitamos a dos personas, de sectores más bien conservadores, que nos acompañaran en esta nueva tarea.

Teníamos ya definidos los temas que abordaríamos en el próximo mes de octubre. Quedaban por determinar los expositores de cada uno de ellos. En un momento dado, Javier se enfermó y tuvimos que descontinuar las reuniones. Pasado un tiempo no tan largo –y sin consultar palabra– nos llegó una tarjeta de renuncia de uno de ellos, quien atribuía a la directiva el haber estado asignando los temas mientras no citaba a reunión, todo lo cual no sólo era perfectamente falso sino, además, absolutamente ajeno a la voluntad de todos. Fue sorprendente esa renuncia. La aceptamos de inmediato por razones obvias.

Vino la Semana Social. Invitamos en forma personal. Todos podemos imaginarnos por qué procedimos de ese modo. No estaba el horno para bollos. Pedimos a cada uno de los miembros de la directiva que proporcionaran una lista con las personas que ellos sugerían invitáramos. Llegó con la suya el representante que quedaba de ese mundo más conservador. Venían prácticamente puros nombres de personas ajenas a sus tendencias ideológicas. Cuando se lo hice presente, recordándole la idea de tener una participación pluralista, me respondió diciendo que las personas cuyos nombres yo había solicitado no se interesaban por estos temas, así de textual. Volvía a repetirse, de alguna manera, la vieja historia de El Diario Ilustrado que ni siquiera publicaba las Encíclicas Sociales.

Entre tanto, nosotros invitamos al Coronel Jerez, quien estaba a cargo de las comunicaciones en la Junta de Gobierno, quien participó a todo lo largo de la Semana. Su título fue «La Pobreza en Chile».

La realizamos en las Monjas Argentinas, donde fueron tan gentiles para acogernos como para la Eucaristía que allí celebramos antes de que nos hicieran entrega del galpón para la Parroquia Universitaria.

Las Semanas Sociales merecieron una mención especial de S.S. Paulo VI, en un discurso de septiembre de 1966, cuando dijo, refiriéndose a la Semana Social de Chile, que ella era «una muestra de la vitalidad de la Iglesia». En alguna otra ocasión, Monseñor Bernardino Piñera habló de un cierto magisterio laical que se producía en eventos de esta naturaleza.

Casi terminada la Semana, nos reunimos en la noche para recoger las «Conclusiones» de la misma. Así lo hicimos cada año en unos sábados nocturnos en que terminábamos nuestro trabajo en la madrugada para estar listos con ellas, que siempre fueron aprobadas por aclamación y las copias correspondientes, para ser entregadas a los participantes y a los medios de comunicación durante el acto de la Clausura y de la Eucaristía del domingo, que cerraba la celebración.

Ese primer sábado nocturno, participó en las proposiciones y en la redacción el representante más conservador que había permanecido con nosotros. Le invitamos especialmente a acompañarnos en esa noche porque estimábamos importante que esas «Conclusiones» pudiesen ser ampliamente representativas. Todos sus aportes fueron acogidos e incorporados. Al domingo siguiente, salió un artículo con su firma en el diario El Mercurio criticando las Semanas Sociales en un lenguaje que dejaba mucho que desear proviniendo, como de hecho provenía, de un académico de su prestigio.

Escribí, entonces, una respuesta y pedí audiencia con el Coronel Jerez, quien me recibió rápidamente. Le di a leer esa respuesta y él me dijo, entonces: «Yo lo autorizo para que la publique». Mi respuesta fue muy simple: «Precisamente porque Ud. me autoriza no la voy a publicar».

Eran los gemidos del ahorcado que seguía postulando el derecho a expresar libremente las opiniones, sin necesidad de autorizaciones, sobre todo de personas no necesariamente competentes, y en particular a responder a aquellas que habían aludido a un acontecimiento de manera tan injusta, tan poco seria y, lo peor, tan desleal. Este católico, a quien he llamado conservador, no hizo nunca una crítica al interior del grupo que le había invitado a participar y que lo acogió de la manera ya expresada. Lamentable por él.

La conversación con el Coronel Jerez continuó, ese mismo día, en torno a acontecimientos que se encontraban en curso. Habían detenido a unos sacerdotes jesuítas por haber acogido a Gastón Pascal, que huía de la policía. En esos tiempos, sea dicha la verdad, la justicia no daba ninguna garantía de objetividad respecto de sus reacciones y sus pronunciamientos. Así, en la práctica, había dado curso a uno que otro de los miles de recursos de amparo que se presentaron en esos años. Acoger a alguien que huía de ella parecía la única manera de proteger la vida humana y ser coherente con los mandatos del Evangelio.

Recuerdo haberle preguntado al Coronel qué habría hecho él si como sacerdote se hubiese visto expuesto a una situación semejante. Su respuesta textual fue: «Los recibo, pero inmediatamente doy cuenta a los servicios de seguridad». Mi comentario: «Ud. sabe, Coronel, que eso en Chile tiene nombre: se llama mariconada» (que se me perdone el lenguaje, pero si estas palabras no se utilizan a cada rato, cuando se las emplea adquieren toda la fuerza que ellas tienen). Cuando ya nos despedíamos, habiendo sido él muy gentil conmigo y habiéndome ofrecido, a través suyo, un contacto directo con la DINA en el caso que fuere necesario –y a la que nunca acudí– le dije: «Coronel, quiero que sepa, desde ahora, que cuando se dé vueltas el pastel, Ud. puede contar con mi casa». Su reacción fue sin palabras. Mientras

me pasaba su mano y escuchaba lo que le decía, se ponía blanco como un papel.

A esta Semana siguieron muchas más, que se celebraron en forma continua hasta el año 1992, con la sola salvedad de la de 1984, que fue prohibida por el Gobierno. Nos reunimos, entonces, en la portería del Instituto de Humanidades y yo, sobre una silla, hice una oración –la que correspondía a la inauguración– y, luego, anuncié la prohibición. Con todo, pudimos reunir todos los trabajos y fuimos de a poco haciendo posible su desarrollo en la sede de la Parroquia Universitaria. De este modo, quedó el libro editado, con todos los aportes ofrecidos. Su tema era: «Camino a la democracia, de la Marginalidad a la Participación». Naturalmente a la autoridad de la época no debe haberle gustado mucho el título. Menos le gustaría después su edición, que en la portada traía el signo del tránsito que indica la prohibición de paso con el título de la publicación y, en su interior, el decreto que la prohibía y la protesta de la Conferencia Episcopal por la medida tomada.

Después de la Semana de 1975, que fue concurrida prácticamente por todos los invitados, que eran muchos, Javier Lagarrigue no pudo continuar en la presidencia. Su salud se encontraba ya muy resentida. Nombramos entonces para esa tarea, al escritor, profesor y, más tarde, Premio Nacional de Periodismo, Guillermo Blanco M., quien desempeñó este cargo y llevó sobre sí esta carga por bastantes años. Luego lo reemplazó, el arquitecto Jaime Silva A., quien al igual que el anterior puso lo mejor de sí mismo al servicio de esta iniciativa. Las últimas que pudimos celebrar fueron presididas por el abogado Andrés Donoso S., el que también entregó toda su dedicación al buen éxito de estas jornadas de reflexión. Estas Semanas, celebradas en Santiago, empezaron a realizarse también en diversas diócesis del país y, con bastante frecuencia, pudimos colaborar, sea en su organización o viajando a presentar algunas ponencias.

Tengo vivo el recuerdo de nuestras reuniones nocturnas para preparar la de cada año. Nos juntábamos en alguna casa, con la constante preocupación de que en cualquier momento podíamos ser allanados. Estábamos listos, cada vez, para transformar nuestras sesudas reflexiones y discusiones en verdaderas fiestas que encubrieran aquello que también se encontraba prohibido.

El Secretario Permanente de todo este largo ejercicio fue Alfredo Pesce G., quien también en esta actividad puso su corazón y su generosidad enteros, sin pretender nunca otra cosa que servir. Así, pasábamos noches enteras redactando las Conclusiones, con la ayuda de personas tan calificadas como Jaime Castillo Velasco, quien más de una vez nos facilitó los caminos de la prudencia, cuidando siempre la imagen de la Iglesia. Alfredo, entre tanto, se ocupaba hasta de los más mínimos detalles para que la tarea común pudiera resultarnos más grata.

Nos entendíamos, para cada ocasión, con el Nuncio Apostólico, con quien concordábamos el tema de cada Semana y, en más de una ocasión, recibimos alguna estimulante palabra de Su Santidad. En 1985, las Semanas Sociales se incorporaron en el «Área de Pastoral Social de la Conferencia Episcopal de Chile».

Su realización y publicación fue posible gracias al comprensivo aporte económico de Misereor, institución de la Conferencia de Obispos de Alemania. En 1986 Alfredo pudo publicar un índice de temas y de autores gracias a la significativa donación de Monseñor Angelo Sodano, a la sazón Nuncio Apostólico de Su Santidad.

Es digna, igualmente, de notarse la colaboración permanente del Pbro. Patricio Guerrero Y., por ese entonces Rector del Colegio Luis Campino, quien no sólo nos facilitaba el espacio, con el amplio salón de actos y las salas de clases necesarias para el funcionamiento de las

comisiones temáticas, sino él mismo ayudaba a preparar los locales, y lo encontrábamos con frecuencia barriendo con una escoba para que todo estuviera impecable. Señales todas ellas de un sacerdote que sabía ser sencillo y servicial y lo era sin aspavientos.

Con el despertar político que empezaba a producirse en el país y que nos conduciría a la democracia, el poder de convocatoria de las Semanas Sociales fue decayendo. Hay que decir que, junto con el apoyo permanente y con la participación activa, en por lo menos seis de ellas, del Cardenal Silva Henríquez, nunca logramos un adecuado apoyo de parte de los agentes pastorales más involucrados de la Iglesia de Santiago. Nunca supimos dónde topábamos. Pero que había motivos para tener miedo, sí que los había.

Don Raúl siempre nos apoyó con verdadero interés y entusiasmo. Cada vez que le pedimos su participación su respuesta positiva fue prácticamente inmediata. Los trabajos por él presentados fueron un aporte significativo. Sus homilías en las Eucaristías de Clausura, las de un Pastor que no le teme a la verdad y siempre alienta la esperanza y, por lo mismo, la misión de su rebaño.

Hubo, sin embargo, una ocasión en que, posiblemente por sus muchas tareas y obligaciones o por no tener a alguien a quien recurrir para que le ayudara en la redacción del trabajo que se le había pedido, llegó a exponerlo sin la preparación que éste requería. Ver a Don Raúl, con su asertividad característica, confundido en la búsqueda de las citas del Magisterio y escarbando en páginas y páginas las que quería traer a cuento era, en el momento, una experiencia que no dejaba de producir angustia en el auditorio. Con todo, fue una nueva manera de conocer a nuestro Arzobispo en una de las tantas dimensiones de su condición humana. Es necesario sí reconocer que a él muy poco le afectó lo sucedido. Tenía ese desplante admirable y esa seguridad en

sí mismo que fueron fundamentales en la tarea grande que realizó como Arzobispo de Santiago.

Los temas elegidos para las diferentes Semanas dieron siempre vueltas entre la Doctrina Social de la Iglesia y la reflexión de Moral Social, por un lado, y la realidad que estaba viviendo el país, por otro. Así se sucedieron: «La pobreza en Chile» (1975), «Caridad y Justicia» (1976), «Cristianismo y Economía» (1977), «Eficacia de la paz» (1978), «Nuestra convivencia nacional» (1979), «Dimensiones sociales de la Eucaristía» (1980), «Eficacia del amor» (1981), «El poder de la esperanza» (1982), «Hacer país» (1983), «Camino a la democracia, de la Marginalidad a la Participación» (1984), «La Iglesia en el mundo de hoy» (1985), «Los jóvenes en la encrucijada» (1986), «Desarrollo y Solidaridad» (1987), «Por un País en Comunión» (1988), «Libertad y Futuro» (1989), «Reconciliémonos con la Creación» (1990), «Bienvenida al Futuro» (1991) y «Atrevámonos a Vivir Juntos» (1992).

De alguna manera, en cada uno de los títulos de las Semanas, se puede constatar lo que el país estaba viviendo en los años sucesivos del gobierno militar. No se reunía un número tan importante de laicos cristianos a conversar sobre las nubes en días en que prácticamente todo estaba prohibido.

Una anécdota, que vale la pena no perder, fue la que aconteció en la Semana Social de 1985. Habíamos pensado en una mesa redonda a la que invitaríamos al Presidente de la Conferencia Episcopal, en ése entonces Monseñor José Manuel Santos A.; a Monseñor Angelo Sodano, Nuncio de Su Santidad; al Cardenal Raúl Silva Henríquez, Arzobispo Emérito de Santiago y a Monseñor Emilio Tagle Covarrubias, Arzobispo-Obispo Emérito de Valparaíso. A cada uno les pedimos que, en una primera intervención, nos respondiera a la pregunta: ¿Qué es un pastor? Para la segunda intervención le solicitamos al Sr. Nuncio que nos

hablara sobre la Unidad y Colegialidad en la Iglesia Universal, y al Presidente de la Conferencia, que lo hiciera sobre la Unidad y Colegialidad en la Iglesia Chilena. A Don Emilio, le pedimos nos ayudara a reflexionar sobre los fundamentos en la Eucaristía y la espiritualidad del compromiso social de los cristianos, y a Don Raúl sobre la espiritualidad de la unidad en la Iglesia.

Todos aceptaron gustosos la invitación que les hacíamos. Salvo, en esta ocasión, el Cardenal Silva que estaba reticente. Llegada la Semana y esta primera mesa redonda en que habíamos logrado reunir a pastores con visiones no siempre concordantes, ocurrió lo que para nosotros podría haber sido previsible. Don Emilio partió por el compromiso social y, rápidamente, saltó hacia la espiritualidad de la Unidad; por su parte, Don Raúl partió diciendo unas pocas palabras sobre dicha espiritualidad y, en pocos minutos, ya estaba de lleno en el compromiso social: genio y figura hasta la sepultura.

Entre las personalidades que participaron en unas u otras, ofreciendo clases magistrales, en mesas redondas u otras actividades de las Semanas, cabe recordar, entre tantísimos más, a Giorgio Agostini, José Aguilera, José Aldunate s.j., Eduardo Aninat, José Pablo Arellano, Miguel Arteche, Adriana Astorga, Mariana y José Aylwin O., Alfonso Baeza, Ignacio Balbontín, Jaime Bellalta, Antonio Bentué, Pierre Bigó s.j., Josefina Bilbao, Clotario Blest, Ximena Brucher, Augusto Bruna, Manuel Bustos, Carlos Camus L., Filma Canales, Jaime Castillo Velasco, María Dina Cembrano, Carlos Cerda F., Francisco Claro H., Juan Antonio Coloma, Sergio Contreras N., Teresa Corcuera, Raquel Correa, Sofía Correa, Dr. Héctor Croxatto, Marta Cruz-Coke, Francisco Cumplido, Juan de Castro, María Eugenia de la Jara, Armando de Ramón, Eugenio Díaz, Claudio di Girolamo, René Doggenweiler, Andrés Domínguez, Arturo Domínguez, Otto Dörr, Aníbal Edwards s.j., Laura Edwards, Hernán

Errázuriz, Alfredo Etcheberry, Mons. Luigi Eynaudi, Luis Valentín Ferrada, Nicolás Flaño, María Eugenia Fontecilla, François Francou s.j., Juan Francisco Fresno, Roberto Garretón, Humberto Gianini, Dr. Guido Girardi, Alejandro Goic K., Mario Góngora, Alejandro González, Tomás González M. s.d.b., Leontina Guajardo, Víctor Gubbins, Esteban Gumucio ss.cc., Manuel Guzmán, Jorge Hourton P., Mario Irarrázaval, Mónica Jiménez, Ricardo Jordán, Antonio Labadía, Hernán Larraín, Jaime Lavados, Fernando Léniz, Eugenio León, Josefina Lira, Ernesto Livacic, Haydée López, Nicolás Luco, Cristián Llona ss.cc., Alejandro Magnet, Jorge Manzi, Manfred Max Neef, Karoline Mayer, Joan Mc Donald, Ernesto Medina, Tony Mifsud s.j., Enrique Mellado, Jorge Millas, Sergio Molina, Fernando Monckeberg, Gustavo Monckeberg, Hernán Montealegre, Francisca Morales a.m., Jaime Moreno, Andrea Muñoz, Ronaldo Muñoz G. ss.cc., José Nagel, Domingo Namuncura, Sergio Nasser, Jorge Navarrete, Juan Noemi, Claudio Orrego V., Jorge Osorio, Máximo Pacheco G., Enrique Palet, Eduardo Palma, Irma Palma, María del Carmen Pérez ss.cc., Bernardino Piñera, Sebastián Piñera, Crisóstomo Pizarro, Renato Poblete s.j., Sofía Prats, Cristián Precht, José Luis Ramacciotti, Joseph Ramos, Oscar Riveros, Armando Roa, Jorge Rodríguez, Waldo Romo, José Ruiz di Giorgio, Igor Saavedra, Guillermo Sandoval, Andrés Sanfuentes, Abrahám Santibañez, José Manuel Santos, Luis Scherz, Elisa Serrana, Ernesto Schiefelbein, Alfonso Silva, Clotilde Silva, Julio Silva Solar, Sergio Silva G. ss.cc., Guido Solari, Julio Subercaseaux, Matías Tagle, Erica Taucher, Claudio Teitelboim, Franciso de Borja Valenzuela, Sergio Valech A., Gabriela Venturini, Patricia Verdugo, José Antonio Viera Gallo, Beltrán Villegas ss.cc., Cristián Vives.

Como puede observarse, en esta larga lista de participantes, que podría serlo aún más, hubo en las Semanas Sociales, por una parte, una representación bastante plural y, por otra, la de una gama amplia de

actividades: varios Obispos, sacerdotes y religiosos; dirigentes de trabajadores urbanos y rurales; filósofos, historiadores, científicos, artistas y poetas; médicos, psiquiatras y psicólogos; abogados, economistas, periodistas, estudiantes y profesores universitarios.

Ya por los años 1982-1983, empezaban a surgir de nuevo los grupos políticos y a expresarse más abiertamente. La multiplicación de los actores, vinculados con el acontecer del país, era notable. Desde ser una instancia académica y testimonial, quizá única y por muchos años, pasamos a ser una más que perdía voz por tratarse de una instancia fundamentalmente católica, mientras aparecían muchas otras de índole más bien plural en el orden religioso y también doctrinal, como el notable grupo de los 24 y la organización de los colegios profesionales.

Los mismos medios de comunicación, sobre todo escritos, que en general nos daban poca cobertura, nos la dieron cada vez también en menor grado. Entre tanto, como decíamos, mientras las Semanas Sociales que habíamos llamado «de Chile» se extinguían lentamente, surgían las de un número significativo de diócesis en el país. La tarea había sido fecunda.

CAPÍTULO IV

El Centro de Estudios Santo Tomás Moro

Así como las Semanas Sociales habían sido una instancia para hacer posible una participación más activa de docentes y adultos de la Parroquia Universitaria, surgió también el Centro Santo Tomás Moro, con la intención de formar un grupo de profesores universitarios que reflexionara e ideara servicios en la línea de la formación crítica de los estudiantes. De este modo, se produjeron las diversas conferencias que pudieron ofrecerse en la Parroquia, las mesas redondas que pudieron realizarse, los breves escritos que pudieron iluminarnos. Fue, igualmente, otro esfuerzo de buena voluntad de quienes se dispusieron a colaborar generosamente en este intento que produjo buenos frutos.

La verdad es que tantos y todos estos quehaceres nos devoraban el tiempo y la vida. No disponíamos de muchos medios económicos. Todos ellos, en lo substancial, provenían de las fundaciones europeas y se referían a proyectos específicos, lo que significaba que no podíamos

distraer recursos en relación a otras necesidades. Ahí se jugaba la generosidad de cada cual, desde la secretaria y el auxiliar hasta los jefes de la Parroquia y los dirigentes de cada una de las instituciones que iban surgiendo y las actividades que se iban programando.

Entre las muchas actividades patrocinadas y organizadas por el Centro de Estudios Santo Tomás Moro, que se reunía a reflexionar con ordenada frecuencia ofreciendo un espacio particular a los docentes universitarios, no podemos olvidar el ciclo sobre «Grandes Problemas Contemporáneos», que fue asumido por personas de prestigio internacional.

Su primer expositor –estamos hablando de junio de 1980– fue Alfonso Santa Cruz B. quien, además, hizo las veces de Coordinador General. Su tema se tituló: «En busca de la calidad de vida». Una semana después le siguió Enrique Iglesias, entonces Secretario Ejecutivo de la CEPAL, con «El Desafío Energético». Vino luego Osvaldo Sunkel con «Estilos de Desarrollo y Medio Ambiente». Finalizó Roberto Zahler con «Evolución, Crisis y Perspectivas del Sistema Financiero Internacional».

Luego, el mismo año, se organizó un Seminario sobre «El Magisterio de la Iglesia frente a los Problemas Contemporáneos». Participaron especialmente en su preparación y posterior ejecución el P. Cristián Llona ss.cc., como Coordinador General, y Eduardo Palma C., Jorge Manzi, Alfredo Pesce, además de Fernando Corvalán (Q.E.P.D.), Cecilia Hoyl, Mónica Pepper, Gabriela Urrutia, Alejandro Boric, Raúl Atria, Loreto Valdés, Carlos E. Mackenney y Flavio Cortés. Los temas abordados fueron «La Violencia», «La Política», «El Neoliberalismo», «Los Marxismos». La metodología empleada contempló una exposición problematizadora, seguida a la semana siguiente por un trabajo de discernimiento. No fue muy numerosa la asistencia, pero fue muy valioso el esfuerzo de pensamiento crítico con todo lo que él significa desde el punto de vista de la búsqueda de una formación sólida.

Infatigables, los miembros del Centro, continuaron adelante echando a volar la imaginación creadora. Así planificaron otro ciclo sobre «Fe y Cultura».

En adhesión al Congreso Eucarístico Nacional, se organizó un nuevo ciclo, esta vez testimonial, sobre «Cristo en mi acción» y, más adelante, un cursillo sobre sexología que se solicitó al Dr. Humberto Soriano, profesor de Medicina de la Universidad de Chile.

De muchas maneras se habían cerrado nuestras fronteras, lo que significativamente se había expresado en los sucesivos fracasos de los intentos del general Pinochet por salir al extranjero. El país se encontraba aislado y nuestra imagen internacional se había visto seriamente dañada.

En este sentido, la visita a Chile de Juan Pablo II en 1987 trajo consigo aires nuevos y puros tanto para la Iglesia Católica como para el país entero. El Santo Padre, en sus múltiples homilías, discursos y encuentros reiteró no sólo la palabra expresada por la Iglesia chilena sino también avaló sus actividades.

Como lo hizo presente algún periodista argentino, esa visita a Chile significó que la población perdiera sus temores y saliera masivamente a las calles en un clima de fiesta nacional que ya habíamos olvidado. A pesar de algunos incidentes penosos, en que el Papa mostró su serenidad y su coraje, como el de la Eucaristía en el Parque O'Higgins y el de los balcones de La Moneda, las familias completas, con sus hijos, concurrían a cada evento, sin mayores aprensiones.

El año anterior, cuando comenzaban los preparativos, apareció una declaración de la Izquierda Cristiana, manifestándose en contra de su visita. Ese conjunto partidario no la estimaba conveniente porque podría resultar un punto más de apoyo a la dictadura, que ya se encontraba bastante deteriorada y en los que serían sus años finales.

Me llamó, entonces, el señor Nuncio para pedirme que consiguiera una declaración, en sentido contrario, por parte de la Democracia Cristiana. Le hice presente al representante diplomático de la Santa Sede que eso no me parecía conveniente para la Iglesia, pues la haría aparecer como coludida con un partido político en particular, ni tampoco para este último, al que no le correspondía aparecer como vocero de ella. Le propuse, en cambio, tratar de obtener una declaración del Partido Radical y -si ello resultaba posible- solicitar una simultánea de la Democracia Cristiana.

Así se hizo. Conversé con mi buen amigo Eduardo Jara Miranda, quien en el gobierno de Patricio Aylwin ejerció el cargo de subsecretario de Justicia y, luego, en el de Eduardo Frei R.-T., el de Embajador en Nicaragua. El consiguió una excelente declaración de su partido. Mientras tanto, Jaime Castillo V. y Tomás Reyes V. redactaban en mi escritorio, donde les dejé solos a pesar de su insistencia en que les acompañara en la tarea que les solicitaba, pues en ella ya no me correspondía tomar parte. De este modo también se obtuvo lo que el señor Nuncio había solicitado previamente y no hubo más pronunciamientos en contra.

El Centro Santo Tomás Moro, entre tanto, continuaba en la búsqueda del logro de sus objetivos. Muchas de las realizaciones de la Parroquia, expresadas en diversos lugares de estas páginas, encontraron allí su inspiración o su colaboración permanente. Entre ellas vale también recordar el inmenso esfuerzo que hicieron al recorrer cientos de páginas del Magisterio universal, latinoamericano y chileno de la Iglesia para seleccionar y llegar a publicar, en un modesto trabajo a mimeógrafo, un enorme número de citas que se referían a temas vinculados con la dignidad humana, los derechos de las personas, la justicia y la paz.

De igual manera –y una vez más por iniciativa de los laicos– elaboraron una carta en la que solicitaban se les entregara nombres de

religiosas y sacerdotes extranjeros «que tan generosamente defendieron la vida y los derechos de sus hermanos perseguidos en esos días». Esta carta se enviaba en el día de Pentecostés del año 1992.

CAPÍTULO V

UNA INSTITUCIÓN SIN NOMBRE

Aunque no tuviera nombre merece párrafo aparte lo que pudimos lograr gracias a la imaginación y la iniciativa de Ramón Downey A. Justamente en la línea de la formación más integral de los jóvenes universitarios organizamos todo un ciclo que se llamó: «¿Cómo aprender a... ?». Tuvimos así una serie de charlas, que eran seguidas por interesantes diálogos, sobre cómo aprender a leer poesía, cómo aprender a escuchar música, cómo aprender a ver teatro, a ver cine, etc. para las que contamos con los mejores expositores del país y con abigarradas concurrencias estudiantiles.

Vinieron, luego, en el año 1977, los «Encuentros de Juventud y Canto». Allí nació el «Canto Nuevo». El galpón se rellenaba en esas ocasiones.

Durante esos meses, contando a los jóvenes que concurrían a la Eucaristía dominical (y que había que multiplicar por cuatro para los efectos que siguen), pasaban por la Parroquia más o menos unos diez

mil jóvenes al mes. En alguna ocasión, no sé cómo lo lograron, entraron al galpón, controlados por las entradas expedidas, mil estudiantes.

En esos encuentros participaron músicos como Eduardo Gatti; Pedro Yáñez, reciente Premio Altazor de Música, otorgado por el Presidente Frei Ruiz-Tagle; Cecilia Echenique, con su reconocido Disco de Platino; Eduardo Peralta, quien se inició en el canto en público en la Parroquia y recuerda los nervios que le acompañaban junto con la acogida cariñosa y entusiasta de sus auditores; el grupo Schwenke-Nilo, que venía desde Valdivia y se estrenaba como conjunto el año 1978; Patricio Valdivia; Nicolás Eyzaguirre, Director del grupo Aquelarre y actual Ministro de Hacienda; Claudio Hohman, quien fuera Ministro de Transportes; Isabel Aldunate, y los grupos Cantierra, Ortiga y Santiago del Nuevo Extremo, además de tantos otros cuyos nombres sería difícil recordar.

Tuvimos también la ocasión de contar con la visita del pianista Roberto Bravo quien, con su reconocida versatilidad, nos acercó igualmente a la llamada «música culta».

Entre tanto, Fernando Rosas, compañero de Colegio y amigo de toda la vida, había echado a caminar la Fundación Beethoven, que ofrecía conciertos en la que más tarde sería la Parroquia de la Transfiguración del Señor. Con su generosidad característica y ese afán sin desmayo por introducir a los jóvenes a la música, nos hacía llegar entradas que permitieron a muchos acceder a ella en forma gratuita.

En todas las oportunidades de encuentros más masivos, yo me quedaba paseando por la calle. Mientras también lo hacían, al comienzo, los miembros de la DINA y, luego, los de la CNI. Así, inevitablemente, nos topábamos y, en más de una ocasión, como finalmente eran seres humanos necesitaban, de la misma manera que los demás, pasar a los servicios higiénicos. Se comportaban, entonces, muy

adecuadamente porque pedían autorización para ingresar a los locales del frente del galpón, donde se encontraban las salas de reunión y, de igual modo, esos servicios a los que accedían con entera libertad.

CAPÍTULO VI

La organización de la Parroquia Universitaria

Resulta importante recordar, como ya lo hemos hecho, cómo fueron sus comienzos. Con todo, resulta más significativo consignar la organización que se fue dando con el tiempo, la que permitió que un buen número de jóvenes accediera a cargos de responsabilidad, todo lo cual los fue comprometiendo más y más no sólo con la Parroquia misma y con quienes llegaban a ella sino, a la vez, los fue preparando para asumir, en el futuro que todos deseábamos, responsabilidades bastante mayores.

Así fue como, a poco andar, tuvimos nuestro primer jefe, el único «designado», pues estábamos comenzando. Oscar Riveros B., estudiante, en ese entonces, de Física y ahora, después de estudios hechos en Estados Unidos, director de un importante proyecto científico internacional. Como se trataba de los comienzos, los grupos eran pocos y no muy articulados entre sí. Algunos, que estuvieron en los inicios, como fundadores, luego desaparecieron; otros perseveraron. Estos últimos

fueron dándole solidez a la estructura parroquial. Oscar estuvo ocupando el cargo durante más de dos años, con la dura responsabilidad de los tiempos iniciales de la fundación.

Para el nuevo año ya tuvimos elecciones. Raúl Muñoz S. fue el nominado. Le ayudó, muy cercanamente, Victoria Beltrán. Aún no se elegía a una jefe mujer y ella se comprometió en la tarea asumiéndola generosamente y venciendo sus naturales timideces. Más adelante, cuando ya se trataba de una comunidad de profesionales, ambos ocuparon nuevamente una Jefatura. Durante su mandato, la Parroquia siguió consolidándose. Empezó a funcionar el «grupo de formadores», que tenía a su cargo el acompañamiento inicial de las nuevas comunidades que iban naciendo. Esto exigiría reuniones especiales con ellos y, más tarde, también jornadas dedicadas particularmente a prepararse en común para estas tareas emergentes. Raúl se recibió luego de Ingeniero Civil y Victoria de Profesora.

Después de algo más de un año, fue elegido Jorge Manzi A. Con varios otros jóvenes, llegó desde el Instituto Nacional y del Liceo 7. Nos habíamos encontrado en Punta de Tralca cuando estaban cursando cuarto medio. Ya en la Universidad, Jorge estudiaba Psicología. Con él continuamos los Campamentos de Verano y de Invierno y las Misiones en zonas campesinas de Linares. Durante su período se produjeron los «Encuentros de Juventud y Canto», a los que ya nos hemos referido.

Hicimos un grupo con este conjunto del Instituto y del Liceo. Todos tenían una buena formación académica. Los insté a escribir y así lo hicieron. Revisábamos juntos, tanto los contenidos como la redacción, hasta que llegaron a publicar sus «primeras letras» en cuatro pequeños folletos a través del Instituto Chileno de Estudios Humanísticos. Jorge fue, más tarde, Director de la Escuela de Psicología de la Pontificia Universidad Católica, donde continúa siendo profesor muy apreciado y, recientemente,

fue invitado, con Gonzalo Sánchez, a asumir la difícil y significativa tarea de coordinar la Mesa de Diálogo, cuyo funcionamiento y sus resultados quedarán escritos con letras de molde en la historia de nuestro país.

Luego fueron elegidos José Luis Ramacciotti F. y Pelagia Rodríguez. Fue quizá el tiempo en que el conjunto pudo organizarse mejor. Eran ya tiempos de madurez. Siguió funcionando el «grupo de formadores» y las diferentes comunidades se fueron consolidando. La Parroquia ya había adquirido una especie de **status** público y, por lo mismo, las solicitaciones fueron mayores y las dificultades que hubo que enfrentar también. José Luis se recibió de abogado en la Universidad de Chile y muy pronto pasó a ser el abogado integrante más joven de su historia de la Corte de Apelaciones de Santiago. El volvió a ser Jefe posteriormente, esta vez con María Luisa Ovalle de la Comunidad Monseñor Alvear. Pelagia, por su parte, se recibió como arquitecto en la Universidad Católica.

Los empeños hechos por los jóvenes para preparar los Campamentos y los temas que en ellos abordarían, significaban un esfuerzo de lecturas, reflexión personal y acompañamiento que, sin duda, produjeron los mejores efectos en el desarrollo de la personalidad de los universitarios y en la profundización de las materias que debían abordar.

Fueron elegidos, luego, Eduardo Arrieta, comunicador social y Gabriela Toro, profesora, quienes se afanaron en el servicio a toda la comunidad y fueron logrando mayores vinculaciones con el mundo poblacional, verdadero alimento en la formación de una conciencia social que, a mi entender, ninguno de los miembros de lo que fue la Parroquia ha abandonado.

Les siguieron en la jefatura Alejandro Boric y Verónica Gubbins, ambos más tarde psicólogos. Con ellos, la Parroquia siguió creciendo en número y compromiso.

Al año siguiente, fueron elegidos Ignacio Astorga, hoy día médico

y Ana María Pinto, enfermera universitaria, que actualmente trabaja en la CONAMA, quienes han mantenido una clara vocación de servicio público y social.

Humberto Ramacciotti y Paulina Prat, fueron los últimos Jefes de la Parroquia Universitaria antes que ésta se dividiera. Surgió así el grupo de profesionales, ya bastante numeroso y que dio origen a la Comunidad Monseñor Enrique Alvear. Entre tanto, continuaba el grupo propiamente universitario, cuyos últimos jefes fueron Carlos Manzi, auditor, y Marcela Penna, constructora civil.

Vinieron luego, ya en la Comunidad Monseñor Enrique Alvear, José Luis Ramacciotti, quien se repetía el plato, con María Luisa Ovalle, profesora de historia y, después, Carlos Eugenio Mackenney, quien se recibió de abogado con las mejores calificaciones, contrajo matrimonio con Victoria Beltrán y es hoy día Jefe de la División Jurídica del Ministerio del Interior, y Cecilia Pesce, que se recibió de enfermera universitaria y contrajo matrimonio con el Dr. Felipe Court que, al igual que los anteriores, formaron una hermosa familia.

Más adelante los jefes fueron, una vez más también, Raúl Muñoz, esta vez sí con Victoria Beltrán y, al año siguiente, Jorge Moraga (Q.E.P.D.), contador, quien fuera Tesorero General de la Universidad Católica, quien enfermó gravemente, de seguro a consecuencias de su literal expulsión de la Universidad a la que había servido durante toda su vida, y Marité Humeres, secretaria, primero en la Presidencia de la República y, luego, en el Ministerio del Interior.

En vistas de la enfermedad de Jorge, hubo que elegir nuevos jefes. De este modo, asumieron Andrés Donoso, abogado y Virginia Kreminsky, historiadora, ya casados respectivamente con Alejandra Krauss, actual Ministra de Mideplán y José Jiménez, reconocido Ingeniero Calculista, quienes armaron un nuevo y original sistema de jefatura, incorporando

en ella a sus cónyuges. Les siguieron, de nuevo, Marité Humeres esta vez con Francisco del Río, abogado de la División Jurídica del Ministerio de Justicia. Al año siguiente vinieron Edgardo Mimica y Catherine Johnson, que repitieron la dupla con Joanna Anelli y Francisco Vallés, y, finalmente, Enrique Cabrera, constructor, y Alicia Chacón, arquitecto. Una larga lista de jefes que entregaron lo mejor de sí a este servicio que les demandó mucho de su tiempo y dedicación. Una larga lista de buenos, queridos y permanentes amigas y amigos en el corazón.

En el curso de estos años, al Equipo de Formadores se añadieron el Equipo encargado de los eventos culturales y el encargado de las actividades de servicio social. De este modo, eran muchos los jóvenes que, de una manera o de otra, crecieron ejerciendo diversas tareas que les ayudaron a conocerse mejor a sí mismos mientras ahondaban su compromiso de fe.

El último de estos equipos, seguramente por la edad de quienes lo formaban y posiblemente por un acompañamiento no muy adecuado en la población donde centraron sus esfuerzos, se fue separando insensiblemente del cuerpo de la comunidad. Esta tomaba conciencia de que efectivamente lo era cuando, cada Domingo, se reunía para la celebración de la Eucaristía. Entre tanto, este equipo de nuestros jóvenes iba adquiriendo un compromiso social cada vez más serio y no alcanzaban a comprender cuál era efectivamente la comunidad de Iglesia a la que pertenecían. Creyeron que podían ser parte de aquella a la que visitaban, que por tantos capítulos era tan diferente de la de su procedencia. No pudieron verlo a tiempo. Finalmente algunos formaron una comunidad, arrendaron una antigua casa en un barrio modesto y se fueron a vivir juntos dejando, de paso, a sus respectivas familias las que, difícilmente, podían entender estas decisiones. La experiencia que realizaron fue valiosa para ellos, pero puso una primera y grave dificultad en

el corazón de la Parroquia. Prácticamente dejamos de seguir contando con ellos que eran un grupo de mucho compromiso y generosidad.

Para los Campamentos, Retiros de Semana Santa, Misiones y otras actividades se nombraba también a responsables de su organización y puesta en marcha; no faltaban tampoco las Jornadas dedicadas especialmente al conjunto de Responsables de las diversas y numerosas comunidades y al Equipo de Formadores. En las primeras se revisaba la marcha de cada uno de los grupos y se profundizaba, a través de charlas o trabajos de reflexión entre pocos, lo que hacía posible una participación mayor de cada cual; en las segundas, los temas tenían que ver con el acompañamiento a las comunidades que iban surgiendo y, desde luego, a lograr una hondura mayor en la vida de fe personal de quienes llevaban esta carga.

Entre tanto –y durante toda la vida de la Parroquia y de la Comunidad Alvear– funcionó el Consejo Pastoral, donde los jefes y los representantes de las diversas comunidades y grupos tomaban las decisiones necesarias para la mejor marcha del conjunto.

Justamente cuando se produjo la separación entre los universitarios y los profesionales, estos últimos, más maduros y más directamente involucrados en las realidades que el país estaba viviendo, junto con reunirse en la Eucaristía dominical de la cual sacaban las fuerzas y el ánimo para emprender nuevas tareas, fueron capaces de organizar múltiples y diversificados eventos mientras acogían a diversos grupos, de distinta índole, que buscaban algún espacio para expresarse. Todo lo que allí se hizo ayudó, de alguna manera, a lograr una fe más comprometida y encarnada, a cohesionar grupos, a que muchos se conocieran y aprendieran a apreciarse y respetarse y a preparar, en su medida, el mismo futuro del país.

CAPÍTULO VII

ILUSTRES VISITAS

Aunque todas las actividades anteriores tuvieron su origen al interior de la Parroquia y, muchas veces, se realizaron allí mismo, la vida de cada una de las pequeñas comunidades, los retiros de Semana Santa, la Eucaristía dominical, las celebraciones litúrgicas especiales, los campamentos de verano e invierno y las misiones de verano seguían siendo el alma de la cual brotaban, finalmente, todos estos quehaceres.

La Parroquia iba así teniendo un nombre no sólo a nivel nacional sino también más allá de nuestras fronteras. En ella tuvo su primera expresión pública Don Eduardo Frei Montalva. Fue una conferencia sobre el proyecto «Norte-Sur». Se acababa de realizar un encuentro internacional sobre la materia y Don Eduardo venía llegando de él, pues era miembro de la Comisión Brandt, como tantos otros personajes ilustres del mundo. Con su humor característico, no exento de fina ironía, empezó diciendo: «Voy a hablar con sencillez, porque yo soy

como los deportistas y estoy fuera de training; estoy fuera de uso de la palabra hablada...». Era la primera vez que nuestro ex-Presidente hablaba en público después del golpe de estado.

Era sabido que la Parroquia funcionaba en la calle Benvenuto Cellini, en la comuna de Providencia, absolutamente vecina a la Plaza Pedro de Valdivia. Pues bien, El Mercurio, informando a sus lectores, anunció que la conferencia en cuestión se realizaría en la calle Benvenuto Cellini de la comuna de Las Condes. Sin comentario. Sin embargo, el local se repletó, con mucha gente de pie y hasta la calle.

En esa ocasión, hubo un llamado telefónico que yo atendí y que nos anunciaba que se había puesto una bomba al lado de un árbol que estaba justo frente a la Parroquia. Había que tomar decisiones. La responsabilidad era grande. La intención de quienes llamaban, evidente. Gracias a los contactos con el Mayor de Carabineros del sector, pedí la colaboración de los especialistas en estas materias. Así, llegaron hasta nosotros. Ahí estaba el paquete en cuestión. Empezaron a abrirlo con el mayor cuidado, mientras la gente seguía llenando el galpón. Finalmente, no se trataba sino de un paquete de basura. El susto no fue gratis.

Respecto a esa relación con carabineros, ella se inició por el año 1975. Entrábamos a la Embajada de Venezuela y se me acercó un Mayor de Carabineros que yo no conocía. Solamente se me presentó, diciéndome que estaba a cargo de la comisaría del sector y que era católico. Nada más. Dejé pasar unos días y lo fui a visitar. Acordamos que lo que ocurría al interior de la Parroquia Universitaria era responsabilidad mía, y lo que pudiera suceder en la calle, en el sentido de poder alterar el orden público, como era obvio, era responsabilidad suya. Le hice presente que, cuando considerara que alguna actividad planificada por la Parroquia pudiese ser delicada, él sería el primer informado, no porque tuviésemos que pedir permiso alguno sino solamente por delicadeza y como una manera de

devolverle la mano en el sentido de que, si se lo preguntaban, él pudiese contar con los antecedentes e, incluso, adelantarse a proporcionarlos a quien fuese conveniente. Así fue por años. Al partir alguno de estos jefes a otra destinación, siempre me dejaban presentado al que venía. Debo decir que, aunque no todos participaran de un mismo compromiso de fe, como el primero, la relación fue inclaudicablemente cordial y confiada.

En otra ocasión, llegó a la Parroquia, a participar con el coro de los jóvenes, en la Eucaristía de un domingo y en los días de su visita a Chile, Joan Báez. Antes de la Misa pudimos ponernos de acuerdo en los cantos y Joan se integró perfectamente con todos los demás. Hubo nada más que un «solo», cuidando siempre de no transformar la celebración eucarística en un «show». Sin embargo, en esos momentos previos y buscando yo mismo una canción suya que me encantaba y no lograba ubicar por mi mal oído y peor memoria musical, ella pudo descubrirla y, al final de la Misa –y puede escucharse al término de la cinta que quedó grabada en la Parroquia– un «para el padre», con el acento suyo característico e irrepetible por escrito. Posiblemente no quedaron muchos otros recuerdos de su paso por nuestro país. Al menos los que ella llevaba consigo, videos, fotografías, etc. le fueron quitados en la Policía Internacional en el momento en que iba a abordar el avión que la alejaría físicamente, aunque no anímicamente, de nosotros. El encanto de su persona y de su voz maravillosa se nos quedó para siempre. Además, el momento de su visita, en medio de tantos temores y hasta angustias, fue realmente medicinal.

Naturalmente, muchos más supieron de esa visita suya a la Parroquia y, por lo mismo, no sólo llegó bastante más gente a ella que la habitual sino también una cantidad de cámaras filmadoras que nos invadieron de cables de electricidad por todos lados. Una vez más la infraestructura del viejo galpón resistió en buenas condiciones.

Otra de las visitas ilustres del extranjero fue Robert Pring-Mill, catedrático de literatura del St. Catherine's College de la Universidad de Oxford en Inglaterra. Robert estuvo en más de una ocasión con nosotros y hasta participó en uno de los paseos en que celebrábamos el cumpleaños de la Parroquia. El venía a Chile porque una de sus especialidades era nuestro Premio Nobel Pablo Neruda y en función de su estudio visitaba nuestro país. Pudimos, felizmente, hacernos grandes amigos. Más tarde pude conocer a su esposa, Brigitte, y alojar con ellos en Brill, donde viven, en dos ocasiones y en el mismo dormitorio donde recibieron a nuestro poeta. Su casa es del siglo XVIII y, a veces, hay que andarse con cuidado para no golpearse la cabeza en el dintel de las puertas. Ellos son una pareja que, en la forma en que viven y en el modo como se tratan, son, a su vez, una especie de sacramento del sacramento del matrimonio. Poder compartir con ellos algunas horas –sorprendiendo permanentemente la delicadeza de su relación– es una experiencia trasparente del amor respetuoso y enamorado.

Tan bien conoce Robert nuestro idioma que, en alguna ocasión, se metió en un debate entre payadores. Sus trabajos de investigación sobre el poeta laureado tienen prestigio internacional y él mismo ha contribuido a que, en diversos lugares del mundo, nuestro vate sea más conocido y mejor comprendido.

No menos importante fue la visita del encargado para América Latina de la Fundación Misereor. En uno de sus viajes a Chile, le invité a participar de la Eucaristía dominical. El lunes siguiente teníamos un encuentro en que yo debía explicar el curso que iban tomando los diversos proyectos que teníamos entre manos y para los cuales recibíamos de dicha Fundación una ayuda substantiva. Al llegar al lugar de la cita y al pretender yo empezar a abrir las carpetas para dar la cuenta que correspondía pude advertir una cierta resistencia de su parte que

no me permitía referirme al motivo de nuestra reunión. Había ocurri
que él había quedado tan impactado por la belleza de la Eucarist
celebrada en un modesto y viejo galpón, acompañada por el canto t
entusiasta como habitual de la asamblea, formada fundamentalmer
por jóvenes, que me dijo: «De aquí para adelante lo que necesite, píc
lo y lo tendrá».

No podía olvidar que, en nuestro primer encuentro, en Aleman
habíamos tenido una tremenda discusión sobre el uso de los dineros
la Iglesia. Más precisamente, aunque en Misereor entendían que es
dineros debían destinarse a solventar necesidades en el orden ec
nómico-social y, sobre todo, las de los más pobres, mi planteamie
to tenía que ver con el factor socio-cultural. Yo sostenía que si
esos años no podíamos apoyar a los jóvenes universitarios en la
nea de una formación más integral, en el futuro tendríamos prof
sionales y también políticos, con responsabilidades públicas, qu
podrían olvidarse de los pobres y de las causas de la pobreza y d
empobrecimiento precisamente para buscar su remoción. En esa m
ma reunión les dije también que me extrañaba que en Alemania, u
país de tanta cultura, no pudieran darse cuenta de la validez de nuest
requerimiento. Fueron momentos tensos y pesados. Yo pensaba pa
mis adentros que los alemanes comprenderían bien y posiblemen
apreciarían que un «sudaca» se sentara delante de ellos y entrara a di
cutir, de igual a igual, sus puntos de vista con una franqueza y clarida
semejantes a la suya. Es cierto que corría el riesgo de salir con las man
vacías y, a la vez, de perder la ocasión de financiar otros proyectos m
relacionados con el área social, pero había que jugárselas y, conocienc
algo del carácter germano, había que tratar de hacerlo en su mism
tono y en su mismo estilo. Así, nuestra verdadera amistad empezó
una discusión que no fue breve.

Nunca está de más dar las gracias. Vale recordar entonces, junto a Misereor, a las otras fundaciones que vinieron en nuestra ayuda con notable generosidad. Entre ellas, también de Alemania, habría que mencionar a Adveniat y a Kirche in Not; a Solidaridad de Holanda; a CAFOD de Gran Bretaña; a TROCAIRE de Irlanda, sin olvidar al Ecónomo Provincial belga de los Sagrados Corazones.

Constituyó un verdadero acontecimiento la visita que nos hiciera Roberto Parada. Nos regaló el maravilloso monólogo de la «Apología de Sócrates». Con su eximia condición de actor y con su voz profunda, nos hizo pensar en el viejo griego que nos invitaba, a través de los siglos, a ser y a permanecer coherentes como un valor simplemente vital en orden al respeto por sí mismo. En aquella ocasión sacamos el altar del centro de nuestro galpón y dejamos la tarima, desde la que cada domingo anunciábamos la Palabra de Dios. Así se lo dijimos luego a Don Roberto, lo que le impresionó mucho. Había sido como un «ministro» de humanidad desde donde tratábamos de serlo cada vez en nombre del Evangelio de Jesús.

Algunas otras visitas ilustres pudimos tener presidiendo nuestra Eucaristía o, simplemente, asistiendo a ella en alguna ocasión estando de paso por Chile. Fue, por ejemplo, el gran escritor colombiano Gabriel García Márquez, cuyo libro, «El General en su Laberinto», con una dedicatoria personal, guardo como precioso recuerdo. También hubo otros Obispos, chilenos y extranjeros, que nos honraron celebrando la Eucaristía para la comunidad. El Cardenal Silva Henríquez más de una vez llegó un Domingo, el pastor de la Arquidiócesis, a presidir nuestra asamblea litúrgica. De igual manera, el actual Cardenal Secretario de Estado, Nuncio entonces en Chile de Su Santidad. No olvido el comienzo de su predicación de ese Domingo, en que citó esa palabra del Señor tan particularmente significativa por el momento en que la pronunció: «Mucho he deseado comer esta pascua con Uds». Eran los tiempos de bonanza en nuestra relación con él. Luego, las cosas se enrarecieron. Me costaba mucho entender su estilo y debo confesar que aún no logro comprenderlo del todo. No era fácil, por cierto, acomodar un lenguaje claro y directo, por una parte, y uno diplomático, si es que lo era, por otro.

Así fue cómo me tuvo un tiempo largo en la «berlina» y sin querer recibirme en la Nunciatura, hasta que llegó el día en que nos encontramos en la Embajada Británica. Allí me acerqué a saludarlo y le dije: «Creo, señor Nuncio, que el llamado que la Iglesia hace a la reconciliación también es para Ud. y para mí». En lo concreto, me recibió al día siguiente. Al llegar, le manifesté que le visitaba en ánimo de corrección fraterna y que le solicitaba tuviera la bondad de escucharme primero pues deseaba expresarle todas mis aprensiones sobre su persona y sus actitudes y que, desde ya, le hacía presente que venía en la mejor disposición para escucharle luego y someterme a cualquier crítica que él quisiera hacerme. Así fue. Me escuchó con santa paciencia durante una media hora, lo que era mucho dentro de su estilo y tampoco se quejó de las barbaridades que le había expresado tratando, en la medida que era posible, de manifestarlas con delicadeza; además, no quiso decirme nada respecto de mi persona. Al terminar nuestra cita, me pidió lo esperara un momento en la biblioteca de la Nunciatura, donde nos habíamos reunido. Sentí que subía al segundo piso. Al bajar, llegó con un sobre con recuerdos de la reciente visita del Papa. Me lo entregó y me dijo se lo llevara a mi madre. Fue un gesto suyo que habló más que mil palabras.

CAPÍTULO VIII

ALGUNAS CONSIDERACIONES TEOLÓGICO-PASTORALES

Cada domingo teníamos nuestras Eucaristías. Cada una de ellas era realmente única. Cada una trataba de ser la celebración comunitaria de la fe en medio de la vida, de lo que como país estábamos viviendo cada semana. De este modo, la asamblea que se reunía y a la que «le dolía Chile» se iba formando en la experiencia de una estrecha vinculación entre la fe y la vida, entre la vida y la fe.

Era lo que el Concilio Vaticano II, en diciembre de 1965, en la Constitución sobre «La Iglesia en el mundo de hoy», llamada también «Gaudium et Spes» (G.S.) –que, siguiendo la tradición de titular a cada documento del Magisterio con sus primeras palabras en el latín original–, denunciaba como el gran escándalo de nuestro tiempo. Así decía esa Constitución: «El divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestra época. Ya en el Antiguo Testamento los profetas reprendían con vehemencia

semejante escándalo. Y en el Nuevo Testamento sobre todo, Jesucristo personalmente conminaba graves penas contra él. No se creen, por consiguiente, oposiciones artificiales entre las ocupaciones profesionales y sociales, por una parte, y la vida religiosa, por otra. El cristiano que falta a sus obligaciones temporales, falta a sus deberes con el prójimo; falta, sobre todo, a sus obligaciones para con Dios y pone en peligro su eterna salvación. Siguiendo el ejemplo de Cristo, quien ejerció el artesanado, alégrense los cristianos de poder ejercer todas sus actividades temporales haciendo una síntesis vital del esfuerzo humano, familiar, profesional, científico o técnico con los valores religiosos, bajo cuya altísima jerarquía todo coopera a la gloria de Dios» (G.S. 43).

Este mismo tema, el divorcio entre la fe y la vida, fue lo que más adelante se llamaría el divorcio entre la fe y la cultura, expresando con ello cómo la vida humana, incluido su contexto, y la cultura son elementos absolutamente inseparables. A su vez, los Obispos de América Latina, reunidos en Puebla, México, en el año 1979, invitaban, particularmente a los jóvenes, a «una conversión al medio en el que vive y actúa para centrar así su dinámica misión evangelizadora» (1198).

Hasta entonces, siempre la conversión se había entendido en el sentido directo en que la comprendió el mismo Jesús en el Evangelio. Ahora se agregaba esta nueva y complementaria manera de entenderla, que no era otra cosa que un más profundo desarrollo de la realidad y significación del Misterio de la Encamación. Y es verdad. No es posible evangelizar la sociedad y la vida humana desde fuera de sus situaciones y experiencias. Si así se procediera, a lo más podría lograrse una suerte de abstracción, sin vida, y una tremenda oscuridad y ceguera sobre las necesarias consecuencias del Evangelio en el orden personal y social. En una palabra, una comprensión puramente abstracta de la fe hace imposible una verdadera experiencia de fe. De allí que, una vez más, no se podría evangelizar la cultura si no

estuviésemos permanentemente atentos a la evangelización de la coyuntura, pues es en ella, por una parte, donde la cultura real se va expresando y recreando y, por otra, es también en ella donde los seres humanos vamos experimentando nuestra condición de tales.

Conocer «el medio», saberse y sentirse, de alguna manera, parte y responsables de él, es estar metidos en un mismo lenguaje, comprender los problemas y dificultades de los demás –y, de pasada, también los propios– y, desde allí, descubrir cada día y en cada circunstancia el sentido de la Buena Noticia de Jesús.

Proclamarla desde fuera de la coyuntura, que puede ser psicológica, económica o social, es enunciar ideas y caer así en una suerte de «racionalismo de la fe» que prescinde de la realidad humana.

A este respecto, podríamos decir que nuestro mundo occidental, con el prodigioso desarrollo de la ciencia y la tecnología, descubrió el valor insustituible de la inteligencia y la razón. Quizá nadie expresó este hecho, adelantándose en muchos años a lo que luego vendría, con la claridad de Descartes: «Pienso, luego existo». Pero, como ha ocurrido con frecuencia en la historia humana, el descubrimiento de la importancia de la razón para el progreso humano condujo al racionalismo, como postura de vida. Con ello –y sin advertirlo– dejamos de lado la importancia esencial de lo razonable y, con ello, se desvalorizaron factores fundamentales de la existencia como son el amor, el verdadero, ése que es para siempre como el del Señor; la dimensión lúdica de la existencia, con lo que los niños perdieron significación en lo que es su aporte insustituible al sentido de la vida humana, y, a la vez, el sentido de la fiesta y de la celebración como acontecimientos que marcan hitos significativos y esperanzadores que, a su vez, pasan a ser importantes puntos de apoyo en la construcción de capacidades para enfrentar las situaciones inevitables de dolor, de necesidad o de conflicto.

Como también ha ocurrido en nuestra historia, ha sucedido últimamente que hemos ido, una vez más, saltando de un extremo al otro. Si en un momento se olvidaron los sentimientos y éstos no encontraban canales fáciles para expresarse, el salto nos condujo hacia una desvalorización de la razón para caer en el reinado de los sentimientos, con su normal secuela de sentimentalismos.

Quizá todavía no hemos comenzado a hacer una síntesis fecunda. Posiblemente aún no hemos comprendido del todo que la primera experiencia constitutiva de nuestro ser personal no es otra que la del amor. Parodiando a Descartes, podríamos enunciarla diciendo: «Soy amado, luego existo» para continuar por el camino de la maduración hasta poder expresarla, de manera complementaria, diciendo: «Soy capaz de amar, luego existo». Es que el afecto es una realidad consubstancial a nuestra experiencia de seres humanos, ciertamente la primera y, al mismo tiempo, la que más nos «afecta» en nuestra vida.

Sin embargo, habría que afirmar, al mismo tiempo, que estas realidades a las que nos vamos refiriendo no son ni pueden ser las únicas consideradas. Con el inmenso aporte de la psicología y la psiquiatría en el conocimiento del alma humana se ha potenciado, igualmente, este deslizamiento hacia un terreno habitado exclusivamente por los sentimientos. Así la pregunta del especialista dirigida a su interlocutor es siempre «¿qué sientes?» y, nunca, «¿qué piensas?».

Posiblemente el camino que nos queda todavía por recorrer es el de llegar a constituir una suerte de matrimonio indisoluble entre la razón y los sentimientos para dar su lugar, consistente y fiel, a las convicciones. Solamente ellas son capaces de darle una dirección y una real coherencia a la vida. La razón, a veces, se cae o se enfría, serán, entonces, los sentimientos los que vendrán en ayuda; los sentimientos también, a su turno, decaen por su inestabilidad propia; será, entonces, la

razón la que podrá mantener a la persona en una línea de vida u opción que pase a ser inclaudicable.

No podía, entonces, llamar la atención que en los tiempos de la Parroquia Universitaria procuráramos permanentemente unir la fe con la vida. No se trataba, desde luego, de una pastoral con universitarios sino de una pastoral universitaria. Ello significaba no solamente la preocupación por las personas en su fuero íntimo y en relación con los desafíos propios de la edad, sino también de abrir corrientes de inquietud que desde la fe llegaran a cuestionarse lo que estaba sucediendo con las Universidades en general y en su relación de «autonomía solidaria» con lo que estaba ocurriendo con la sociedad y con la cultura y, a la vez, que los mismos acontecimientos, sobre todo aquellos de mayor significación, llegaran a cuestionar la fe para hacerla más amplia y generosa.

Por eso, nunca se pensó en crear una Parroquia Universitaria que se desenvolviera sólo en el ámbito sacramental o que sólo lo hiciera en relación con lo que estaba aconteciendo o con las responsabilidades que de allí surgían en lo inmediato. La Eucaristía quería ser el centro de nuestra vida, pero con todas sus consecuencias en el orden social y en el de la cultura. No queríamos entrar en esa situación dramática que, en pocos versos, describe T.S. Eliot: «¿Dónde está la sabiduría que hemos perdido en el conocimiento? ¿Dónde se encuentra el conocimiento que hemos perdido en la información?». Teníamos algún grado de conciencia de que lo más grave que estábamos olvidando en nuestro país, en una suerte de alienación colectiva, era la cultura, nuestra cultura, y, con ella la sabiduría de la vida, el saber vivir con los demás. El miedo, infundido por el terrorismo de Estado, nos estaba afectando a todos de alguna manera.

CAPÍTULO IX

ACONTECIMIENTOS SIGNIFICATIVOS

• EN RELACIÓN CON LOS DERECHOS HUMANOS

Si cada Eucaristía era un acontecimiento particularmente significativo, los hubo muchos más. Lo que sí siempre existió fue ese propósito, hecho explícito cada vez, que resultaba vinculante entre lo que celebrábamos cada domingo y lo que estábamos viviendo durante la semana. Por eso, cada Eucaristía era única, como decíamos. Si, por una parte, cada una seguía el orden litúrgico objetivo que, en su estructura, las hacía iguales entre sí; por otra parte, aquello con lo que llegábamos a la celebración era distinto cada vez. Se incorporaba, de esta manera, en la ofrenda del pan y del vino, «entregados» en el altar y que representan todo lo que está siendo nuestra vida, el esencial elemento de la propia subjetividad que viene a producir en el seno de la liturgia más central de la vida de la Iglesia el otro matrimonio capital de la fe con la vida y de la vida con la fe. Por todo esto es que percibíamos nuestra Parroquia

como un espacio de libertad, un lugar donde podíamos decir y compartir lo que pensábamos y sentíamos, desde la mirada de la fe y desde la conciencia de los hechos que iban ocurriendo.

Entre los otros acontecimientos significativos habría que recordar el funeral de Eduardo Jara, joven estudiante de periodismo de la Universidad Católica.

El «Comando de Vengadores de Mártires» (COVEMA), una de las tantas instituciones represivas que surgieron durante esos años de terror, había secuestrado a Eduardo, junto con Cecilia Alzamora, compañera suya de estudios en la misma casa universitaria, el 23 de julio de 1980. Abandonados de noche en la comuna de La Reina, el joven no resistió la tortura a la que había sido sometido y falleció en la posta cuatro el 2 de agosto siguiente.

Su familia pidió que fuera velado en la Parroquia Universitaria. Ahí tuvimos también la Eucaristía de sus funerales a la que llegó un número grande de universitarios, mientras el galpón se encontraba rodeado de carabineros. Alfredo Pesce me había pasado a buscar en su automóvil. Al enfilar hacia la casa parroquial, divisamos a los primeros uniformados. Le pedí, entonces, a Alfredo que acelerara hasta llegar a frenar exactamente delante del primero de ellos. Me bajé bruscamente del vehículo y le grité al carabinero: «¿Qué hace Ud. aquí?, váyase para el fondo» (de la calle sin salida). El uniformado obedeció de inmediato, posiblemente acostumbrado a las órdenes perentorias. Luego pedí hablar con el oficial que estaba a cargo de la operación y le hice presente que tal cantidad de policías sólo lograría provocar aún más los ánimos de los jóvenes, ya bastante caldeados y que las consecuencias podían ser graves. Le dije que con la presencia de dos o tres carabineros sería suficiente y que, si eventualmente pudieran necesitar a los demás, por algún desorden que se pudiera producir, para eso tenían los elementos

necesarios para estar comunicados y que, por lo mismo, podían retirarse los demás a un lugar cercano como el del supermercado vecino. Así se hizo y todo pudo realizarse en paz. El joven asesinado pertenecía a una modesta familia de Villarrica. Necesitaban dos taxis para regresar a su tierra. Uno para llevar el féretro y otro para la familia. Todo ello costaba, en ese entonces, la suma de 30.000 pesos. Fue justamente lo que pudo reunirse en la colecta de la Misa.

Mientras muchos nos comprometíamos con estas situaciones de dolor y de atropello de la condición humana, otros guardaban silencio. En aquella Eucaristía de funerales de Eduardo Jara no hubo una autoridad, ni civil ni eclesiástica de la Universidad Católica, que se hiciera presente. Más adelante tampoco hubo un gesto o una palabra públicos de esas mismas autoridades que le dijera, de alguna manera, a la sociedad entera que esa institución, donde Eduardo estudiaba, sabía «llorar con los que lloran». Años después, el Pro-Gran Canciller de la época, afirmó en más de alguna entrevista que había celebrado Misas por el joven asesinado. Nadie tendría derecho a negar la verdad de sus afirmaciones, pero hay que decir igualmente que eso nunca se supo. Siempre es posible y válido rezar en privado, pero cuando las ofensas son públicas, como era el caso, los silencios pasan a ser inexcusables y se convierten en cómplices.

Cabe recordar, igualmente, los encuentros de oración y la Eucaristía en la que participó el Dr. Villegas quien, en infinitas operaciones de trasplante de piel, logró sacar adelante a Carmen Gloria Quintana. En ella pedíamos al Señor por su recuperación. Carmen Gloria, junto a Rodrigo Rojas Denegri, habían sido salvajemente quemados. Rodrigo falleció como consecuencia de esta acción tan vil. Aquella noche me llamó Máximo Pacheco G. para pedirme fuera de inmediato a rezar un responso a la Comisión de Derechos Humanos, donde se velaba su cuerpo. Le contesté que había un ritual establecido de la Iglesia

para los responsos, pero que me parecía que no era el caso. Era necesario preparar algo especial. Su muerte no había sido como la que todos esperamos, de enfermedad, accidente o vejez. La suya había sido una muerte con ensañamiento y crueldad. No era posible cumplir solamente con un rito, que si bien nos podía invitar a todos a hacer oración, no era lo que en ese momento se requería de una Iglesia que quería acompañar, desde la verdad, a quienes sufrían.

Fue así como nos pusimos de acuerdo para el día siguiente. Yo ya trabajaba en la Conferencia Episcopal. Había reunión de la Comisión Pastoral de los Obispos (COP) y yo me desocuparía de ella a las 13 horas. Cinco minutos después me comprometía para llegar a la Comisión y rezar el responso. En eso quedamos. Les conté a los Obispos, miembros de la COP, lo que me habían pedido. Inmediatamente me dijeron que me acompañaban. Ellos más que nadie sabían bien lo que estaba sucediendo en el país y les inquietaba el servicio que la Iglesia pudiera prestar en circunstancias como éstas.

No me olvido de que, en otra ocasión, Monseñor Carlos Camus comentándome algún otro triste episodio, me dijo: «Nos pegan donde más nos duele». Se trataba de que los Obispos podían seguir hablando y denunciando y a ellos, normalmente, nada había de sucederles. Sin embargo, sí les sucedía a las personas más humildes, a aquellas que apenas eran conocidas en su población. Eso era suficiente como para ir produciendo el terror, por aquí y por allá, e inmovilizando de este modo a la civilidad.

En aquella Eucaristía, como en todas las otras, quedaron grabadas las palabras de la homilía, que eran claramente palabras de denuncia, que me permito citar aquí: «Hermanos, son muchas las razones que nos reúnen hoy. Venimos aquí cargados de dolor, de desaliento, de repugnancia. No hay otra palabra que exprese mejor nuestra sensibilidad ante

lo que ha estado sucediendo. Y si nuestra sensibilidad siente repugnancia, nuestra conciencia experimenta una profunda indignación ética. Ya no podemos tolerar tanta falsedad e infamia. Percibimos que ante nuestros mismos ojos se desarticula este país que es nuestro, de todos, y no sólo de algunos o de alguno que pretenda defenderlo para sí a cualquier costo y empleando cualquier medio: la violencia, la corrupción, la incompetencia, el asesinato más atroz.

Mientras los profesionales de la Vicaría de la Solidaridad y de la Clínica Chiloé procuraron servir a la vida y por ello se encuentran encarcelados hace más de ochenta días, la patrulla militar que abandonó a su propia suerte a dos muchachos quemados, circula libremente.

Ahí quedó un joven muerto atrozmente, no sólo por haber sido quemado vivo, sino por haber sufrido este horror a poco de volver a Chile, para buscar sus propias raíces. Esta es la Patria que algunos quieren construir y que rechazamos porque rechaza a los suyos con la muerte. No es con odio que se construye fraternidad. No se riega la vida con fuego. No se construye un país con armas sino con personas. Las queremos a todas, incluso a aquellas que deberán responder mañana de sus delitos cuando se les pida cuentas con dignidad y decencia.

Ahí está Carmen Gloria, luchando valerosamente por la vida. Ahí están sus padres y familiares que la acompañan –y que ahora comparten con nosotros esta Eucaristía–. Ahí está el equipo médico y de enfermeras, encabezados por el Dr. Villegas, que lo están dando todo de su capacidad y entrega. Ahí están los jóvenes que han ofrecido y donado su piel y su sangre para que Carmen Gloria viva. Ahí está el contingente innumerable de chilenos que, de diversas maneras, ha solidarizado con ella y con los suyos.

Esta es, hermanos, la Patria verdadera; aquella en la que, a pesar de todo, seguimos viviendo, la que amamos y deseamos servir.

En alguna medida, mientras mayores son las amenazas, más libres nos sabemos y sentimos. Estamos hablando de nuestra libertad interior, de aquella que tenemos como personas y que nadie podrá nunca pretender arrebatarnos. Con ella y desde ella queremos decir que vamos a obedecer a Dios antes que a los hombres y que, por lo mismo, no callaremos. Las que hablan son la voz de nuestra fe y la de nuestra conciencia.

Con esa libertad y desde ella queremos llamar a quienes deben asumir sus responsabilidades a que dejen sus cargos actuales, a que se vayan. No sólo porque estamos cansados con ellos, con su discurso monótono e inconsistente, sino sobre todo porque con ellos no será posible salvar a este país de la extrema degradación a que ha sido conducido. Los graves problemas de la hora presente ya no son solamente de índole económico o político. Son, sobre todo, de orden moral. Por eso hablamos.

Este país no quiere más muerte, no quiere más sangre, más amenazas, más exilio, más venalidad, más incompetencia.

¿Qué mal puede haber, entonces, en pedir, en rogar, gritando a todo pulmón, con el grito que nace de la tierra empapada en la sangre de los justos y que clama hasta llegar a los oídos del Padre Dios: ¡Váyanse!, «¡Déjennos vivir!, ¡No sigan siendo los administradores de la muerte!, ¡Déjennos construir la paz!...».

En el momento de relatarles a los Obispos, en aquella reunión de la Comisión Pastoral, el responso que venía, les ofrecí que lo rezara alguno de ellos. Lo que había preparado podía presidirlo cualquiera mejor que yo. Fueron muy respetuosos conmigo y ninguno aceptó hacerlo. Llegamos al lugar y no olvidaré ni las lágrimas de Monseñor Sergio Contreras ni el abrazo de la abuela de Rodrigo. El Obispo vivía la angustia de la injusticia y del crimen y fue siempre un celoso defensor de la vida humana, de su dignidad y de los derechos humanos. Ejemplar

dentro de la vida de la Iglesia y testigo fiel de la Persona de Jesucristo. La abuela había sido como la madre de Rodrigo. Al terminar nuestra oración, la tomé en mis brazos y sentí, de una manera tremendamente viva, cómo los brazos están hechos para abrazar, para acoger, para compartir y recibir los dolores de otros en el propio corazón.

Para ese día, escribí unas sencillas líneas que querían hablar por sí mismas. La noche anterior me quedé en eso. Preparando algo que nos permitiera entrar, con la mayor verdad posible, en el sufrimiento de tantos hermanos que llenaban el recinto.

Ellas decían así:

«He soñado contigo,
Rodrigo,
en estas noches.

Quizá por no querer
verte ya despierto.
Quizá por el horror
de tanta muerte.

En esas noches
he untado de sangre
mi pañuelo
y ahora llevo el alma triste
de tanta muerte.

Amando con los tuyos
tu futuro,
amando el de todos
que ya no es
por tanta muerte.

Tu vida
reseca por el fuego,
quemada por el odio,
que ha sembrado
de tanta muerte.

Tu vida, sin embargo,
todavía ahí presente
en tu cuerpo, tus manos y tu rostro
encadenados por tanta muerte.

Tu vida, ahora en nuestros ojos,
en nuestras manos,
en nuestro esfuerzo,
para responder
de tanta muerte.

Tu vida, ahora en la esperanza
sin dolores, ni tristezas,
abrazado por un calor distinto:
el de un Padre que no quiere
tanta muerte.

¡Levántate, Rodrigo!
Ahora tienes ojos nuevos.
Danos la fuerza que te han quitado,
la que nos has dejado
para vencer tanta muerte.

Regálanos también
el precio que has pagado,
tu sangre que sigue con el crucificado
prometiendo vida
contra tanta muerte.

Te has ido.
Te han llevado, injustamente,
pero en tu rostro joven, sereno,
sabemos que la paz
vencerá todas las muertes.

Vuelvo ahora a soñar contigo,
Rodrigo.
Ahora tú despierto
mientras nosotros seguimos entre tanta muerte».

Al día siguiente fueron los funerales en la Basílica del Salvador. No sólo el templo, también las calles laterales se encontraban abarrotadas de gente, sobre todo de jóvenes. No faltó que llegara el famoso carro «lanza-agua». Todo se había desarrollado con la calma posible en medio de una multitud semejante. Pero muy pronto empezaron a lavarnos a todos con un agua fétida, preparada quizá en qué infierno. Traté de detener uno de esos diabólicos vehículos. Me paré delante. Logré una detención, seguramente breve, pero que a mí me pareció eterna. Quedé todavía más mojado y más hediondo. Cuando todo terminó, me dirigí a mi trabajo habitual. Allí unos Obispos llamaban a otros para que contemplaran mi miseria. Quizá alguno todavía necesitaba testimonios vivos acerca de lo que ocurría en nuestras calles, en nuestro país, donde habíamos vivido orgullosos de nuestra democracia, del respeto por todos, del nombre internacional de este pequeño país llamado Chile.

Algo semejante ocurrió a raíz del asesinato del joven Ignacio Valenzuela, en esa fatídica noche que fue conocida como la «Operación Albania» o «Matanza de Corpus Christi». Allí fueron ejecutados doce miembros del Partido Comunista, algunos de los cuales participaban también del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. De hecho, el Partido Comunista había abandonado el camino de la no violencia y ya no creía, como nosotros, en la fuerza incontenible de la no violencia activa.

En este caso, también la familia pidió que fuera velado en la Parroquia. No faltaron los que nos interrogaron si el joven era o no creyente; la respuesta de Alfredo Pesce, a quien le tocó acogerlo, fue que nosotros no juzgaríamos si él era o no creyente. Nos importaba el respeto por el que había muerto de esta manera ignominiosa y por su madre, a quien le habían arrebatado un hijo.

El mismo Alfredo, acompañado por Marité Humeres, pusieron condiciones tanto a los miembros del Partido como a los del Frente, que

llegaron en significativo número. No fueron fáciles las negociaciones y la aceptación, por parte de ellos, de las condiciones que nosotros poníamos en nombre de esa no violencia que era nuestra propia opción. Es necesario reconocer que todas ellas fueron rigurosamente cumplidas. Terminada la liturgia –y queriendo ellos acompañar a Ignacio a pie hasta el cementerio– se endilgaron hacia Pedro de Valdivia. En ese momento, llegaron los carabineros y todo lo que había sido pacífico terminó en un «apaleo». Tomaron el féretro, lo metieron dentro de un furgón policial y se lo llevaron mientras disolvían la manifestación.

No fueron pocas las ocasiones en que pudimos acoger el sufrimiento de otros para hacerlo propio. No necesariamente concordábamos con sus puntos de vista, pero sí podíamos ser un último refugio para quienes llegaban destrozados por el dolor y la más legítima indignación.

En algún otro momento tuvimos un acto especial de solidaridad con los familiares de los exiliados. Para ese entonces, hubo quienes trabajaron intensamente poniendo más de tres mil nombres en largas tiras de papel de mantequilla, escritas con letras caligráficas mayúsculas, que ocupaban todos los muros blancos de la Parroquia. Asistió mucha gente que quería expresar, de alguna manera, sentimientos similares y también un pensamiento ante la realidad de los derechos humanos sistemáticamente violados y que no estaban dispuestos a ceder en sus posturas. Para nosotros este acto era importante, tanto que quisimos dejar los muros, así revestidos, para nuestra Eucaristía dominical. Lo que habíamos realizado el jueves anterior no podía ser para nosotros ajeno a nuestra fe. Tampoco podían faltar las dificultades. En aquella época ya nos encontrábamos compartiendo el galpón con los «catecúmenos» que funcionaban en la Parroquia de La Anunciación y ellos no podían entender la relación estrecha entre la fe y el

respeto por la dignidad de toda persona. Querían, a toda costa, retirar las tiras de papel que les molestaban para sus propias celebraciones.

Más adelante –y como nos ocurre con frecuencia a los sacerdotes– yendo de una Parroquia en otra a bendecir matrimonios o celebrar funerales, se me ocurrió empezar a preguntar a los sacristanes sobre los lugares donde funcionaban grupos similares. Era evidente que no podía haberse producido ninguna suerte de acuerdo previo entre ellos. Sin embargo, las opiniones de todos, gente sencilla, servicial y de Iglesia, fue absolutamente unánime. Tendían a apoderarse en exclusiva de los lugares que ocupaban, de igual modo de los sacerdotes que los atendían y se caracterizaban igualmente por no participar de las celebraciones litúrgicas parroquiales, para las cuales hubiesen sido un precioso apoyo, sobre todo, en el canto que es tan importante en cualquiera de ellas.

Como ocupaban importantes lugares en el Consejo Parroquial de La Anunciación, la vida empezó a hacérsenos cada vez más difícil y conflictiva. No podían entender el enfoque teológico y pastoral que nos guiaba y expresaban su molestia permanente, atribuyéndonos todo problema que ocurriera, hasta el de los estacionamientos de los autos a las horas de Misa de la Parroquia territorial.

En una medida importante, con sus actitudes mantenidas, terminaron por cansarnos a todos, en particular a los laicos que procuraban entenderse con ellos. Bastante más de un año estuvimos en las idas y venidas que no lograban acuerdos satisfactorios y respetuosos. Nosotros, con la ayuda generosa de tantas fundaciones europeas, habíamos, en la práctica, transformado el galpón que ellos ahora también usaban. Nos parecía normal que así fuera, que los bienes de la Iglesia fuesen cada vez mejor y más frecuentemente ocupados, pero no podíamos tolerar que rompieran nuestros signos o los arrinconaran, que no cuidaran lo que tanto nos había costado conseguir.

Tuvieron el apoyo jerárquico de la Parroquia territorial que requerían e inauguraron el comienzo del fin de la Comunidad Alvear. No pasó demasiado tiempo sin que los mismos que los habían apoyado terminaran por convencerse de que su espíritu eclesial era bastante pobre y que pretendían efectivamente adueñarse de todo lo que tocaban. Quizá el colmo, donde más claramente se manifestaba una teología trasnochada, era en la celebración de la Vigilia Pascual. Ellos celebraban la propia en el galpón, mientras la comunidad de la Parroquia territorial lo hacía en el templo. Así no sólo restaban su presencia en una fiesta litúrgica tan importante para toda la comunidad, sino también su canto que la habría enriquecido tanto para tantos. De esta manera, los responsables de la Parroquia territorial terminaron por pedirles que la dejaran del todo...

Y, a propósito de todas las acusaciones que nos hacían, alguna vez controlamos lo que ocurría con los vehículos que se estacionaban en la calle sin salida que es Benvenuto Cellini y nos dimos cuenta de que el único auto que allí se estacionaba era el que llevaba a Bernardo Leighton G. y a Anita Fresno, su esposa, que había quedado semi-inválida después del atentado que ambos sufrieran en Roma. Desde su regreso de la capital de Italia, ellos siempre participaron de las Eucaristías dominicales como también de otras actividades parroquiales. Era muy edificante verlos llegar, con sus dificultades, a estos dos testigos de una fe tan vinculada con sus vidas y con sus obras. Era el frente interno, por así llamarlo, que, en mil detalles, se iba poniendo cada vez más difícil como si el externo no hubiese sido más que suficiente.

No podré olvidar fácilmente la última visita que hicimos a Bernardo, ya en su lecho de muerte, con Beltrán Villegas. Anita nos hizo pasar y Bernardo, casi sentándose en la cama, nos interrogó de inmediato: «¿En qué puedo servirles?». Luego se dirigió cariñosamente a «Rubita», como llamaba a su mujer y, por último, a una invitación

nuestra, rezamos juntos el Padrenuestro; él en su versión anterior al Concilio. En estas pocas palabras y actitudes se reflejaba por entero aquel a quien tantos llamaron el Hermano Bernardo: su vocación de servicio, el amor a su esposa y su fe, tan profunda como vivida. Ese Padrenuestro era lo que había quedado en su memoria, deteriorada también a raíz de lo que él llamaba «el accidente». Bernardo y Anita habían ya perdonado desde el fondo de su corazón de cristianos.

Sucedió, también, que algún domingo llegó un matrimonio a celebrar con nosotros la Eucaristía. De a poco empezamos a saber que se trataba del Coronel (r) Eugenio Rivera D. y su señora. Al comienzo se les empezó a mirar con sospechas por parte de algunos. No resultaba fácil acoger a quien había sido comandante del regimiento de Calama cuando pasó por allí la tristemente llamada «caravana de la muerte». Pero llegó el momento de las aclaraciones. Eugenio empezó a contar su versión de los hechos, la que, por lo demás, ya había sido avalada por Monseñor Juan Luis Ysern, quien era Prelado de Calama por esas fechas y me la había contado personalmente. Posiblemente lo que más impactó a los interlocutores de nuestro militar fue esa especie de confesión pública, cuando dijo que inicialmente había mentido. Lo que había ocurrido en ese lugar, como en varios otros hacia el sur y el norte del país y que él conoció posteriormente, le había impactado como algo que no podía suceder y, menos todavía, viniendo de las Fuerzas Armadas. El tenía en tal concepto a su institución, le tenía tal cariño y era tanta su vocación, vinculada a sus años de formación, que no pudo aceptar el relato descarnado de los hechos. Ello le llevó a faltar a la verdad. Fue esto mismo, su reconocimiento, lo que despejó las dudas y produjo la confianza de todos. Desde allí, siempre contamos con ellos dos. Estuvieron siempre presentes y dispuestos a colaborar en lo que se les pidiera, incluso en aquella Vigilia Pascual en

que había que encender y apagar luces, según el ritmo de la liturgia, y todo salió al revés.

Más adelante, cuando Sergio Arellano Iturriaga, hijo del militar que iba a cargo de esta trágica operación, escribió un libro que se llamó «Más allá del abismo» y en que en pocas líneas trataba de defender a su padre, Eugenio se sintió en la obligación, de acuerdo a sus convicciones cristianas y militares, de escribir una declaración en la revista «Análisis» que planteaba la verdad de lo sucedido. La honestidad y el honor no podían resistir a las falsedades que, en este como en tantos otros casos, circulaban por el país hasta en la prensa que habíamos creído, en algún momento, la más seria. Era la época de tantos «presuntos» detenidos desaparecidos, torturados, violados, etc. Una gran mentira recorría nuestro territorio. Es posible pensar que aún hoy día quedan personas que no creen lo que ocurrió durante esos años penosos. Quizá lo que les ocurre es que aceptar los hechos acontecidos significaría revisar profundamente tantas o todas sus posturas personales y eso podría ser demasiado violento para ellas. Tampoco conviene olvidar que no faltaron los que, resguardados por el «orden policial», hicieron fabulosos negocios y a lo mejor no tienen su conciencia muy tranquila o, mejor, no la tendrían si dejaran que lo que ya todos sabemos operara en ella.

Con alguna frecuencia nos visitaban también personas que venían del mundo poblacional. Ellas sentían que lo que les estaba ocurriendo, tanto en relación con los derechos humanos como en el plano económico por la alta cesantía de la época, nos importaba de verdad.

No faltó la ocasión en que una señora de la Población La Victoria se dirigió a la asamblea litúrgica después de la Misa para invitarnos a que los fuéramos a visitar. No tengan miedo, nos dijo, los «patos malos» no son tantos. Yo no pude evitar hacerle el comentario en voz alta: «No se preocupe, señora, porque mientras allá se roban unos pocos pesos, por estos

lados hay quienes se roban los bancos». La verdad sea dicha, no fueron pocos los que se enriquecieron con parte del patrimonio nacional durante esos años oscuros de nuestra historia.

De vez en cuando, también, celebrábamos en común con los organizadores y participantes de «Compartiendo la Mesa» algunas sencillas fiestas, en particular sus aniversarios, que nos permitían entrar en contacto fraternal con hermanos y hermanas que padecían las dificultades económicas ya aludidas. Esta era una instancia más que nos hacía posible compartir con los más pobres, aprender de ellos e ir logrando una formación más integral de nuestros jóvenes.

Más avanzados los tiempos, cuando los caminos hacia la democracia, bien común de todos los chilenos, se iban abriendo, facilitamos el galpón para que allí se bailara la «Cueca Sola». Una sola mujer la bailaba, dando cuenta de una tristeza de tantas madres y hermanas y, al mismo tiempo, traspasando los muros que no querían dar curso a la esperanza. Esa grabación sirvió luego para la campaña del «No» y no fue el suyo un efecto menor.

• Las Confirmaciones

Un acontecimiento que se repetía todos los años era el de las Confirmaciones. Ellas se realizaban en celebraciones comunes a todos los grupos vinculados a la pastoral universitaria de Santiago. La Parroquia aportaba siempre un buen número que se había preparado adecuadamente. Además de la belleza y significación del sacramento, normalmente era una ocasión para encontrarse con Monseñor Enrique Alvear U., Obispo Auxiliar de Santiago, él mismo un verdadero sacramento del amor del Señor. Enrique –porque él no me permitía solemnidades– era literalmente un hombre de Dios, su sencillez y su capacidad de cercanía

lograban en él una simultaneidad notable con la fortaleza, ciertamente difícil de lograr. Quien entraba en contacto con él pudo experimentar la curiosa sensación de ser, en ese momento, como la única persona en el mundo y, a la vez, en los años difíciles nunca cedió terreno en relación con el respeto y la dignidad de cada ser humano. Como pastor, él representaba a una Iglesia cercana al hombre, que realizaba en sí mismo, en virtud de su opción tan profundamente evangélica, esa palabra programática de S.S. Juan Pablo II, en su primera Encíclica, Redemptor Hominis, al asumir el pontificado: «El hombre en la plena verdad de su existencia, de su ser personal y a la vez de su ser comunitario y social –en el ámbito de la propia familia, en el ámbito de la sociedad y de contextos tan diversos, en el ámbito de la propia nación, o pueblo (y posiblemente sólo aún del clan o tribu), en el ámbito de toda la humanidad– **este hombre** es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión, él es el camino primero y fundamental de la Iglesia, camino trazado por Cristo mismo, vía que inmutablemente conduce a través del misterio de la Encarnación y de la Redención» (14).

Fue la Iglesia que no preguntaba a nadie de dónde venía o hacia dónde iba para defender su dignidad humana. Fue la Iglesia que no se dejó entrampar por consideraciones ideológicas de ninguna índole para cumplir con libertad evangélica su servicio al ser humano. Fue la Iglesia que ayudó a muchos a sospechar que, detrás de la institución y de su composición, inevitablemente humana y, por lo mismo, llena de incoherencias de tantos de nosotros, había algo más o, mejor, en tantos casos Alguien más.

En el mismo terreno, en el de los sacramentos, empezaron a abundar los bautizos de los hijos de los matrimonios de nuestros antiguos estudiantes universitarios, los que realizábamos durante la celebración

de la Eucaristía. Como no faltaron los adultos, que luego vinieron a unirse a las Misas de la Comunidad Alvear y no habían conocido a esas nuevas familias, algunos empezaron a quejarse de que, en esas ocasiones, la Eucaristía se alargaba algo más de la cuenta. Fue una lástima, pero en el futuro hubo que seguir celebrándolos en otros momentos.

Por su parte, cada Cuaresma y cada Adviento eran ocasiones propicias en que la Comunidad se reunía para celebrar el sacramento de la reconciliación.

• Los encuentros con el Señor

De esta manera, la misma Parroquia fue un lugar en el que para muchos se abrió un espacio donde ese Alguien empezó a tomar un verdadero rostro y una real significación.

Posiblemente el primero que se acercó a la Iglesia por esta vía fue Don Orlando Letelier, padre del ex Canciller asesinado en Washington. No hacía mucho que se había producido el feroz atentado. Yo pasaba por la capital norteamericana, de regreso de un viaje a Europa a recorrer diversas fundaciones y personas buscando los medios económicos necesarios. Conocía desde hacía algunos años a Fabiola, hermana del ex Ministro, quien en esos días vivía en el país del norte. Naturalmente alojé en su pequeño departamento. En esos mismos días la acompañaban Don Orlando y la señora Inés, su esposa. Dado el tamaño de la vivienda, las mujeres alojaron en el salón, mientras nos dejaban el dormitorio a los varones. Don Orlando era masón y, entonces, la broma de cada mañana de las mujeres era que él aparecía tempranamente con un crucifijo en la mano mientras yo lo hacía con un mandil. Así se fue trabando una amistad tal que, en algún momento, más adelante, la señora Inés me dijo un día: «Ahora tú eres

mi hijo». De alguna manera, su afecto por el hijo asesinado lo estaba recibiendo yo.

Tuvimos una Eucaristía en Washington para rezar por los que habían muerto y, más tarde, ya en nuestro país, Don Orlando empezó a acompañar a su mujer a las Eucaristías dominicales. El mantenía su condición de masón y, en algún momento, empezó a hacer gestiones para crear una suerte de comunidad con amigos que participaban con él en la misma logia. Se trataba de crear un grupo para conversar, para conocernos mejor y, sobre todo, para acercarnos mejor a la Iglesia y descubrir su significado mayor.

Cuando todo esto se encontraba en camino, Don Orlando tuvo un accidente. Había ido a comprar una botella de vino y, posiblemente distraído, pensando en su hijo que ya no estaba, fue atropellado. Nunca más pudo levantarse. Lo iba a visitar con toda la frecuencia que podía. Era un gran caballero; hombre inteligente y sencillo, querendón como el que más; verdadero amigo de sus amigos, que sabía de fidelidades y lealtades.

Muchas veces conversamos sobre Jesucristo y su Evangelio y yo, torpe de mí, no me daba cuenta de por qué él, delicadamente, no aceptaba los sacramentos. Hasta que un día cualquiera advertí cuál era la causa. Había sido masón por más de cincuenta años y, de nuevo, era la fidelidad a sus amigos de siempre lo que él consideraba una suerte de traición, aunque no empleara la palabra. Entonces las cosas se hicieron más sencillas, porque, sin duda, esa fidelidad era un valor cristiano muy profundo. Lo conversamos ampliamente. Tuve, entretanto, el cuidado de pedir en la Curia las autorizaciones correspondientes. Monseñor Sergio Valech, una vez más, fue de una exquisita comprensión y me dio todos los permisos necesarios.

Cuando Don Orlando falleció había recibido ya todos los sacramentos, con plena conciencia acerca de su significado y también plena

libertad, lo que no impidió que se realizara la «tenida» masónica correspondiente en el cementerio. Quería ser una señal de respeto de la Iglesia hacia ese largo pasado del difunto. Se me dijo sí que en el campo santo no interviniéramos para nada ni yo mismo ni el sacerdote Luis Morel, hermano de Isabel Margarita, viuda del ex Canciller asesinado. Ambos estábamos ahí y, lo menos esperado, también se encontraba allí Rafael Maroto, sacerdote que estaba en esos días suspendido de sus funciones eclesiásticas. El pronunció un discurso de despedida y pudo nombrar al Señor en ese momento solemne. Cuando ya todos nos retirábamos, me acerqué a quien había presidido la celebración masónica, el ex Intendente de Santiago, señor Suárez, para hacerle presente la situación producida. Me parecía que se trataba de una cuestión de lealtad y, al mismo tiempo, una ocasión para hacerle presente nuestro respeto por la historia personal de cada ser humano. Fue muy gentil al recibir mis explicaciones y me dijo: «Esto sucede con mucha más frecuencia de lo que usted se imagina». En la tarde de ese día, tuvimos nuestra Eucaristía de funeral en una Capilla más pequeña que el galpón y allí, junto con algunos masones, rezamos por el descanso de nuestro amigo tan querido.

La partida de Don Orlando de este mundo fue propia de alguna escena romántica. Se había sentado la señora Inés al borde de su cama y estaban conversando. En un momento dado, Don Orlando le pidió a su mujer que le diera un beso. Ella, echando las cosas a la broma, le dijo: «Viejo, a estas alturas de la vida y pidiendo estas cosas». Se acercó, le dió el beso cariñoso de toda su vida y Don Orlando expiró. Una hermosa manera de partir de esta tierra.

Entre los nombres más conocidos, por sus actividades públicas, el que siguió a Don Orlando en este encuentro con el amor del Señor fue Felipe Herrera L. Su camino hacia la fe había comenzado cuando, siendo Presidente del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), tuvo una

entrevista con S.S. Pablo VI que lo impactó grandemente. A raíz de ella, y gracias a sus inquietudes intelectuales, leyó la Gaudium et Spes, Constitución conciliar a la que ya hemos aludido, que le abrió un nuevo horizonte de reflexión en relación con el tema de la cultura. Regresó luego a Chile. Entretanto, había tenido una muy mala experiencia con un sacerdote chileno que había tratado de dificultar esa entrevista con el Santo Padre, invocando su condición de separado y de vuelto a casar. Ya en nuestro país, se produjo una relación en virtud de mi amistad con una hermana de su mujer. Empezamos a conversar... Felipe guardaba toda su lucidez intelectual, a pesar de un grave accidente que le había impedido caminar. A estas alturas, como lo indica la Teología Moral, por el mismo problema de su salud, vivía con su mujer «como hermano y hermana». Felipe hizo prácticamente su Primera Comunión y no dejó nunca la Eucaristía dominical, a la que llegaba en silla de ruedas. Era hermoso verlo participando con los jóvenes como uno más en el canto, en el batir de palmas, en su actitud. Su casa pasó a ser también un lugar de encuentro y de amistades con personas a veces alejadas de la Iglesia o con ideas acerca de ella provocadas más por nuestras inconsecuencias que por el conocimiento de la Persona de Jesús.

Al poco tiempo, un día sábado, falleció Alfonso Santa Cruz B., hombre de una larga carrera diplomática y participante asiduo a nuestras Eucaristías dominicales, primero con su mujer y, luego, cuando ella falleció, él solo. Naturalmente la Misa del Domingo la ofrecimos por él. No faltó quien lo comunicara a sus hermanos. Estaba, entonces, presente Hernán Santa Cruz. Cuando llegó el momento de la paz, lo busqué, lo mismo que a su hermana, para darles el saludo de la paz. Hernán me dijo en ese instante: «Voy a hacer algo que no hago desde hace muchísimos años, voy a comulgar». Le respondí: ¡Bendito sea Dios! A la semana siguiente, pasaba por su departamento, en el Parque Forestal,

para confesarlos tanto a él como a Nana, su esposa. Fui, ahora, testigo de otro gesto de muy delicado amor.

Mientras administraba, en la biblioteca, el sacramento de la reconciliación a Nana, una mujer brillante y llena de talento intelectual, Hernán esperaba en el comedor, dejando el salón como distancia prudente. Cuando vino su turno –y mientras ella se retiraba– se encontraron frente a la mesa de centro. Allí, como naturalmente, se miraron el uno al otro y se dieron un beso lleno de infinita ternura.

Cada domingo, infaltablemente, aparecía Hernán en las Eucaristías dominicales y, hasta el final de su vida, cada cierto tiempo accedía al sacramento de la reconciliación. Eran los momentos en que yo sufría la tentación de faltar al sigilo. Eran tan bellas sus confesiones, tan de niño, de un hombre que representó como diplomático a nuestro país en la creación de las Naciones Unidas y, más particularmente, con siete otros ilustres personajes, en la redacción de la Declaración de los Derechos del Hombre. Hernán ejerció las tareas propias de un embajador en los sucesivos gobiernos de Alessandri, de Frei y de Allende.

Seguramente él, muy amigo de Don Carlos Briones, último Ministro del Interior de Salvador Allende, influyó grandemente en que, en los momentos finales de su vida, acogiera al Señor y recibiera los sacramentos de la Iglesia. No olvidaré nunca lo que escribió, al término de esa mañana, en la pequeña pizarra que le permitía mantener algún grado de comunicación con los demás: «Gracias por todo». Partí de la clínica INDISA dando infinitas gracias a Dios, que me había permitido acompañar de esa manera a Don Carlos, un hombre justo, con una notable vocación de servicio público y con una inquietud de toda una vida por la condición de los más pobres.

Llegó, cualquier día, la noticia de que Nemesio Antúnez, el pintor, director por ese entonces del Museo de Bellas Artes y autor del

maravilloso programa de televisión que tituló: «Ojo con el Arte», había enfermado de cáncer.

Entre los participantes habituales de nuestra Eucaristía dominical se encontraban Patricio Aylwin A., futuro primer Presidente de la nueva democracia, y su esposa Leonor. Lo mismo Gabriel Valdés S., quien fuera el primer Presidente del nuevo Senado de la República y Sylvia, su esposa. Estos últimos, muy vinculados al mundo de la música y del arte en general, eran muy amigos de Nemesio, quien había estado un par de veces en la Parroquia en algún tipo de actividad cultural. Hablé con Gabriel y le pedí que, a su vez, conversara con Nemesio y le dijera que «había cura disponible». A los pocos días llegó el recado: «Nemesio te está esperando». Fui a verlo apenas pude. La enfermedad estaba en sus inicios. El guardaba recuerdos negativos de la religión desde su infancia. Mal que mal era un artista que difícilmente pudo comprender en la época de su juventud algunos rigores eclesiásticos. No faltó tampoco que hiciera una tremenda distinción: «Estoy dispuesto a participar en una iglesia como la tuya, pero no en otras». No era el momento para entrar en una discusión.

Es cierto que la Iglesia es una sola, pero también lo es que ella se expresa de maneras diferentes en su liturgia, en su predicación, en sus diversas actividades y, en esos días, en sus posturas frente a la violación sistemática de los derechos humanos. Mientras para algunos, creo que para la mayoría, sobre todo de los Obispos y sacerdotes, el asunto era intransable, no faltaban otros que prescindían de él o llegaban, incluso, a negar que se estuviera produciendo. Aparte de los hermanos en el sacerdocio que murieron en la tortura, muchos otros recibimos amenazas y advertencias que no facilitaban mucho la vida. Con todo, teníamos la conciencia clara de la libertad mayor que nos daba el celibato y de la responsabilidad consiguiente, lo que nos condujo a jugarnos por

quienes, de una manera u otra, se encontraban sufriendo. Esta fue para bastantes personas una verdadera puerta de la Iglesia, que se abría ampliamente, sin ninguna intención proselitista, sino con el solo propósito de tratar de ser coherentes con el Evangelio.

Esta puerta se abrió cariñosamente para Nemesio. En la segunda visita le propuse que rezáramos juntos. El me contestó: «No sé rezar». «No importa, yo rezo en voz alta y tú me sigues en el corazón». Así lo hicimos y así también Nemesio se fue preparando para celebrar el sacramento de la reconciliación y la comunión. Todos los domingos, de allí para adelante después de Misa, pasaba a verlo para llevarle la visita eucarística del Señor. Entonces su rostro hermoso se transfiguraba y fue así, hasta que, ya sin fuerzas y agotado por la enfermedad, se acercaba a la muerte. Era increíble, sobre todo en los primeros tiempos, cuando todavía guardaba su plena entereza, cómo disfrutaba con la «Hojita del Domingo» de donde leíamos los textos del Evangelio recién proclamado. Fueron casi cuatro meses de una bella amistad y cercanía. Para Nemesio, la Parroquia había sido un sacramento que lo había vuelto a acercar a la fe de su infancia, ahora de manera adulta y comprometida y, recogiendo en ella, su opción por la dignidad de cada ser humano.

No han faltado, con el correr del tiempo, las personas que también se han acercado al Señor gracias al testimonio que la Iglesia pudo dar en los años de la dictadura. Tampoco aquellos que guardaron dentro de sí algún sello particular, impreso por la Parroquia, por sus liturgias y retiros, por su manera de enfrentar los desafíos propios de cualquier cristiano ante lo que estaba sucediendo, y que, luego, por los afanes de la vida, dejaron de lado –y de algún modo– la práctica litúrgica de la fe. Para muchos de ellos, en circunstancias especiales como, por ejemplo, algún fallecimiento en la familia, el sacramento del matrimonio o el bautizo de algún hijo, fue ocasión para que ese sello se develara de nuevo y

encontraran así nuevos caminos de desarrollo más maduro de lo que, a veces, había sido un compromiso quizá no demasiado profundo.

• La Parroquia Universitaria y la política

En verdad, a veces, no era fácil distinguir entre nuestro quehacer propiamente pastoral y la realidad política del país.

Posiblemente, entre otras, lo que explicaba esta situación era un problema vinculado con el lenguaje. El de la Doctrina Social de la Iglesia había sido incorporado, de algún modo y desde hacía años, en la Democracia Cristiana, que se declaraba un partido político no confesional, pero sí de inspiración cristiana. Otro factor que movía a confusión era la realidad que estábamos viviendo y que era denunciada por igual por diversos actores de la vida pública nacional, entre ellos diversos partidos y la Iglesia más comprometida, representada especialmente por bastantes Obispos y por algunas de sus instituciones más significativas en relación con los acontecimientos que nos penaban.

No faltaron tampoco, por esta causa, las dificultades y los desafíos. No escasearon los militantes de partidos que quisieron, sin mala fe, utilizar la Parroquia como refugio mientras pasaba el temporal. Los que permanecieron aprendieron muy rápidamente que no se podían confundir las instancias. Por eso fue posible negarse a recibir cualquier actividad propiamente partidaria que podía realizarse en algún otro lugar. Por eso, también, los jóvenes universitarios resguardaron con energía la independencia de esta institución que, en medida importante, dependía de ellos mismos.

Mientras el Vicario de la Pastoral Universitaria de la época nos acusaba de politización al Cardenal Silva, los mismos jóvenes me contaban, en privado y bajo secreto, las reuniones de estricto carácter político que se producían en la Vicaría y en las barbas del mismo Vicario.

Una dificultad seria que se me planteaba cada vez que había que abordar algún tema delicado de la «coyuntura» en la predicación dominical era que ésta, inevitablemente, se alargaba. Había que poner los fundamentos bíblicos y teológicos de lo que luego se iba a afirmar precisamente para cuidar la integridad de la Palabra y, a la vez, tratar, en la medida de lo posible, de evitar las acusaciones a las que me he referido.

Cuando recién estábamos partiendo, en el año 1974, los jóvenes, con un olfato suyo característico, pudieron advertir que la DINA llegaba a todas las Eucaristías. Sus representantes, que se sepa, no rezaban demasiado, pero sí grababan todas las predicaciones. Fue así necesario comprar un equipo de micrófono y parlantes que no funcionaba si no se le incorporaba previamente una «cassette». Esto explica que debe haber acumuladas unas 400 homilías que se encuentran todas reunidas y también grabadas en cintas magnetofónicas, como ya lo hemos dicho.

No faltó tampoco la ocasión en que un buen y fiel dirigente de la Democracia Cristiana invitó a todos los jóvenes de la Parroquia a celebrar una fiesta de Navidad en su hogar. No había entendido todavía las distinciones necesarias, siendo él mismo un hombre de práctica católica. Aquella noche, en medio de la fiesta, declaró en voz alta su alegría porque pudiese encontrarse reunida la juventud de ese mismo partido. Luego de presentar mi protesta, porque ciertamente no era así, me retiré con quienes quisieron hacerlo conmigo. Con todo, no podía resultar sorprendente que un significativo número de jóvenes de los que participaban en forma estable en la Parroquia fuesen miembros de esa juventud partidaria. Como felizmente no hay en la actualidad ningún partido político que pueda llamarse católico, que haya uno que declara su inspiración cristiana puede resultar especialmente atrayente para los jóvenes católicos que tienen una vocación política. Esto, a veces, puede facilitar las confusiones de que hemos hablado y exige una más cuidadosa atención para tratar de evitarlas.

Estas distinciones capitales no debían impedir, sin embargo, que esos mismos jóvenes pudieran encontrar en su Iglesia el alimento más adecuado para su fe y su compromiso con el bien común.

No es extraño que para muchos la actividad política sea mal mirada. Se le atribuye, teóricamente, una tarea digna de ser asumida por la escoria de la sociedad. Y no es ni debe ser así. El quehacer político es un arte difícil y noble. De este modo se refiere a él la Constitución conciliar Gaudium et Spes al decir: «Quienes son o pueden llegar a ser capaces de ejercer ese arte tan difícil y tan noble que es la política, prepárense para ella y procuren ejercitarla con olvido del propio interés y de toda ganancia venal. Luchen con integridad moral y con prudencia contra la injusticia y la opresión, contra la intolerancia y el absolutismo de un solo hombre o de un solo partido político; conságrense con sinceridad y rectitud, con caridad y fortaleza política, al servicio de todos» (G.S. 75).

Eran tiempos en que había que aplicar también otra palabra del mismo texto conciliar: «Cuando la autoridad pública, rebasando su competencia, oprime a los ciudadanos, éstos no deben rehuir las exigencias objetivas del bien común; les es lícito, sin embargo, defender sus derechos y los de sus conciudadanos contra el abuso de tal autoridad, guardando los límites que señala la ley natural y evangélica» (G.S. 74).

El anuncio de la Palabra del Evangelio no podía eximirse de la denuncia de aquello que impedía su despliegue. En cada momento de la historia esa denuncia, por un motivo u otro, es siempre necesaria. Tiene que ver con ese perfil de la Palabra, que es como espada de dos filos, que penetra hasta el fondo del corazón.

Pero no puede haber una denuncia que provenga de la raíz del Evangelio mismo si ella no va precedida por el anuncio, es decir, por la proclamación y aceptación profunda de la centralidad de la Persona de Jesús, de su mensaje y de la permanente actualidad del mismo. Si sólo

se expresara la denuncia caeríamos fácilmente en un ideologismo, que podría ser de cualquier cuño.

Como fácilmente se comprenderá, al sacerdote le corresponde acompañar a los hermanos en la fe, lo que significa también, desde el misterio de la Encarnación, acompañarlos en la vida. Esta última tiene que ver con la respuesta que da el cristiano al amor de Dios en todas las circunstancias de su existencia en que interviene su libertad. Es lo que llamamos la moral cristiana. Ella tiene diversas dimensiones, al igual que la vida. Unas son las más personales o individuales, otras son las familiares y otras más las culturales, sociales, políticas y económicas. Todo en la existencia humana está llamado a ser respuesta a la invitación del amor y al amor que Dios nos dirige. Por lo tanto, la dimensión política también requiere un acompañamiento de la Iglesia, particularmente en los cristianos que quieren vivir su compromiso de fe de una manera integral.

«Es de justicia que pueda la Iglesia en todo momento y en todas partes predicar la fe con entera libertad, enseñar su doctrina social, ejercer su misión entre los hombres sin traba alguna y dar su juicio moral, incluso sobre materias referentes al orden político, cuando lo exijan los derechos fundamentales de la persona o la salvación de las almas, utilizando todos y sólos aquellos medios que sean conformes al Evangelio y al bien de todos, según la diversidad de tiempos y situaciones» (G.S. 76).

De este modo, habíamos llegado a la convicción de que la enseñanza social de la Iglesia era una exigencia de la misma fe y no una simple creación del Magisterio, a partir de fines del siglo XIX. La misma Sagrada Escritura y, luego, los Padres de la Iglesia, que escribieron entre los siglos II y VIII, nos lo manifiestan claramente.

Igualmente decía el Concilio –y su palabra sigue siendo válida– que «hay que prestar gran atención a la educación cívica y política, que

hoy día es particularmente necesaria para el pueblo, y sobre todo para la juventud, a fin de que todos los ciudadanos puedan cumplir su misión en la vida de la comunidad política» (G.S. 75).

La tarea era inescapable, sobre todo con el mundo de los jóvenes universitarios. Había que pensar en su futuro, en el del país y en el de la Iglesia. Había que acompañarlos, de alguna manera, para que, más adelante, pudiesen asumir su responsabilidad por la «cosa pública». Había que pensar también que los cristianos no podrían eximirse de su responsabilidad futura.

Es cierto –y también lo dice el Concilio– que «ante la inmensa diversidad de situaciones y de formas culturales que existen hoy en el mundo, esta exposición (la de la Constitución Conciliar), en la mayoría de sus partes, presenta deliberadamente una forma genérica...» (G.S. 91). Esta palabra dio pie para que seis años después, en la Carta Apostólica de S.S. Pablo VI, con ocasión del nuevo aniversario de la Rerum Novarum, se dijera algo similar y, al mismo tiempo, más amplio: «Frente a situaciones tan diversas, nos es difícil pronunciar una palabra única, como también proponer una solución con valor universal... Incumbe a las comunidades cristianas analizar con objetividad la situación propia de su país, esclarecerla mediante la luz de la palabra inalterable del Evangelio, deducir principios de reflexión, normas de juicio y directrices de acción según las enseñanzas sociales de la Iglesia tal como han sido elaboradas a lo largo de la historia, y especialmente en esta era industrial... A estas comunidades cristianas toca discernir, con la ayuda del Espíritu Santo, en comunión con los Obispos responsables, en diálogo con los hermanos cristianos y todos los hombres de buena voluntad, las opciones y los compromisos que conviene asumir para realizar las transformaciones sociales, políticas y económicas que se considera de urgente necesidad en cada caso» (Octogesima Adveniens, 4).

La Jerarquía de la Iglesia, con una serie de cautelas necesarias, reconocía que el Espíritu del Señor actuaba en las comunidades de Iglesia y en las personas que en ellas participaban y las llamaba a hacer un discernimiento social. Era la primera vez que el Magisterio invitaba a una aventura semejante, sin dejar de agregar que había que hacerlo en compañía de todos los hombres de buena voluntad. Se abría así un amplio campo y un tremendo desafío a todos los que se reconocieran como cristianos.

Todo ello significó una relación bastante estrecha con los actores políticos. Muchos más antiguos y otros que empezaban a surgir. Más todavía porque eran muy pocos los sacerdotes que se animaban a mezclarse, por así decirlo, con esas aguas que, de algún modo, dejaban mojado. Esto último sobre todo por esa tendencia tan humana de poner etiquetas a medio mundo.

A tal punto llegaron las mías que recuerdo, años más tarde, en una Jornada de Clero Joven, organizada por el Área de Agentes Evangelizadores que me tocó asumir en la Conferencia Episcopal, Don Carlos González C., en ese entonces Obispo de Talca y Presidente de la Conferencia, quien asistía a esa Jornada, me llamó aparte y me invitó a conversar de política. Fue una conversación larga, de más de dos horas, cosa que más de alguno ha calificado de milagrosa. Don Carlos se caracteriza por sus conversaciones cortas y directas. Esta fue también directa. El creía que yo militaba y pagaba cuota en el partido Demócrata Cristiano. Cuando le conté lo que trataba de hacer, no sólo comprendió mi tarea como efectivamente pastoral, sino que me animó a continuar en ella. «De aquí para adelante, cuenta con todo mi apoyo», fueron sus palabras, y me agregó: «Esto que tú haces, no lo podemos hacer nosotros».

Tantas veces ha aparecido la Iglesia en sus ministros tan preocupada por la familia, lo que es espléndido y fundamental, pero tantas otras ocupada, sobre todo, del sexto mandamiento sin que ello signifique,

que yo sepa, que al sacerdote en cuestión se le ponga etiqueta alguna vinculada al tema. Sin embargo, en las materias relacionadas con la Moral Social, las etiquetas vuelan. Quienes las echan a volar, incluso miembros de la Jerarquía, a veces, no conocen suficientemente el Magisterio Pontificio. Vale aquí recordar un borrador que me tocó preparar para una Declaración del Comité Permanente. Por darle mayor liquidez al texto no puse entre comillas una frase del Santo Padre. Precisamente fue ésa la que objetó un distinguido Pastor.

No faltaron tampoco las acusaciones de algún Obispo a mi Superior Provincial de la época. Tuve que dar un examen de ortodoxia ante una persona designada por él. No me olvido que la única objeción finalmente recibida fue que, en ocasiones, cuando estaba predicando, golpeaba la mesa del altar con la palma de la mano. Puedo decir que, desde entonces, no lo he hecho más.

Traté de acompañar a muchos políticos que habían empeñado sus vidas, desde su vocación de cristianos, en el quehacer democrático y en la tarea por la justicia. No eran pocos los que sufrían intensamente porque sentían que su existencia había perdido un sentido para ellos capital. Traté de hacerlo, igualmente, en una predicación que no se alejara nunca del Evangelio, pero que, al mismo tiempo, incidiera muy fuertemente en lo que estaba sucediendo. No podía la Iglesia, ninguna parte de ella, prescindir de la tortura sistemática, de los detenidos desaparecidos, de las altísimas cifras de cesantía, con sus secuelas de hambre y de miseria, del dolor de las viudas y las madres de familia. Eso fue lo que en Chile hicieron muchos Obispos. Eso fue lo que hizo primero el Comité pro Paz y luego la Vicaría de la Solidaridad. Eso fue lo que tratamos de hacer nosotros.

Así fue como la Parroquia Universitaria fue también un lugar de encuentro para muchos políticos, cuya misión nacía de una profunda

vocación cristiana, y también para otros que se reconocían en una postura sencillamente humanista; hombres y mujeres todos que no podían aceptar, en nombre de sus conciencias y convicciones, lo que estaba ocurriendo en nuestro país y para los cuales la Iglesia, en diversas instancias, fue un punto de apoyo y un lugar para renovar la fortaleza y la esperanza.

Es cierto que, en lo más inmediato y prácticamente cotidiano, el asunto más grave se vinculaba estrechamente con el problema de la violación sistemática de los derechos humanos; es cierto, igualmente, que la situación de los más pobres de Chile era desafiante para cualquier ser humano con el corazón bien puesto. Eran muchas familias las que sobrevivían a la cesantía y hubo muchos comedores populares que surgieron al amparo de las Parroquias territoriales y de otras organizaciones que reaccionaban tratando de responder al terrible desafío del hambre.

Con todo, siendo esas preocupaciones que nos concernían muy íntimamente, no podíamos olvidar que la tarea pastoral de más largo aliento tenía que ver con la evangelización de la cultura y, por igual razón, como ya lo llevamos dicho, con la evangelización de la coyuntura.

Posiblemente la cuestión más de fondo, que tendría trascendencia hasta nuestros días y seguirá teniéndola por muchos más, fue el cambio cultural revolucionario que se produjo en los diecisiete años de la dictadura.

Para nadie resulta una novedad comprobar que el neoliberalismo se pasea en la actualidad, con la mayor de las libertades, por todo el Occidente. Pero todos sabemos que en sus países de origen se fue implantando paulatinamente. En ellos fue posible reflexionar sobre sus efectos en la vida de la sociedad y no faltaron los profetas que anunciaron sus penosas consecuencias. El individualismo, el materialismo, el hedonismo, el consumismo y la competitividad que pueden ser los rasgos que mejor los describan se nos impusieron a nosotros casi sin posibilidades de realizar una reflexión que, al menos, detuviera esa especie

de «efecto-catarata» que cayó sobre todos, sin que muchas veces ni siquiera lo advirtiéramos.

Tantas veces los requerimientos inmediatos de situaciones coyunturales graves absorbían toda la atención posible. Entre tanto el gusano más corruptor de todos –el que corrompe la cultura y sus valores– nos iba penetrando en la forma más artera. Por eso, temas como la misma cultura, el poder, el sentido de los signos y los sacramentos en la vida humana y cristiana estuvieron siempre presentes en nuestro intento pastoral. Había que pensar en el futuro. Había que ayudar en la formación de los jóvenes universitarios, –quienes tendrían más adelante importantes responsabilidades en el país–, a que no se dejaran llevar por esa corriente maligna que estaba inundándonos y provocando deshumanización. Había que rescatar el sentido del juego; crear espacios de formación que, junto con invitar a la reflexión, hicieran posible que en cada joven pudiera surgir el niño que todos llevamos dentro, para que ello alentara la alegría de vivir y el afán de servir.

Los campamentos eran momentos privilegiados para lograr esta combinación de seriedad y de juego, también lo eran los cumpleaños donde se juntaban muchos a celebrar a unos y a otros. Todo conspiraba para crear vínculos de amistad y de confianza recíproca que a todos nos ayudaban en los días más oscuros. No faltaron, sin embargo, las ocasiones –felizmente muy pocas– en que la sospecha rondaba nuestros encuentros; en que algún joven, por la razón que fuera, era estimado como infiltrado a cargo de alguno de los tantos, así llamados, «servicios de seguridad». Eran los años en que se sembró la desconfianza a dos manos.

Posiblemente una de las reuniones más significativas que se realizaron en la Parroquia durante esos años tan difíciles fue la de las diversas facciones del Partido Socialista que buscaban la unidad. El argumento

central que nos movió a facilitar el local fue, una vez más, la palabra conciliar esta vez en la Lumen Gentium, la Constitución sobre la Iglesia, donde indica que ella está llamada a ser «señal e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano». Los grupos a los que me he referido no tenían dónde juntarse. Tenían derecho a hacerlo y, además, buscaban la unidad. Todo ello estaba llamado a tener importancia en la reconstitución de la democracia y en el servicio a los más pobres. Esta pequeña parte de la Iglesia no podía negarse a esta solicitud.

Tampoco fue de menor importancia el funcionamiento en todos los locales de la Parroquia del grupo del «Conteo Rápido», presidido por Sergio Molina S. que, con una organización perfecta a través de todo el país, controló seriamente el plebiscito de 1989. Ese día, a las ocho de la noche, tenían proyectado un resultado final que sólo falló en unas pocas décimas.

Edgardo Mimiça, brillante ingeniero civil, estaba trabajando en un organismo estrechamente vinculado con la Junta Militar de Gobierno. Un día cualquiera, partiendo desde su inquietud religiosa, se acercó a su Parroquia territorial para preguntar si había en Santiago algún organismo de Iglesia que se ocupara de la pastoral universitaria. Así llegó donde nosotros, un sábado en la tarde en que se encontraban reunidos unos cuarenta estudiantes. Nadie le preguntó nada. El sintió rápidamente que los aires soplaban en otras direcciones y que, sin embargo, era profundamente respetado. Comenzó así un proceso. Más tarde, cuando tuvo la ocasión de partir a Estados Unidos a perfeccionar sus estudios fue el primer chileno que se inscribió en un primer curso que habilitaba para controlar la seriedad de las votaciones y para pronosticar sus resultados, mediante difíciles cálculos matemáticos, a muy temprana hora. Edgardo miraba esta opción suya pensando en un futuro próximo y en alguna reparación que él también tenía

que hacer porque se sentía solidariamente responsable por lo que había estado sucediendo en su país y que él no había podido advertir a tiempo. Cuando regresó de sus nuevos estudios no faltaron los que le miraron con desconfianza por su pasado. El no cejó. Tampoco lo hicimos quienes lo habíamos acompañado en su proceso. Finalmente, Sergio Molina no sólo creyó en él sino que le abrió el espacio necesario para que sus competencias únicas pudieran ponerse al servicio de la democracia.

• Los ayunos y las huelgas de hambre

El primero fue en los claustros de la Iglesia de San Francisco, el segundo ya fue en la Parroquia Universitaria.

Nos encontrábamos, un grupo de jóvenes y yo mismo, pasando unos días en la costa, cuando supimos que uno de los nuestros, Gustavo Rayo con otros más, habían sido relegados. Volvimos a Santiago de inmediato e iniciamos un ayuno. Fueron sesenta horas en que sólo ingeríamos agua. Fueron momentos muy intensos de oración en la pequeña capilla del segundo piso de nuestros locales de reunión. Fue un momento en que supimos que el hambre quita cualquier deseo de trabajar. Fue una experiencia que nos permitió conocer, de alguna manera, lo que es el hambre de los pobres y su tan mentada flojera por parte de quienes nunca lo han experimentado.

Fernando Castillo Velasco llegó a adherirse a nuestro ayuno. Compartió con nosotros la abstinencia de toda comida, la oración y el silencio. Era aquel un acto solidario más de los muchos de su vida.

Estábamos en nuestro ayuno y llegó Jaime a visitar a su hermano. Más tarde, cuando sufrió el exilio, el abogado Ambrosio Rodríguez lo acusó, entre otras falsedades, de haber sido parte integrante de ese ayuno.

Este ayuno lo terminamos irresponsablemente, yéndonos a comer un «bistec a lo pobre» en el Venecia. Nunca lo olvidaremos.

Tengo las copias de las cartas que enviara a algunos Ministros de la Corte Suprema, invocando su condición de católicos, para que hicieran justicia en el caso de Jaime.

Había pedido, hacía un tiempo, a algunos Obispos, que se reunieran con los Ministros que profesaban una misma fe. Podrían haberles llamado la atención sobre lo que estaba ocurriendo en Chile con el Poder Judicial y lo que debía ser para ellos su compromiso y responsabilidad de cristianos. Ellos, los Obispos, en su derecho, estimaron que una medida de tal naturaleza podía ser imprudente pues se les podía acusar de estar interfiriendo en el ejercicio de la justicia. Yo pensaba, con tantísimos más, «háblenme de justicia»...

Cuando vino el alegato por el exilio de Jaime Castillo, en que se enfrentaban Ignacio Walker P., como joven abogado, y Ambrosio Rodríguez, como representante del régimen, no era necesario ser demasiado perspicaz para pensar que el tema del ayuno iba a aparecer ante los magistrados. Tuve que conseguirme un cuello clerical que, por ese entonces, no tenía. Me adelanté para llegar de los primeros y así sentarme adelante, justo detrás del abogado defensor, para esperar el infundio que vendría. Me parecía que había que dar un testimonio de Iglesia, claramente visible, ante tamaña injusticia. Cuando Rodríguez repitió la especie, yo grité: «mentira». Me hizo callar el defensor. Tenía toda la razón, pues los ministros podían hacer desalojar esa sala del tribunal que se encontraba repleta de gente.

Vinieron, luego, otros ayunos y huelgas de hambre y dos intentos de «tomarse» la Parroquia.

Nunca aceptamos alguna manifestación de esta índole sin que estuvieran participando en ella algunos jóvenes de la Parroquia, fuera en la huelga como tal o como acompañantes, de día y de noche, de quienes realizaban este gesto solidario y creador de conciencia pública acerca de lo que sucedía.

No faltaban, entonces, los acompañantes que a alguna hora de la

noche, en el invierno frío, prepararan una taza de té. A esas mismas horas, en la calle sin salida, había siempre una guardia de carabineros. Los estudiantes les invitaban a compartir el té caliente y ellos entraban al primer piso, cuidándose de no ser sorprendidos por los oficiales que revisaban en cualquier momento si se encontraban cumpliendo su cometido en el lugar que les correspondía. Con el correr del tiempo, hemos sabido de otros gestos similares que nos seguían hablando de humanidad y, de algún modo, prometían el rescate de esa misma condición humana de tantos uniformados que nunca tuvieron nada que ver directamente con la barbarie de algunos pocos. Desde esos tiempos ya había caminos que se abrían hacia una futura reconciliación.

En cada ocasión dábamos término a ayunos o huelgas de hambre con una Eucaristía, la que convocaba a gran número de estudiantes. Los jóvenes católicos comulgaban en ella. Al final –y sabiendo que la glucosa repone después de una larga abstinencia– repartíamos a todos los ayunantes un terrón de azúcar. Era una forma, sencilla sin duda, de acercarnos todos a un significado profundo de la Eucaristía recién celebrada, la comunión.

Seguramente la huelga de hambre que causó más revuelo por su significado fue la que inició un grupo de jóvenes de la Universidad de Chile. Se trataba de cuestionar y pedir la renuncia del Rector Federici que, en verdad, estaba desarticulando nuestra Universidad mayor. Como la huelga no tenía éxito aparente, en un momento dado los jóvenes decidieron que ella sería hasta las últimas consecuencias.

Cada tarde llegaba el Dr. Víctor Maturana L. a examinar a los jóvenes. El había participado en la Parroquia desde el momento en que solamente era un sueño. Con su fidelidad de siempre nunca faltó, con su esposa Inés Waidele, a todos los compromisos que esta pertenencia significaba.

Los días pasaban y la situación se ponía tensa y peligrosa. Pedimos ayuda. Llegó el Arzobispo de Santiago, Don Francisco Fresno L., a visitar

a los jóvenes y a rogarles que cuidaran sus vidas como el tesoro más preciado. Llegó también Don Raúl, el Cardenal, como lo llamaríamos para siempre. Les habló al corazón y todos terminaron llorando. Don Raúl, los jóvenes ayunantes y los que cabían en el estrecho espacio que ocupaban. Frente a todos nuestros fallidos intentos, la enorme autoridad moral del antiguo Pastor terminó por convencerlos.

Algo parecido había ocurrido un tiempo antes, cuando un grupo de universitarios, entonces de la Universidad Católica, iniciaron una huelga de hambre en la Parroquia de Peñalolén. También les visité procurando que depusieran su decisión de llegar, también ellos, hasta las últimas consecuencias. Hubo un momento en que solamente quedaban dos jóvenes que se resistían a poner término a su protesta. Eran ya muchos los días y empezaban a peligrar su salud y sus vidas. Fueron llevados al hospital de la Católica. Parecía que ya nada se podía hacer. Llamé a Don Raúl por teléfono y le expuse la situación. «Vamos», me dijo. Me pasó a buscar y seguimos viaje. Le dejé solo con los jóvenes. Una vez más su autoridad moral les salvó de lo peor.

Aludía al comenzar este capítulo a los intentos de «toma» de la Parroquia. Esto ocurrió en dos ocasiones. Estábamos, primero, en plena Eucaristía dominical cuando llegó un grupo que se instaló cerca de las puertas de ingreso al recinto. No sé por qué, pero en esos años había adquirido una destreza que antes no sabía que tuviera. A las mujeres del MIR las reconocía por su mirada. La tenían dura y fría, como si no fuera lo que se espera de un rasgo propio de la femineidad. Desde el altar supe que eran ellas y algunos más de ellos. En un momento determinado se acercó a mí José Luis Ramaciotti, entonces Jefe de la Parroquia, para decirme que los recién llegados pretendían tomarse nuestro galpón. La verdad es que para mí fue siempre motivo de asombro el cómo los jóvenes manejaban información y llegaban a tenerla tan exacta.

Seguimos la Misa como si nada estuviera sucediendo y, al final, en el momento en que siempre había algunos avisos que dar sobre próximas actividades, después de escuchar los que recibíamos de los diversos encargados de distintos quehaceres, tomé la palabra, como si fuera un aviso más, y dije más o menos lo siguiente: «Les ruego a todos aceptar ciegamente lo que les voy a pedir. Por favor, pónganse todos de pie y desocupen el galpón cuanto antes». Así fue. Todo el mundo hizo lo mismo, salieron hacia la calle y, al salir, llevaron consigo a los pretendidos ocupantes dejándolos en la vereda, protestando, mientras cerrábamos por dentro las puertas del galpón.

En otra ocasión, llegaron algunos otros jóvenes con la evidente y explícita intención de ocupar los locales de la Parroquia para iniciar una huelga de hambre sin haber pedido autorización alguna. No podíamos aceptar sus condiciones. Ellos no querían retirarse por las buenas. Hubo que llamar a los más grandes y macizos de nuestros parroquianos. Todos ellos llegaron. A los pretendidos ocupantes no les quedaba otra cosa que abandonar el lugar. Sin embargo, la cosa no era fácil. En esos mismos momentos la Plaza Pedro de Valdivia se encontraba invadida por agentes de la policía secreta. Llamé, entonces, al Mayor de Carabineros del sector y le dije que estábamos listos para salir y para ir a dejar a los jóvenes invasores donde ellos nos pidieran, pero que, para eso, necesitábamos tener la certeza de que no seríamos detenidos en el camino. El problema lo habíamos resuelto en paz y por la vía del simple convencimiento y no queríamos que los jóvenes pudieran caer en manos de personas que, muchas veces, habían demostrado una terrible brutalidad con sus víctimas.

Por teléfono le sugerí al Mayor que, mientras nosotros salíamos, los «agentes de seguridad» miraran al cielo y aprovecharan para rezar porque seguramente mucha falta les hacía. Nunca supimos acerca de los efectos de esas oraciones.

CAPÍTULO X

LOS AÑOS FINALES

Empezaban a egresar los jóvenes de la Universidad y continuaban «pololeos» más recientes o antiguos. Fue llegando el momento de sus matrimonios, vinieron los hijos, éstos empezaron a crecer y, entonces, el desafío de buscar Colegios para ellos. El Colegio San Ignacio fue, en general, bastante acogedor con los padres de familia que provenían de la Parroquia. Sabían que podrían contar con ellos como familias verdaderamente comprometidas con la Iglesia.

Entre tanto, seguían llegando universitarios. Nuevas agrupaciones políticas surgían al interior de las Universidades, sobre todo entre los más inquietos. Una novedad fue, ciertamente, la convergencia socialista, que suscitó entre muchos jóvenes nuevas esperanzas de futuro. De alguna manera, empezaron a llegar a la Parroquia en un espíritu desconocido hasta entonces. Quizá más inquietos, en todo caso más críticos. Muchas realidades que se habían ido afirmando a través de los años

empezaron a ser cuestionadas. En una palabra, era la crítica a lo que hoy podríamos llamar el **establishment** al que la Comunidad había llegado, después de una larga maduración. No cabe duda que todo esto provocó algunas dificultades pero, a la vez, era una especie de anuncio promisorio de una juventud que empezaba a buscar otros caminos que hicieran posible una recuperación de la democracia en el país.

Con todo, también llegaban universitarios ya marcados por el sello de la dictadura. Los miedos y las inseguridades reinantes afectaron a muchos, también a sus familias. No faltaron los que crecieron en un clima que no era precisamente de libertad y no habían aprendido a emplearla.

Las mismas universidades habían estado conduciendo a los jóvenes a identificarse con sus bancos. Estaban dramáticamente llegando a confundirse con los muebles que ocupaban en la sala de clases. En general, sus actitudes eran pasivas. No se atrevían a preguntar y menos a discrepar. Para los docentes fue un tiempo difícil porque la Universidad como tal no debiera dejar nunca de ser ese espacio privilegiado para el diálogo institucionalizado.

Así, mientras unos iban descubriendo la libertad y querían ejercerla plenamente, lo que traía consigo un buen germen de futuro, otros, no sólo no la conocían sino se habían amoldado a no tenerla.

Esta situación afectó a un cierto número en el plano psicológico. La autoestima no siempre era correcta, la inseguridad les llevaba a plantearse la tremenda pregunta de si eran o no queridos. Llegaban entonces hasta la Parroquia buscando afecto, en actitudes más bien pasivas y, a veces, con reventones críticos que iban más allá de reacciones que hubiesen sido normales en adolescentes.

Algunos, incluso, trataban de refugiarse en ideologías o teologías que tampoco conocían del todo y, entonces, cuestionaban lo que se trataba de hacer desde su raíz.

Debo reconocer que las cosas se pusieron muy pesadas para mí y, seguramente, muchas veces no tuve ya la paciencia suficiente. Habían pasado casi diez años de infatigable tarea y el cansancio también empezó a pesar sobre mis espaldas, disminuyendo inevitablemente esa cuota de paciencia que siempre es necesario tener cuando se procura acompañar y servir a los jóvenes. Era agotador que alguno se ofendiera porque se saludaba a otro y no a él o a ella y, la verdad, era imposible verlos a todos. Se empezaba a dar una situación en que se esperaba del sacerdote que cumpliera el papel del padre de familia, lo que tampoco era posible porque simplemente no lo era y porque, además, el número de hijos era excesivo. Escuchar las penas y desalientos de tantos fue una enriquecedora experiencia pastoral. Era posible saber lo que estaba pasando en el corazón de muchos; pero, a la vez, era una carga que no resultaba fácil de llevar.

Hubo que separar aguas. Vino en nuestra ayuda el P. Mario Illanes ss.cc. El asumió a los estudiantes y la Parroquia Universitaria quedó en sus manos. El esfuerzo fue encomiable y muy sacrificado, pero no le quedaba mucho destino.

Los adultos crearon, entonces, la Comunidad Monseñor Enrique Alvear. Le pusieron ese nombre en homenaje a ese Obispo santo que había estado tan cerca de nosotros en una actitud siempre sencilla, fraterna, comprensiva y animadora.

Por unos años más continuamos con nuestras Eucaristías dominicales y algunas otras actividades que significaban un compromiso con los más pobres, un servicio de Iglesia a la cultura y a su evangelización y también un servicio al país. Con el tiempo, como era normal, los responsables también se fueron cansando. Ellos igualmente habían participado desde los inicios en la Parroquia Universitaria y habían entregado unas generosidades admirables.

Cuando nos dimos cuenta de que no había mucho más que aportar y que todos los domingos, a la misma hora, había otra Eucaristía en la Parroquia territorial, empezamos a tomar la decisión de dar término a esta nueva experiencia pastoral que había sido para muchos lugar de refugio, de aliento, de esperanza y de fortaleza. La misión con los jóvenes ya estaba cumplida.

CAPÍTULO XI

La Comunidad Monseñor Enrique Alvear

Fue la continuación natural de la Parroquia Universitaria para docentes y para los jóvenes que ya habían contraído matrimonio y empezaban a ser padres de familia.

Ella misma se definió como una comunidad de Iglesia, formada por adultos que querían acoger íntegramente el Evangelio en sus vidas, en sus compromisos familiares y con la sociedad de la que formaban parte. Para ello optaban por la Eucaristía y por la vida en comunidad y, a la vez, por los más pobres, por los jóvenes y por la evangelización de la cultura. Les parecía, también, que, sobre todo esto último, les exigía un diálogo fecundo con los hermanos separados y con los no creyentes.

A partir de estas opciones, la Comunidad pudo entrar en una relación fácil con el grupo de profesionales de Ñuñoa que, de algún modo, tenía unas finalidades semejantes. Algo parecido sucedió con el que se llamaba «de Dieciocho» por el nombre de la calle en que funcionaba y

que encontraba su origen en la Vicaría de la Pastoral Universitaria.

Con ellos y con otros profesionales, pertenecientes a diversos Movimientos y Colegios Profesionales, pudimos celebrar juntos, durante varios años, la fiesta de Pentecostés; nuestros Jefes participaron en un importante Encuentro Nacional de Laicos, que se llevó a efecto en Punta de Tralca, esa Casa que se guardará en la memoria de todos los chilenos amantes de la libertad. A él concurrió, desde la Santa Sede, el cardenal argentino Eduardo Pironio, hombre de espíritu abierto y extraordinariamente acogedor que nos sorprendió a todos por su cercanía y su palabra tan profundamente sencilla y evangélica.

Además de la Eucaristía dominical, que seguía siendo el centro del encuentro entre todos y donde podíamos compartir la Palabra y el Cuerpo y la Sangre del Señor, la Comunidad fue realmente, desde sus comienzos alrededor del año 1985, un hervidero de actividades.

Nos encontrábamos especialmente vinculados con la Parroquia de la Población La Victoria, lo mismo que con la Capilla de la Población Santa Teresita en los altos de La Florida. A uno y otro lugar acudían abogados a atender las necesidades de los pobladores, se colaboraba con las ofrendas en alimentos no perecibles de los días domingo y se iba en auxilio de otras diversas necesidades. En algunos actos especiales, destinados a reunir fondos con similares objetivos, nos colaboraron, por ejemplo, y con una admirable disponibilidad, el trovador Eduardo Peralta quien había iniciado su carrera musical en la Parroquia Universitaria; el conjunto Santiago del Nuevo Extremo, «Sol y Lluvia», etc.

Fueron, en este sentido, innumerables las acciones de solidaridad que pudo emprender la Comunidad Alvear. De hecho, siempre estaba detrás el deseo de servir y, particularmente, a los más pobres y a los que, de una manera u otra, habían sufrido o seguían sufriendo en relación con los derechos humanos conculcados.

Así, tuvimos la Eucaristía para orar por Olaf Palme y unos días después, el 10 de Marzo de 1986, un acto especial en su honor. El galpón se encontraba repleto. Bien le debíamos estos recuerdos, nuestra oración y nuestro homenaje a este hombre que había dado tanto de sí por la defensa de la dignidad de cada ser humano. La Eucaristía la presidió el P. Cristián Llona, Provincial de los Sagrados Corazones, y al acto de homenaje asistieron, entre tantos otros, el Cardenal Silva Henríquez, Monseñores Santiago Tapia y Cristián Precht, Nemesio Antúnez, Ricardo Lagos, Alejandro Foxley, Andrés Zaldívar, Angela Bachelet, Manuel Bustos, Miguel Lawner, María Antonieta Saa, Manuel Sanhueza, Enrique Silva Cimma, Gabriel Valdés, Moy de Tohá y el Encargado de Negocios de la Embajada de Suecia en Chile, señor Hakan Wilkens y señora.

No faltaron tampoco las Eucaristías y los momentos de oración en que pudimos recordar y pedir por los detenidos-desaparecidos, que para nosotros nunca fueron «presuntos», y por sus familias, por los exiliados y por tantas otras intenciones que tenían que ver con lo que estábamos viviendo –o sobreviviendo– como país. Entre ellos, aquel que presidió Monseñor Jorge Hourton y que consistió en una velada Musical-Cultural y en un acto litúrgico final en que tuvimos ante nuestros ojos la realidad que vivían los exiliados. Así, también, los momentos de «Oración y Reconciliación para iniciar la Construcción de la Paz en Chile», donde en una segunda ocasión tuvimos presente el encarcelamiento de funcionarios de la Vicaría de la Solidaridad, abogado Gustavo Villalobos y Dr. Ramiro Olivares, y de la Directiva de la Asamblea de la Civilidad, siguiendo el contenido y los llamados de los Obispos de Chile en su documento «Felices los constructores de la Paz». Estuvieron allí los padres de Carmen Gloria Quintana, la directiva alterna de la Asamblea de la Civilidad, presidida ahora por el Dr. Ricardo Vacarezza. Igualmente la

Vigilia y Eucaristía «Por la vuelta de la Justicia y la Libertad» organizadas por el Colegio de Ingenieros Agrónomos, donde, antes de la celebración, se reflexionó en comisiones sobre la defensa de la vida, sobre la función social de los profesionales, sobre la construcción de un país para todos. También la Eucaristía, que presidió el Pbro. Alvaro González, precedida por testimonios de familiares de detenidos desaparecidos, tan impactante como numerosa.

De igual manera, durante esos años, pudo mantenerse un contacto bastante fluido con las directivas de diferentes Colegios Profesionales como con el de Ingenieros Agrónomos, ya mencionado, con el de Psicólogos, con el de Periodistas, con el de Profesores y con la Federación de Colegios Profesionales.

La misma Asamblea de la Civilidad ocupó nuestros espacios para invitar a una reflexión sobre el documento «Justicia es Vida» que fue, luego, entregado al Poder Judicial. De igual manera, allí en el mismo galpón de siempre, tuvo su primer encuentro público el «Grupo de los 24» que fue tan importante en su trabajo en torno a la búsqueda de una Constitución democrática. Como siempre estos actos terminaban con algún tipo de celebración litúrgica donde procurábamos poner el sello de compromiso de la Iglesia con las aspiraciones justas de tantos y el sentido que nos ofrecía la fe en este afán de acogida y de servicio.

Otro acontecimiento importante –y de gran concurrencia, hasta desbordar el galpón–, fue el encuentro sobre el exilio, que titulamos «Abrámosle las puertas a nuestros exiliados», donde el panelista central fue Monseñor Tomás González M., Obispo de Punta Arenas.

Significativa fue también la Eucaristía de despedida al Pbro. Pierre Dubois por su alejamiento obligado de Chile. Ese domingo, el galpón se vistió de fiesta y de gratitud. Conocíamos bien toda su obra apostólica y misionera en la Parroquia de La Victoria y el agradecimiento que le

debíamos como chilenos y cristianos por su infatigable servicio pastoral y por su coraje a toda prueba. Después de haberlo tenido entre nosotros, dos semanas después, suspendimos nuestra propia Misa dominical y nos trasladamos a su Parroquia para celebrarla con nuestros hermanos de la población. Allí me fue encomendada la hermosa tarea de predicar en esa Eucaristía inolvidable.

También lo fue aquella otra en que invitamos al Ministro Carlos Cerda F., quien había sido sancionado por los miembros de la Corte Suprema de la época por lo que para nosotros no era otra cosa que su apego estricto a la justicia. Queríamos, de alguna forma, solidarizar con él del mismo modo que, en su momento, la expresamos hacia el juez René García Villegas, quien nos hizo llegar una hermosa carta. En su nombre y en el de su familia nos decía: «Aspiramos a decir a Ud. y a su grupo de «primeros cristianos» la gratitud de quien, en momentos rigurosos del año que se va, recibió el aliento creador de sus palabras cuando más lo necesitaba. Seguirán resonando en mi corazón, recordándome mi compromiso de cristiano, de chileno y de juez».

Algo parecido sucedió con otra carta que enviamos al Cardenal Jaime L. Sin, Arzobispo de Manila, en marzo de 1986, cuando Filipinas vivía su propio drama en relación con la justicia, los derechos humanos y la dignidad. De su respuesta no es fácil extraer algún párrafo que permita reunir toda la belleza de sus palabras como la fuerza de su esperanza. Así nos decía: «Les agradezco muy de corazón tanto su atención como el cariño vertido en su comunicación. Es que la fe de Filipinas, según el himno nacional, es como el sol ardiente, como la roca firme, inmensa como el mar... Muchas gracias otra vez. Les deseo a todos una felicidad que aunque en el diccionario es un sustantivo, en el libro de la vida es un verbo que se conjuga, en pretérito con el recuerdo, en futuro con la esperanza y no tiene presente. Lo tendrá,

su presente, en el porvenir donde la fe no mata, donde el que reina es Dios... Seguimos rogando a Dios, teniendo en cuenta que la oración es la fuerza del hombre y la debilidad de Dios».

Filipinas estuvo, de hecho, muy presente en la vida de nuestra Comunidad. Es cierto que, en la medida en que tratamos de ser coherentes con aquello que en la Eucaristía celebramos y procuramos «aproximarnos» de verdad a las situaciones, gozosas o tristes, que otros experimentan, entonces, «nada humano puede resultarnos ajeno». Así fue como también constituyó un verdadero acontecimiento el encuentro realizado el 28 de agosto de 1987 para proyectar el video «El Poder de las Personas», que fue seguido por un interesante foro dirigido por Alicia Vega.

El ejemplo de Filipinas nos animaba en nuestra tarea y venía a reforzar, en la práctica, nuestra manera de entender la Iglesia, su misión en el mundo y nuestro propio compromiso.

Con todo, el Cardenal Sin, en medio de los avatares, no perdía el sentido del humor y se comentaba que reunía personas en su casa a las que invitaba «**to the house of sin**». Y la verdad es que para el «orden» establecido, muchas cosas que hacíamos eran francamente «pecaminosas», como reunimos para pensar en común, para discutir nuestras ideas y las acciones por realizar, estar atentos y vigilantes en relación con los hechos que estaban ocurriendo a cada momento, sentimos verdaderamente libres para actuar procurando asumir nuestra condición de discípulos del Maestro y de testigos del Evangelio de Jesús.

De igual modo, nos reunimos para efectuar una velada cultural y testimonial en honor al general Carlos Prats y señora, vilmente asesinados en Buenos Aires. En ella, María Angélica Prats nos ofreció un cálido saludo, lo mismo que hizo, al final, Silvia Alessandri. Entre tanto pudimos escuchar los testimonios de Yerjo Ljubetic, de Moy de Tohá y una reflexión que recayó sobre mi persona.

También, en su momento, nos reunimos para celebrar liturgias o Eucaristías para encomendar al Señor a José Tohá, al General Bachelet y a tantos otros, en sus aniversarios, que habían sufrido las brutalidades del régimen y ya no estaban entre nosotros.

No faltaron las colectas en favor de los damnificados del terremoto de 1985, tampoco aquella otra para apoyar la obra «Trabajo para un Hermano» y tantas más que querían ser formas concretas de manifestar la solidaridad con los desposeídos.

Cada Semana Santa se preparaba durante toda la Cuaresma con momentos de oración común y con charlas sobre distintos temas que nos iban sensibilizando para ahondar más profundamente en el sentido de las fiestas que se aproximaban. Todas estas actividades eran abiertas y así iban acercándose a la Comunidad a personas que, hasta el momento, no la conocían. Algo semejante ocurría con el Tiempo de Adviento, la preparación para la fiesta de la Navidad y los Encuentros de Oración durante el Mes de María, que eran preparados y guiados por laicos, miembros de la Comunidad.

Así, en esos tiempos cuaresmales, tuvimos las charlas de Monseñor Juan Francisco Fresno sobre las nuevas Orientaciones Pastorales, entregadas por los Obispos el año 1986; a Roberto Urbina, quien se refirió al papel del laico cristiano en el mundo y en la Iglesia. Al año siguiente, las de Waldo Romo sobre «Fe, Amor y Familia» y la de Antonio Bentué, quien nos había acompañado con su inspiración en un anterior campamento de la Parroquia Universitaria, que nos ayudó a encontrar respuestas acerca del Reino de Dios. En 1988 vinieron a inspiramos Sergio Molina con su charla sobre «El laico y su compromiso social» y el Cardenal Silva Henríquez con la suya en tomo a «La palabra de la Iglesia sobre el compromiso social del laico». Como de costumbre, el solo anuncio de la presencia de Don Raúl atraía a mucha gente y, de nuevo, se rellenaba nuestro galpón.

Cuando apareció la Exhortación Apostólica Christifideles Laici, sobre la vocación y misión del laico en la Iglesia y en el mundo, le pedimos una vez más al P. Beltrán Villegas que nos hiciera posible conocerla mejor. Su brillante exposición acerca de ese documento, que sólo podríamos comparar por su lucidez con Evangelii Nuntiandi de Paulo VI y Sollicitudo Rei Socialis del mismo Juan Pablo II, fue seguida de testimonios de laicos que le fueron encomendados a Josefina Errázuriz. A la semana siguiente nuestro expositor terminó su presentación del documento de marras y, de nuevo, fue seguido por testimonios de laicos, esta vez de Pedro Morandé y de Eduardo Arriagada.

A fines del año 1987 se constituyó el Comité pro Apertura del Canal 13 de TV. En él participaron, desde sus comienzos, Alfredo Pesce G., Arturo Montes R., Miguel Arteche, Marta Cruz-Coke de Lagos, Irma Olmo de Luco, Manuel Guzmán V., Juan Francisco Undurraga M., Diego Portales C. Más adelante se incorporaron muchos otros como Josefina Errázuriz, Alejandro Silva B., el Dr. Héctor Croxatto R., Oscar Pinochet de la Barra, Andrés Donoso L., Federico Puga C., Sebastián Vial V., Alvaro Covarrubias B., etc. Todos ellos reunidos con el propósito de hacer presente a la autoridad eclesiástica la poca coherencia entre la condición de Pontificia de la Universidad y el canal de TV que se llamaba «católico». Cartas y estudios, de la mayor seriedad, fueron enviados donde correspondía, entre ellos al mismo Santo Padre y a los Cardenales Agostino Casaroli, Secretario de Estado de la Santa Sede; William Baum, Presidente de la Sagrada Congregación para las Instituciones Católicas; Eduardo Pironio, Presidente del Pontificio Consejo para los Laicos; Roger Etchegaray, Presidente de la Comisión Pontificia «Justicia y Paz», además, naturalmente, al Cardenal Juan Francisco Fresno. Las comunicaciones y documentos que había que enviar a Roma, –entre ellos el «Análisis Jurídico de la Corporación de Televisión, Universidad

Católica de Chile», sesudo estudio del constitucionalista profesor Francisco Cumplido C.– las recibía siempre, con la mayor disponibilidad, Monseñor Giulio Einaudi, por entonces Nuncio Apostólico de Su Santidad en Chile. No era poco lo que se estaba haciendo. Eran, una vez más, grupos de laicos capaces de organizarse y asumir, en forma madura y comprometida, su responsabilidad de Iglesia. No faltaron los que llegaron a manifestar su comprensión y hasta su apoyo, lo que siempre resultó motivo de nueva animación para quienes se empeñaban tan profundamente en torno a un problema que, podríamos decirlo suavemente, todavía no encuentra una solución satisfactoria.

Entre las actividades realizadas por este Comité, tuvimos el foro que se preguntó: ¿Acoge el Canal 13 TV el Magisterio de la Iglesia Universal y el llamado de nuestros Obispos? En él se abordó temas como la dimensión ética de la TV, el pluralismo, la misión del comunicador social, la necesaria libertad para difundir la verdad, etc. Este foro fue moderado por Guillermo Blanco y participaron en él el médico psiquiatra Hernán Montenegro, el abogado Francisco Cumplido, el economista Diego Portales, todo ello ante un numerosísimo publico. No faltó, entonces, el eclesiástico, capellán de una importante institución caritativa, que llamó al secretario ejecutivo del Comité para pedirle la suspensión del foro porque había que «ser prudentes». Se llevó una respuesta que seguramente no esperaba: «Seremos cada vez más imprudentes mientras se siga usando a un canal católico para nutrir una dictadura».

De igual manera fue intensa toda la tarea realizada en torno a la cultura, sin dejar de reconocer que todo lo anterior, de una manera u otra, constituía también un importante servicio en tal sentido.

Se iniciaron los Talleres Literarios, el de Cuento, guiado por Guillermo Blanco y el de Actuación Teatral, guiado por el actor Domin-

go Tessier. Se llevó a efecto la presentación de la «Historia de un Roble Solo» de Silvio Caiozzi y, a la semana siguiente, «El 18 de los García» de Claudio di Girolamo. Concluyendo el Ciclo «Foro del Cine Chileno» pudimos ver «No olvidar» de Ignacio Agüero. En todos estos casos sus autores se encontraban presentes y, junto con Fernando Acuña, nos permitieron desarrollar la reflexión que pudo seguirles.

Tuvimos, también, la hermosa actuación de la bailarina y coreógrafa Ivonne von Moellendorff, quien, graduada en la facultad de danza de la «Staatliche Hochschule fur Musik» de Munich, fue sucesivamente contratada por el «Ballet Real de Holanda», el «Ballet de Lydia Chagoll» y el «Ballet del Siglo XX» de Bruselas, que dirigía Maurice Béjart. En un espectáculo memorable, logró con éxito lo que anunciaba en el folleto de presentación: «Espero que el significado de las 6 piezas ofrecidas bajo el título 'Danza Breve' sea lo suficientemente amplio para que, sin necesidad de explicaciones previas, motive la expresión de nuestros sentimientos más profundos... El espacio teatral y la situación ritual son el escenario para otro intento más de encontrarse con el misterio que late dentro de nosotros y que busca exteriorizarse de diversas maneras; en este caso en forma de ritmo». Como la intención de este acto, como el de varios otros, era la de ir en ayuda del Comedor Comunitario de la Capilla Santa Teresita, de Florida Alto, se pidió una adhesión en dinero o en alimentos no perecibles. Se reunían así, naturalmente, los objetivos que la Comunidad Enrique Alvear se había propuesto.

El 4 de mayo de 1988 se realizó en nuestro galpón el Primer Encuentro Latinoamericano de Video Alternativo. A este evento asistieron representantes de Brasil, Argentina, Uruguay, Bolivia, Perú, Ecuador, Venezuela y Chile y, además, concurrieron observadores de Francia, Italia y España.

A fines de ese mismo año contamos con el ODIN TEATRET,

de origen danés y dirigido por el maestro en antropología teatral de nacionalidad italiana Eugenio Barba. La solicitud para estas presentaciones nos llegó del Centro Chileno del Instituto Internacional del Teatro y de la Escuela de Teatro de la Universidad Católica. En la carta en que nos pedían el galpón, nos expresaban: «Por saber que a la Parroquia le interesa siempre colaborar en la difusión y enriquecimiento cultural y reflexivo de la sociedad, es que les solicitamos que se integren a este proyecto». La Parroquia Universitaria y la Comunidad Alvear eran ya reconocidas públicamente por este propósito de acercar la fe a la cultura y de ésta a la fe.

Vale aquí recordar las diversas instituciones y grupos humanos que supieron contar con nuestra acogida. Por nombrar solamente algunos que organizaron conferencias y encuentros de diverso tipo y que no resultaría posible detallar, podríamos mencionar a la UNESCO, a CIEPLAN, al CIDE, a la Federación de Comunidades de Vida Cristiana, al Centro de Alumnos de la Facultad de Teología de la Universidad Católica y a las Escuelas de Construcción Civil y de Párvulos de la misma Universidad, al Comité Pro Retorno del Exilio, a la Agrupación de Ex-Exiliados Retornados, a la CONFECH, a la Comisión Justicia y Paz del Episcopado Nacional, al conjunto Napalé, a Teleanálisis del ICTUS, a Televida, a INDISO, al Grupo Proceso, al Centro de Estudios Profesionales para la Unidad Nacional, a la Asociación Universitaria y Cultural Andrés Bello, a ESPERANPAZ, al Comité de Base de Derechos Humanos de Providencia, al Centro Ecuménico Monseñor Oscar Romero, al Instituto Superior de Artes y Ciencias Sociales, al CESOC, a los Sindicatos del Sheraton, del Colegio Latinoamericano, de Textil Children y Magallanes, del Instituto Superior ARCIS, al grupo MIEL, al TALLER DOS dirigido por Claudio di Girolamo, a la Compañía de Muñecos Guiñol, etc.

Cualquiera podrá imaginar los miles de personas que pasaron por

nuestro galpón y que, de alguna manera, recibieron la cálida acogida que podíamos prestarles. Seguramente para muchos esa misma acogida fue testimonio de nuestra fe.

Vino, al año siguiente, el Ciclo con el que se celebró el centenario del nacimiento de nuestro Premio Nobel, la poetisa Gabriela Mistral. Echamos la casa por la ventana.

Este Ciclo comenzó el 4 de abril de 1989 con la charla «Gabriela Mistral: preguntas y silencios» del académico Jaime Blume S.; continuó con la del escritor Jaime Quezada, que se tituló «Tres santos y algunos ángeles». Fue seguida por «El oro glorioso de Gabriela Mistral», ofrecida por el académico Gastón von dem Bussche, y finalizada por el poeta Miguel Arteche con «La fuente dividida de Gabriela Mistral». Se trató de un encuentro semanal, durante todo un mes, lo que nos proporcionó la posibilidad de alcanzar un mejor conocimiento y una mayor capacidad de apreciación de nuestra poetisa.

El 10 de octubre de 1985, acogiendo el llamado del Cardenal Arzobispo de Santiago, se realizaba en el galpón un primer Coloquio sobre el Acuerdo Nacional al que asistieron unas 350 personas. Hizo las veces de moderador Andrés Aylwin y expusieron Carlos Briones y Patricio Aylwin.

El Jueves 18 de noviembre de 1985, con el mismo propósito anterior, la Comunidad Monseñor Enrique Alvear hacía una invitación pública a participar en una Mesa Redonda que se realizó en el galpón el 28 de noviembre siguiente. Se quería volver a acoger el llamado de Monseñor Juan Francisco Fresno e incorporarse de lleno en el «sentido de la Misión por la Vida y la Reconciliación que la Iglesia Católica chilena lleva a cabo a través de todo el país».

Motivaba esta invitación diciendo: «Para nosotros los cristianos y para los hombres de buena voluntad, este llamado de los Pastores resulta

acuciante. Nadie podrá desconocer la realidad de 'un mundo en pedazos (Juan Pablo II) que, como lo señalan nuestros Pastores, también aflige a nuestro país haciéndose eco de la preocupación del Santo Padre; ya que 'las acechanzas y presiones contra la libertad, la violencia, el terrorismo y la tortura' se observan claramente en nuestra patria (cf. Exhortación Apostólica Reconciliación y Penitencia). Rechazamos 'la lógica de la guerra' que es un signo de muerte. Pedimos 'que con urgencia se declare la paz entre todos los habitantes de nuestro territorio' (cf. Conclusiones de la XIII Semana Social de Chile, Camino a la Democracia)».

Esta Mesa Redonda fue presidida por Sergio Molina S. y participaron en ella Andrés Allamand, Eugenio Ortega y Hernán Vodanovic. Esta vez la concurrencia sobrepasó las 600 personas.

A fines del año 1986 colaboramos con la Agrupación de Familiares de Estudiantes Universitarios en la preparación y la puesta en marcha de un ciclo de tres días dedicados a la reflexión sobre el presente y el futuro de las Universidades en Chile. Expusieron en él el Dr. Jaime Lavados por la Universidad de Chile, el profesor Luis Celis, por la Universidad Católica, el señor Luis Maira, por los estudiantes del pasado. Al día siguiente lo hicieron Patricio Basso, Enrique Paris y Yerko Ljubetic para terminar, el tercer día, con un trabajo de reflexión por grupos.

En noviembre de 1987, el Taller «Cristianos y Política» del Instituto para el Nuevo Chile realizó en el galpón un coloquio, que contó con una abigarrada concurrencia, donde se analizaron las consecuencias éticas, sociales y políticas del artículo octavo de la Constitución de 1980 y de su ley complementaria. La exposición inicial estuvo a cargo del Padre Obispo de Punta Arenas, Monseñor Tomás González M., Doctor en Teología Moral, y fue comentada por los dirigentes políticos Gutenberg Martínez, Luis Maira, Ricardo Lagos y Mario Inzunza.

Posiblemente el acto de mayor compromiso de la Comunidad, des-

de la convicción de la ilegitimidad moral de la dictadura, fue el facilitar el galpón a un acto organizado por el Comando por el NO de la comuna de Providencia al que asistieron alrededor de 500 personas. Este acto estuvo amenizado por las canciones de Charo Cofré, Florcita Motuda e Isabel Correa y entre los dirigentes que en él participaron es posible recordar a Eduardo Frei R.-T., a Ricardo Lagos E., a Gabriel Valdés S., a Rafael Agustín Gumucio, a Ricardo Núñez, a Luis Maira, a Juan Pablo Letelier, a Soledad Larraín, a Marta Almeyda y a Berta Belmar. Estábamos ya en el mes de mayo de 1988.

Y así como la Comunidad vivía la inevitable contingencia histórica de nuestra condición humana, sin temor al compromiso, del mismo modo procuraba ilustrarse y estar al tanto de lo que ocurría al interior de la Iglesia, particularmente en su teología y en el desarrollo de su Magisterio.

Con esta motivación, tuvimos la celebración del Día de las Encíclicas Sociales, con una interesante Mesa Redonda sobre la «Laborem Excercens», encíclica de Juan Pablo II sobre el Trabajo Humano, con la interesantísima presentación que nos hicieron el P. Pierre Bigó s.j. y el sindicalista –y más tarde senador– José Ruiz di Giorgio.

De igual modo, se organizaron dos ciclos sobre la Teología de la Liberación. El primero de ellos, durante tres días seguidos, en octubre de 1985, con la participación del Pbro. Sergio Torres, del P. José Aldunate s.j. y de Fernando Castillo L. y, el segundo, en mayo de 1986, que se inició con una charla del P. Sergio Silva G. ss.cc., quien abordó la pregunta «¿Qué es hacer teología?», que fue seguida por una presentación, que me tocó a mí, de los dos documentos de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe. El inicial, del año 1984, sobre Algunos aspectos de la Teología de la Liberación y el final sobre Libertad cristiana y Liberación de ese mismo año.

Al día siguiente, el P. Ronaldo Muñoz G. ss.cc. nos habló sobre los

«Pobres de nuestra Tierra y el Dios de la Vida». Y para terminar este primer Ciclo, Pierre Dubois, Párroco de La Victoria, nos habló de «La Religiosidad Popular», una fuente importante para nuestro quehacer teológico en América Latina.

Los mismos laicos que entregaban tanto de sí, acogiendo las solicitudes de acogida para innumerables actividades que luego acompañaban y, a la vez, promoviendo, por su parte, otras tantas se fueron agotando. Era, por un lado, esta multiplicación de quehaceres y, por otro, ese asedio incomprensible de los mentados catecúmenos.

Con todo, la tarea por ellos realizada no puede quedar al margen de la historia ni de la Iglesia ni del país.

CAPÍTULO XII

Ultima Eucaristía Comunidad M. E. Alvear

Queridos Hermanos y Hermanas:

Nos hemos reunido para una despedida. De alguna manera, más la despedida de un espacio físico que una despedida entre nosotros.

Hace casi 20 años comenzamos aquí con la Parroquia Universitaria. Fueron llegando los jóvenes, que ya no lo son tanto, y algunos adultos, que nos han acompañado durante todo este tiempo largo.

Muchas amistades se fueron labrando al amparo de estos muros, porque vivimos juntos momentos muy difíciles para el país y, por ello, para la Iglesia. Nació así una verdadera fraternidad entre nosotros. Ella no tiene por qué perderse. Sabemos que, donde estemos, algo hay que nos ha unido; algo hay que ha hecho posible esta comunión y que, ciertamente, la hará permanecer.

Se ha tratado, fundamentalmente, de una percepción del Evangelio de Jesús, de su persona. Tal percepción ha definido las características

esenciales de esta Comunidad. Una conciencia muy clara del amor que Dios nos tiene y de su generosa misericordia para cada uno de nosotros; un estilo abierto y confiado en que cada uno pudo asumir su papel y donde muchos laicos crecieron como tales en su experiencia de Iglesia y en el llamado que recibieron de servicio al mundo; una urgencia permanente con respecto a la misión de Jesús como propia de cada cual, como manera de comprender la propia vida y como estilo de vivirla; una inquietud constante por las opciones de Jesús y de la Iglesia latinoamericana.

Todo ello no tiene por qué perderse. Dondequiera que vayamos podremos ofrecer esta experiencia que hemos vivido y compartido. Hemos aprendido unos de otros y podemos y debemos seguir haciéndolo. Siempre el mensaje del Señor, su Palabra hecha carne hoy –y tantas veces manifestada en los hermanos– quiere enseñarnos algo nuevo.

Si nos encontramos con ambientes fríos y despersonalizados, algo podremos aportar. Si nos encontramos con laicos clericalizados, algo podremos ofrecer. Si nos encontramos con comunidades no inquietas por la suerte de los pobres, algo podremos inquietar. Si nos encontramos con rigorismos o rigideces morales, ciertamente podremos anunciar la misericordia del Señor.

Nos duele, sin duda, separarnos los unos de los otros. Seguramente la causa será el inevitable cariño de unos por otros que se ha ido tejiendo durante todos estos años. Sin embargo, no podemos dejar de preguntarnos si estamos también dolidos porque nos habíamos acostumbrado a estar juntos y nuestra Comunidad se fue imperceptiblemente cerrando y haciéndose menos capaz de convocar a otros y acogerlos como cada uno de nosotros fue acogido algún día. Valga esta pregunta como nuevo llamado que nos hace el Señor, como un nuevo desafío a nuestra misión futura.

Decíamos que nos despedíamos más de un espacio físico que entre nosotros. También ello nos causa dolor.

Este espacio, este galpón está, sin duda, lleno de historia. Sus muros suman recuerdos, cada uno de ellos, a su manera, significativos para nosotros.

Desde los que aquí se conocieron y fundaron una familia; desde los matrimonios bendecidos; desde los bautizos, que empezaron a multiplicarse; desde las confirmaciones, tantas veces celebradas por don Enrique Alvear; desde las Eucaristías dominicales, donde no faltaron los que venían a informarse respecto de lo que acá se decía y hacía; pasando por tantas actividades que permitían tener lo que llamábamos «un espacio de libertad», por muchos años el único en Santiago, donde tratábamos de mantener y alimentar las inquietudes por el país, por la cultura y por el pensamiento cuando tantas puertas, incluso universitarias, se cerraban a ellos; llegando a los momentos dramáticos de las muertes injustas y los funerales consiguientes, procurando siempre acoger de manera responsable a los que sufrían más directamente; a los ayunos y huelgas de hambre, donde no faltaba la oración y tampoco los signos de una Iglesia que no era ni podía ser neutral.

Aquí, también, crecieron muchos como personas y como cristianos que, en el pasado reciente y en el futuro próximo, seguirán prestando su servicio al bien común.

Pienso que, por todo esto y mucho más, podemos dar gracias al Señor. Es El quien lo hizo, «ha sido un milagro, un signo patente». Fue Él, quien nos iluminó para que asumiéramos, en el momento que correspondía, nuestra responsabilidad de cristianos que queríamos ser fieles al Señor y a los hermanos. Fue El quien nos llamó y nos reunió. Fue El quien nos hizo testigos, con palabras y acciones, de su Buena Nueva, de la esperanza que terminaría por derrotar la ignominia.

No podemos olvidar, en un momento como éste, al Cardenal don Raúl. El nos invitó a esta tarea. El estuvo siempre cerca de nosotros. Los tiempos no eran fáciles –quizá nunca lo han sido–; sin embargo, siempre pudimos contar con su comprensión y su confianza, incluso en el diálogo fuerte pero sincero. Muchas veces lo tuvimos aquí con nosotros. Conservaremos el recuerdo agradecido del Pastor que, teniendo tantas cosas importantes entre manos, nunca se negó a venir a acompañarnos, a darnos su apoyo de hermano mayor.

No podemos olvidar tampoco a tantos laicos, jóvenes y no tanto, que pusieron lo mejor de sí mismos en la tarea que habíamos emprendido. A Oscar Riveros, a Raúl Muñoz, a la Marite, la Vito y a Virginia, a Jorge Manzi y José Jiménez, a José Luis Ramacciotti, a Andrés Donoso y Alejandra, a Jorge Moraga, a Francisco Vallés y Catherine, a Enrique Cabrera y Alicia y a tantos otros que nos dirigieron en el curso de estos años. Tampoco a quienes presidieron las Semanas Sociales de Chile, que también nacieron entre estos muros, a Javier Lagarrigue, a Guillermo Blanco, a Jaime Silva, a Andrés Donoso. Todos aprendimos de ellos, y si hubo momentos duros, todos sabemos que, con el correr del tiempo, ellos han sido comprendidos, asimilados y perdonados.

Si estamos haciendo recuerdos de personas, seguramente estaremos de acuerdo en que hubo un laico a quien le debemos mucho porque puso todo su corazón en la construcción de cada una de nuestras tareas. Con él siempre pudimos contar, para el barrido y el fregado, para lo que fuera necesario y, también, en todo momento contar con su lealtad a toda prueba. No podemos hoy dejar pasar la ocasión sin agradecerle especialmente a Alfredo Pesce y también a la Emiliana (y, en ellos, a tantos más que sería imposible nombrar). De ellos recibimos muchas cosas, pero sobre todo la amistad. Son y seguirán siendo admirables la generosidad y la búsqueda constante de la mayor coherencia

posible en sus vidas. Mucho de lo que aquí se ha realizado hubiese sido imposible sin ellos. Porque no sólo fue el aporte de tiempo y de dedicación para sacar adelante múltiples tareas; fue, sobre todo, el poder contar con sus personas, con su consejo y aliento en los momentos de cansancio y desaliento. Todos sabemos que, ante todo, han sido y seguirán siendo amigos y hermanos.

Pero no nos detengamos sólo en los recuerdos que, en parte, nos entristecen pero también, en parte, nos llenan de alegría y gratitud. Miremos hacia el futuro. Vienen nuevas tareas y nuevos desafíos. Ninguno de nosotros puede pensar en que ahora se acaba nuestra misión. Por el contrario, todo lo que hemos compartido y así todo lo que hemos recibido es para que ahora lo pongamos a disposición de otros.

En la primera lectura, del profeta Jonás, se nos dice hoy día: «Anda, vete a la gran ciudad... y anuncia lo que te voy a decir».

Aunque nos sigamos viendo y encontrando o aunque no nos veamos, la tarea de ir a la gran ciudad permanece.

Para ninguno de nosotros resulta un misterio que estamos viviendo problemas delicados dentro de la Iglesia. La seguiremos amando siempre. Por ello, también, sufrimos.

De alguna manera sentimos y sabemos que siempre «nos queda poco tiempo», como nos dice San Pablo hoy día en la Carta a los Corintios; que siempre la caridad de Cristo, su Amor, nos urge. No podemos descansar porque el celo de la Casa del Señor nos devora. Siempre con respeto, pero igualmente siempre con verdad, con franqueza, con sinceridad tenemos que seguir enfrentando lo que nos parece una manera poco adecuada de comprender el Evangelio y la misma Iglesia. Si Ella no vive en la frontera de sí misma no será nunca verdaderamente misionera en nuestro mundo de hoy. Si Ella se repliega sobre sí misma, puede terminar acallando la Buena Noticia de Jesús. Nuestro

temor es a una Iglesia moralizante con el olvido consiguiente de que Jesús no vino a predicar una moral sino a anunciar el amor de Dios por el ser humano, «por todos los hombres y por todo el hombre». La Iglesia no es para sí misma sino para los demás y, sobre todo, para los que no están. En esto no podríamos descansar. Para esta tarea no podemos «tomar vacaciones».

Tampoco nos resulta una novedad constatar que en nuestra sociedad también estamos viviendo nuevos desafíos y que ellos nos exigen, cada día, un espíritu nuevo. Aprender, por una parte, a descubrir lo valioso que sale a nuestro encuentro en las personas, situaciones y realidades de nuestro mundo y, a la vez, seguir denunciando todo lo que se opone u obstaculiza la venida del Reino.

No podemos olvidar que dependemos del misterio de Dios y que ese misterio necesita un espacio en cada ser humano; que es siempre urgente volver a sensibilizarnos para ser capaces de captar los signos de Dios: para la naturaleza creada; para cada persona con sus complejidades y honduras; para la historia humana y sus nuevos llamados; para nuestros hermanos más pobres, que siguen clamando por justicia y dignidad; para los sacramentos que vuelven a unirnos en una misma comunión y en una misma misión.

En el presente, vivimos coyunturas que nos invitan a instalarnos y a caer en lamentables pragmatismos. Nada de todo eso tiene que ver con el Mensaje de Jesús. Tenemos conciencia de que hoy falta espíritu, sueños juveniles capaces de prolongarse en el tiempo, capacidad de soñar y de invitar a otros a hacerlo con nosotros, momentos largos –que tantas veces pudieron, en algún sentido, ser inútiles– dedicados a «arreglar el mundo», a no cejar en la hermosa tarea de inventar futuros siempre mejores.

Desde la primera venida de Jesús, siempre «está llegando el tiempo y está cerca el reinado de Dios». Siempre sigue siendo válido, para cada

uno de nosotros el llamado de Jesús: «Arrepiéntanse y crean en el Evangelio»; «Síganme y yo haré que ustedes sean pescadores de hombres».

Es necesario, para poder seguir a Jesús y llegar a ser verdaderamente discípulos suyos, que no solamente dejemos atrás nuestras redes, sino también nuestros enredos. Que dispongamos nuestras vidas para avanzar por su Camino, que es la Verdad y la Vida: la del Señor y la nuestra y así podamos dejar atrás todo lo que es impedimento para caminar cada día con mayor velocidad interior, porque «nos queda poco tiempo».

Quiero decirles que, en la medida de mis fuerzas, podrán seguir contando conmigo aunque estemos lejos físicamente; que, de alguna manera, quisiera poder seguir sirviéndoles; que, también, quisiera seguir contando con la amistad y fraternidad de ustedes, que tantas veces supieron acogerme y también perdonarme.

Quisiera pedirles que no se olvidaran de rezar por mí y por las nuevas tareas que me han sido encomendadas. Yo no me olvidaré de rezar por ustedes.

Quisiera pedirles que tampoco olvidaran pedir al Señor por las vocaciones religiosas y sacerdotales, especialmente por las de la Congregación. Creo, realmente, que el Señor nos ha dado un carisma muy hermoso con el cual podemos hoy servir tanto a la Iglesia como a nuestra sociedad y nos hacen falta muchos brazos o, mejor, muchos más corazones para la tarea.

Ahora vamos a celebrar juntos nuestra última Cena en este lugar que queremos tanto, que tanto significaba para cada uno de nosotros. Sigamos aceptando lo inevitable con la serenidad admirable y la generosa disposición con que ya lo han hecho y demos gracias por todo lo que el Señor ya ha realizado con nosotros, por todo lo que El se apresta a seguir ofreciéndonos de su propio amor.

En el pan y en el vino volvamos a ofrecer, con la mayor buena

voluntad, toda nuestra vida; en el Cuerpo y en la Sangre volvamos a recibir, con alegría muy profunda, toda la Vida Nueva y, con ella, el don de la esperanza que no se muda. Amén.

CAPÍTULO XIII

Post Scripta: La Iglesia que Soñamos

La misión, en cuanto se refería a la Parroquia Universitaria y a la Comunidad Monseñor Enrique Alvear había concluido; pero no aquella vinculada con la Iglesia que entonces soñábamos y que seguimos, con tantos más, tratando de buscar y construir.

Reflexionando en torno a la Persona de Jesús, no podemos sino encontrarnos con su Encarnación. Con su estilo y con lo que El quiso para la institución que estaba fundando. Podemos decir que el Señor fue un hombre para los demás que, desde una relación muy estrecha, constante y profunda con su Padre, no hizo otra cosa durante su vida terrenal que desvivirse por los otros, en especial por aquellos más necesitados. Su propia misión fue constantemente inclusiva, en el sentido de incorporar a la mesa común del universo a todos los que sufrían alguna suerte de marginación y a quienes, aunque no la sufrieran, se acercaban a El con el corazón abierto, sin prejuicios y de buena fe.

Esta tarea, de esta manera asumida, con verdad y coraje, le costó la muerte en cruz.

Así, la Iglesia que quisiéramos, no es una institución autocomplaciente. No la quiso el fundador para que se mirara a sí misma. La quiso, como El, encarnada, inculturada, metida en el tiempo y en la historia del hombre, olvidada de sí misma para servir con coraje y audacia y para acoger con misericordia, sin hacer excepción de personas.

Se trata de una Iglesia que procura vivir cada día su «segunda conversión»; que sabe bien dónde está su origen y que cuenta con la promesa de acompañamiento y asistencia del Espíritu del Resucitado y, sin embargo, sigue estando conformada por hombres y mujeres tan débiles y capaces de traición como el mismo San Pedro, que le negó tres veces. Esta Iglesia, en cada uno de sus miembros, necesita cada día volver a convertirse a su Señor, volver a escuchar su voz y volver a preguntarse, a la manera de verdaderos discípulos: ¿Qué haría Cristo en mi lugar?, ¿cuál sería su respuesta, su actitud, ante el desafío inmediato que hoy se me presenta?, ¿cuál, al desafío de más largo plazo que se me pone por delante, a veces de mucha mayor complejidad?

Esta conversión permanente lleva consigo también la «conversión al medio» (Puebla 1198), a la cultura y a las realidades actuales, a los nuevos lenguajes y búsquedas humanas, a las nuevas sensibilidades de nuestra época, a esas actitudes que permiten descubrir cuáles son los signos de los tiempos y como todas estas realidades son verdaderos «kairós», oportunidades que Dios nos ofrece, en medio del acontecer histórico, para que sirvamos al ser humano, a la sociedad en la que vivimos, a su presente y a su futuro.

Soñamos con cristianos que nunca crean que la verdadera oración pueda consistir en instalarse en una nube y, en ella, poner los ojos en blanco para no ver lo que ocurre en la realidad. Por el contrario,

quisiéramos una oración también encarnada e inculturada; una oración que nos permitiera arrastrar con nosotros todos «Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo» (G.S. 1) para hacemos, entonces, capaces de encontrar «las opciones y los compromisos que conviene asumir para realizar las transformaciones sociales, políticas y económicas que se considera de urgente necesidad en cada caso» (O.A. 4) y, a la vez, percibir los nuevos desafíos culturales que se le plantean a la humanización de las personas y a la de la sociedad entera.

Ya el Concilio Vaticano II, en el Decreto sobre el Apostolado de los Seglares, en el año 1965, se había adelantado a las precisiones ulteriores de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, reunida en Puebla en 1979, al decir: «Porque el seglar, conociendo bien el mundo contemporáneo, debe ser miembro bien adaptado a la sociedad y a la cultura de su tiempo» (29). Cuánto más sus ministros para que puedan encarnar e inculturar su predicación y su servicio. Un Evangelio que no le habla al hombre y a la mujer de hoy, permanece mudo. Un Evangelio que se reduce a una mera moral, no es anuncio de buenas noticias para el ser humano, es sólo una explicitación de normas que, perdida su inspiración, no invitan a nadie a seguirlas y, por el contrario, sólo secan la fuente de donde ellas provienen. Un Evangelio que pretenda hablarle a la mujer y al hombre de hoy desde fuera de su historia y de su geografía, desde fuera de su cultura y de su experiencia humana sería palabra vacía, incomprensible, palabra que se pierde, Verbo que no se encarna, palabra que no llegaría al corazón.

Esta Iglesia sería particularmente atractiva para los jóvenes: les estaría constantemente invitando a ser creadores y a ser también críticos. Creadores desde una libertad en desarrollo, en búsqueda de la propia y personal responsabilidad, pero, de algún modo, una libertad todavía

más libre, al menos en el sentido de que aún no se la ha empezado a perder por el peso de los usos y costumbres, por los compromisos de diversa índole que, de alguna manera, la disminuyen aunque, a la vez, la puedan hacer más profunda. Críticos, también, porque son más capaces de descubrir las incoherencias de los adultos; porque ven, tantas veces con tanta lucidez, las inconsecuencias entre el discurso que pronunciamos y lo que, en la práctica, hacemos y, más todavía, con lo que, de verdad, somos.

Necesitamos una Iglesia colmada de jóvenes creadores y críticos que le regalen el aire nuevo de su espíritu igualmente joven y nos enseñen cada día a cuestionarnos, sobre lo que hacemos y decimos, a los que ya no lo somos tanto.

A través de ellos, estoy cierto, quiere pasar una buena parte de la acción del Espíritu del Resucitado, del cual la Iglesia está llamada a vivir para poder cumplir su misión en la hora actual y en la futura. En ellos, en los jóvenes, se expresan, de la manera más clara, los desafíos de la cultura actual y de aquella que empieza en ellos a perfilarse y que constituirá el desafío del mañana.

Preguntarse por los jóvenes, siempre con los jóvenes, ampliará los horizontes de la acción pastoral de toda la Iglesia, de todo el pueblo de Dios, de sus laicos y pastores y hará, sobre todo de estos últimos, verdaderos servidores de la palabra y de los sacramentos, servidores del ser humano, más abiertos, más cercanos y comprensivos, más acogedores y misericordiosos, para quienes «nada humano les resultará ajeno».

¡Cómo no distinguir, hoy más que nunca, entre la doctrina y la pastoral! ¡Cómo no darnos cuenta de la importancia fundamental de la fidelidad al legado del Señor, por una parte, y no advertir, por otra, que es cada conciencia personal, cada libertad humana la que es convocada! Para que la respuesta personal pueda llegar a ser plena y también libre se

hace esencial tener presente que ella no puede ser forzada (porque el amor no es nunca forzado), que ha de ser razonada y motivada y que, con todo, se encontrará muchas veces con pesados condicionamientos que provienen de la cultura, de la sociedad y hasta de la propia familia de origen. Esto no es incurrir en relativismos que lleguen hasta a poner en cuestión el legado del Señor y la Tradición Viva de su Iglesia; sí es afirmar la relatividad de la situación de cada ser humano ante el llamado a pronunciar una respuesta. Si cada ser humano es único e irrepetible, cada situación personal también lo es. No es con recetas de cocina que se puede enfrentar la experiencia y la vida de cada cual. No se trata, entonces, tampoco de una moral de situación que, una vez más, todo lo relativice, sino de una moral en situación que nos permita comprender y acompañar el paso de tantos condicionamientos en el camino hacia la verdad que nos hace libres (1).

Todo esto supone una Iglesia que, en todos sus miembros, es más capaz de escuchar. De escuchar a su Señor y de escuchar al entorno y a las personas; a éstas y a sus circunstancias. De hacer y hacerse preguntas más que de pretender tener todas las respuestas: «No piensen (los laicos) que sus pastores están siempre en condiciones de poderles dar inmediatamente solución concreta en todas las cuestiones, aun graves, que surjan» (G.S. 43). Era precisamente eso lo que pedía el rey Salomón, en el

(1) «La consideración de las circunstancias atenuantes no dispensa a la Iglesia del deber de lamentar profundamente las debilidades de tantos hijos suyos, que han desfigurado su rostro, impidiéndole reflejar plenamente la imagen de su Señor crucificado, testigo insuperable de amor paciente y de humilde mansedumbre. De estos trazos dolorosos del pasado emerge una lección para el futuro, que debe llevar a todo cristiano a tener buena cuenta del principio de oro dictado por el Concilio: 'La verdad no se impone sino por la fuerza de la misma verdad, que penetra, con suavidad y firmeza a la vez, en las almas'. («Tertio Millennio Adveniente», Juan Pablo II, Noviembre de 1994 y Declaración «Dignitatis Humanae», 1, sobre la Libertad Religiosa del Concilio Vaticano II, Diciembre de 1965).

Primer Libro de los Reyes, cuando asumía su nueva tarea y Dios le ofrecía lo que pidiera: «Dáme, Señor, un corazón que escuche» (3,9); un corazón capaz de escuchar, con la sensibilidad necesaria para advertir los clamores humanos, tanto colectivos como individuales.

Lo anterior ya nos estaría hablando de una Iglesia más pascual, más dispuesta a morir a sí misma para servir mejor y para encontrar en el servicio su propia y más íntima razón de ser, su felicidad, su resurrección. Una Iglesia donde si hay algún poder éste no tiene otro sentido que el de fomentar la fraternidad, la comunión íntima con Dios y la comunión de todo el género humano (cf. Lumen Gentium, 1). Una Iglesia que sirve al ser humano, en primer lugar, porque es persona, «imagen y semejanza de Dios», aunque haya muchos que no lo sepan, y que no empieza por hacer distinciones entre los que son cristianos y los que no lo son, entre los que son católicos y quienes no lo son. Una Iglesia que no olvida que su Señor dejó a las noventa y nueve ovejas de su rebaño para ir a buscar la perdida y que, habiéndola encontrado, herida y dañada, la tomó con ternura y la cargó sobre sus hombros. Una Iglesia de la misericordia y del perdón, que sabe que todos, todos, hemos sido rescatados al precio de la sangre de Jesús: que sabe y que practica lo que sabe, es decir, que ama más al que, de cualquier manera, está o se siente más lejos. Una Iglesia, «larga paciencia», «comunidad de perdonados perdonantes» que no se cansa de buscar, de llamar y de servir al más necesitado, incluso aunque éste no acepte una invitación más institucional. Una Iglesia que sabe que es un medio, importante y llamado a ser significativo por quien fue su fundador y por su promesa de acompañarla a través de la historia y la geografía humanas, pero nunca un fin.

Esta Iglesia será siempre una comunidad de comunidades, donde cada cual encontrará su lugar, su manera de vivir realmente su bautismo y su confirmación, su vocación cristiana, encontrando el apoyo

necesario para el discernimiento y para la acción. Una Iglesia misionera que se hace cargo del Evangelio, de la evangelización de la cultura y de la coyuntura, que humaniza porque «es el hombre el primer camino que ella debe recorrer en el cumplimiento de su misión» (R.H. 14). Una Iglesia que hoy, en virtud del Anuncio que se le ha confiado, denuncia en el presente de nuestra vida la cultura neoliberal que pretende imponerse y que va deshumanizando al hombre, desarticulando la sociedad humana y provocando individualismos que nos conducen a la misma pregunta de Caín: «¿Acaso soy responsable por mi hermano?» (Gén. 4,9).

Esta Iglesia, cuidadosa del ser humano, estará presente, a su manera, en la «polis», en la ciudad humana, en la cultura, en la política y en la economía; no se adelantará a las búsquedas de la ciencia que, en tantas materias, no llega aún a conclusiones suficientes; insistirá, «con ocasión o sin ella» en los valores fundamentales, sobre todo en aquellos que tienen que ver con la defensa de la vida y con la de la dignidad igual de cada ser humano. Una Iglesia humilde, que sabrá guardar silencio humilde y pedir perdón cuando no fue capaz de hablar en el momento en que se esperaba su palabra.

Esta Iglesia, que vive conmovida por la belleza y la maestría inimitable de la obra del Creador y asombrada por la generosidad inagotable de la obra redentora de su Hijo, se ocupará también del cuidado de la naturaleza, de la ecología sin caer nunca en la ecolatría; de toda obra humana: del arte, de la literatura, de la ciencia, del derecho porque en cada una de estas manifestaciones los que se expresan son ese hombre y esa mujer que están invitados por el Padre Dios a ser sus hijos y a vivir como hermanos en la Persona de Jesús; de las búsquedas de respuesta y solución a tantos problemas concretos que angustian hoy a los seres humanos y les dificultan o impiden vivir esa felicidad de la vida que se encuentra en el

amor oblativo y gratuito de Jesús y cuya intención anida desde siempre en el corazón de Dios, el Creador y Padre de todos nosotros.

A casi cuarenta años de los inicios del Concilio Vaticano II podemos decir, con certeza, que lo que ha sucedido como cambio cultural y desarrollo científico tecnológico en todo este tiempo es, sin duda, bastante más significativo que aquello que ocurrió en los trescientos años anteriores a sus comienzos. La conciencia de este cambio tan radical es, en sí misma, un verdadero clamor por un nuevo Concilio en que la Iglesia, viviendo una vez más, la rica experiencia de la colegialidad y la comunión pueda plantearse los nuevos desafíos y buscar las nuevas respuestas que nuestro mundo necesita.

AGRADECIMIENTOS

Estas páginas no hubiesen sido posibles sin la animación, el empeño y el esfuerzo de muchos.

Posiblemente los primeros a quienes haya que agradecer es a esa serie enorme de jóvenes que pasaron por la Parroquia Universitaria y la enriquecieron con sus inquietudes, sus búsquedas, sus alegrías y sus esperanzas. Entre ellos, los que permanecieron participando activamente por más de diez años y cuando ya estaban casados y con hijos; pero, también, los que con su interés y sus mentes abiertas nos estimularon a buscar diversos caminos de servicio, lo que incentivó nuestra creatividad y amplió el horizonte de nuestra actividad pastoral, enriqueciendo así nuestra vida misma y urgiendo, muchas veces, a una más profunda reflexión teológica.

Guillermo Blanco M., escritor, profesor universitario, periodista, Premio Nacional y amigo del alma es quien está detrás de este intento.

Con su participación cercana y comprometida durante todos los años de la Parroquia y su insistencia perseverante en que era necesario poner por escrito, al menos algo de lo que significó y sigue significando, literalmente me arrancó estas páginas que se encontraban guardadas en los repliegues del corazón.

También a los que fueron sus jefes, muchos de los cuales tuvieron la paciencia y la generosidad de leer los primeros intentos de esta «historia» que es, a la vez, memoria y pretexto para algunas reflexiones teológico-pastorales que estuvieron siempre iluminando todo nuestro proyecto común. Con su lectura atenta y cuidadosa me ayudaron a recuperar elementos importantes y a precisar acontecimientos, nombres y fechas de lo que juntos realizamos. Entre ellos no quisiera olvidar a Oscar Riveros, a Jorge Manzi, a Raúl Muñoz, a Andrés Donoso y Alejandra Krauss, a José Jiménez y Virginia Kreminsky. Tampoco quisiera olvidar a los que presidieron los últimos años de la Parroquia Universitaria cuando pasó a ser la Comunidad Monseñor Enrique Alvear: a Eugenio Rivera, Enrique Cabrera y Alicia Chacón y a Jorge Moraga, a quien el Señor llevó consigo tempranamente.

Y, si se trata de agradecer, no puedo dejar de nombrar a Alfredo Pesce. El estuvo siempre disponible. En las duras y en las maduras. Mucho de lo realizado, tanto en la Parroquia como en la Comunidad Alvear, hubiese sido imposible sin su concurso activo y vigilante. Entre tantos servicios se ocupó también de la administración económica y de los archivos, que se conservan en su totalidad. Parte de ellos los hemos revisado juntos; parte también los han revisado Cecilia y Ana María Hoyl. Su abnegación y perseverancia fueron ejemplares en tareas que comenzaron y nunca dejaron de lado. La parte más contundente de esos mismos archivos los ha revisado Virginia Kreminsky quien, en su condición de historiadora, nos ha ayudado a discernir en la enorme

cantidad de información disponible y, a la vez, a restablecer los hechos y a ubicarlos en sus contextos más adecuados.

Valga también una palabra de gratitud, por su servicio y abnegación, incluso en momentos en que los miedos arreciaban, a las secretarias y auxiliares, sobre todo a los que permanecieron más largo tiempo con nosotros, realizando toda suerte de trabajos. Entre ellos, cabe destacar a Luisa Zepeda y Patricia Ruz y a Juan Alarcón y Miguel Toro.

Deseo, igualmente, expresar un especial agradecimiento a Sergio Micco y a Eduardo Saffirio, del Centro de Estudios del Desarrollo, que se interesaron vivamente en el proyecto de esta publicación y la hicieron posible y, a la vez, porque fueron los instigadores del último capítulo de estas líneas.

Finalmente quisiera dejar por escrito toda mi gratitud a Monseñor José Manuel Santos A., Obispo Emérito de Valdivia y Arzobispo Emérito de Concepción, quien fuera varias veces Presidente de la Conferencia Episcopal de Chile y actualmente carmelita ejemplar. Antes de ser ordenado Obispo, a comienzos de la década del cincuenta, fue también el asesor del grupo de la Acción Católica Universitaria del que yo participaba en los años en que estudié Derecho. No alcancé a pedirle que tuviera la bondad de escribir una Presentación de estas páginas cuando ya estaba aceptando y, luego, postergando sus múltiples quehaceres para hacérmela llegar con la mayor prontitud posible.

CENTRO DE ESTUDIOS DEL DESARROLLO